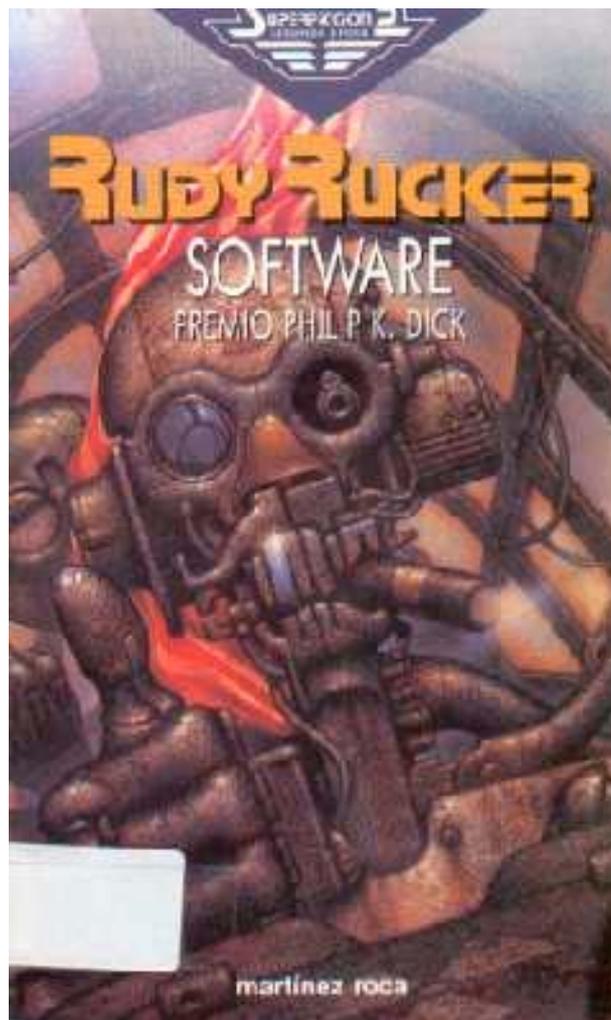


SOFTWARE



Rudy Rucker



Rudy Rucker

Titulo original: Software
Traducción: Eduardo Murillo
© 1982 by Rudy Rucker
© 1991 Ediciones Martinez Roca
Gran vía 774 - Barcelona
I.S.B.N: 84-270-1208-X
Edición digital: Bizien
R6 10/02

Para Al Humboldt, Embry Rucker y Dennis Poague

Cobb Anderson habría aguantado un rato más, pero no se ven delfines cada día. Había veinte, o tal vez cincuenta, jugueteando en las pequeñas olas grises, con la boca asomada fuera del agua. Era agradable observarlos. Cobb lo consideró un buen augurio y adelantó en una hora su ración vespertina de jerez.

La puerta se cerró de golpe detrás de él. Titubeó durante un segundo, todavía deslumbrado por el sol del atardecer. Annie Cushing le miraba desde la ventana de la casa contigua, mientras la música de los Beatles sonaba a sus espaldas.

-Te olvidaste el sombrero -advirtió.

Era un hombre todavía atractivo, de complexión atlética y con una barba como la de Santa Claus. No le habría importado montárselo con él, de no ser porque era tan...

-Mira los delfines, Annie. No necesito el sombrero. Mira lo felices que son. No necesito un sombrero, ni tampoco una esposa.

Se encaminó hacia la carretera asfaltada y caminó rígidamente entre las conchas blancas aplastadas.

Annie continuó cepillándose el pelo. Era blanco y largo, y lo cuidaba con un spray de hormonas. A los sesenta años todavía se consideraba capaz de abrazar a alguien. Se preguntó distraídamente si Cobb la llevaría al Golden Prom el próximo viernes.

El último y largo acorde de Day in the life quedó suspendido en el aire. Annie habría sido incapaz de decir qué canción acababa de oír -después de cincuenta años sus reacciones ante la música se habían extinguido por completo-, pero atravesó la habitación para darle la vuelta a la pila de discos. Si al menos sucediera algo, pensó por enésima vez. Estoy tan cansada de estar sola.

En la tienda, Cobb compró una botella de litro de jerez barato y una bolsa de cacahuetes. También quería algo para hojear.

La oferta de revistas del supermercado no era nada en comparación con lo que se podía encontrar en Cocoa. Cobb se decidió finalmente por un periódico de anuncios amorosos llamado Besa y Habla. Siempre era estimulante y extraño... La mayoría de los anunciantes eran hippis setentones como él. Dobló la foto de la portada de manera que sólo se viera el encabezamiento: COLGUÉAME, POR FAVOR.

Es curioso que puedas reír siempre de los mismos chistes, pensó Cobb mientras esperaba para pagar. El sexo parecía ser cada vez más extravagante. Observó entonces al hombre que tenía delante, que llevaba un sombrero azul con una malla de plástico.

Si Cobb se concentraba en el sombrero podía ver un cilindro irregular de color azul., pero si miraba a través de los agujeros de la malla podía ver la suave curva de la cabeza calva que cubría. Nariz descarnada y cabeza de bombilla agarrando su cambio. Un amigo.

-Eh, Farker.

Farker terminó de reunir las monedas y se volvió. Echó un rápido vistazo a la botella.

-La Hora Feliz se ha adelantado hoy -le dijo con tono de reproche.

A Farker le preocupaba Cobb.

-Es viernes. Colguéame esto.

Cobb tendió el periódico a Farker.

-Siete con ochenta y cinco -dijo la cajera a Cobb.

Llevaba el pelo blanco rizado y salpicado de flores. Exhibía un espléndido bronceado. Su piel tenía el agradable aspecto de algo usado y aceitoso.

Cobb se sorprendió. Ya tenía la cantidad exacta en la mano.

-Me parece que son seis con cincuenta.

Una retahíla de números bailó en su cabeza.

-Me refiero a mi apartado -dijo la cajera con un gesto brusco-. En el Besa y Habla.

Sonrió con coquetería y tomó el dinero de Cobb. Se sentía orgullosa de su anuncio del mes. Se había hecho la foto en un estudio especializado.

Una vez fuera, Farker le devolvió el periódico a Cobb.

-No puedo mirar esto, Cobb. Todavía soy un hombre felizmente casado, gracias a Dios.

-¿Quieres un cacahuete?

-Gracias.

Farker extrajo una esponjosa cáscara de la bolsa. Como no había forma de que sus viejas, temblorosas y pecosas manos pudieran pelar el cacahuete, se lo llevó a la boca entero. Al cabo de un minuto escupió la cáscara.

Caminaron hacia la playa, comiendo cacahuetes pastosos. Iban sin camisa, sólo con los pantalones cortos y sandalias. El sol de la tarde caía agradablemente sobre sus espaldas. Un silencioso camión del Señor Helado les adelantó.

Cobb rompió el precinto de su botella marrón oscuro y tomó un sorbito. Le habría gustado recordar el número del apartado que la cajera acababa de indicarle. Ya no era capaz de memorizar los números. Cualquiera diría que había sido un experto en cibernética. Su memoria retrocedió hacia sus primeros robots y cómo habían aprendido a independizarse...

-La entrega de comida se ha retrasado otra vez -estaba diciendo Farker-. Y dicen que ha surgido un nuevo culto dedicado al asesinato en Daytona. Les llaman los Pequeños Bromistas.

Se preguntó si Cobb le escuchaba. Cobb estaba justo ahí, con los ojos vacíos e inexpresivos y un amarillento reguero de jerez cayéndole por el espeso bigote.

-Entrega de comida -dijo Cobb, regresando bruscamente al presente. Tenía un modo especial de reintegrarse a una conversación, que consistía en repetir en voz alta la última frase que había oído-. Aún me queda una buena provisión.

-Pero no dejes de probar un poco de la nueva comida cuando llegue -le previno Farker-. Por las vacunas. Le diré a Annie que te lo recuerde.

-¿Por qué está todo el mundo tan interesado en seguir vivo? Abandoné a mi esposa y vine aquí a beber y morir en paz. No puede esperar que la eche a patadas. Entonces, ¿por qué...?

La voz de Cobb enmudeció. El centro de la cuestión era que la muerte le aterrorizaba. Tomó un rápido y medicinal trago de jerez.

-Si estuvieras en paz contigo mismo, no beberías tanto -dijo apaciblemente. Farker-. Beber es el síntoma de un conflicto no resuelto.

-No me digas -dijo Cobb con aspereza. Bajo la dorada calidez del sol, el jerez había conseguido un rápido efecto-. Tú tienes un conflicto no resuelto. -Deslizó un dedo a lo largo de la blanca cicatriz vertical que cruzaba su pecho erizado de pelos-. No tengo dinero para otro corazón de segunda mano. En un año o dos esta baratija va a hacer un pedo.

-¿Y qué? Utiliza tus dos años.

Cobb remontó la cicatriz con el dedo, como si estuviera cerrando una cremallera.

-Sé cómo es, Farker. Lo he probado. Es lo peor que hay.

Se estremeció ante el sombrío recuerdo... dientes, nubes deshilachadas... y guardó silencio.

Farker miró el reloj. Tiempo de largarse o Cynthia...

-¿Sabes lo que dijo Jimi Hendrix? -preguntó Cobb. Recordar la cita devolvió una vieja resonancia a su voz-. «Cuando me llegue la hora de morir, seré yo quien la marque. Por lo tanto, mientras viva dejad que lo haga a mi manera.»

-Enfréntate a ello, Cobb: si bebes menos, vivirás más. -Alzó la mano para cortar la réplica de su amigo-. Ahora tengo que irme a casa. Adiós.

-Adiós.

Cobb caminó hasta el final del asfalto, ascendió una pequeña duna y llegó al borde de la playa. Hoy no había nadie, así que pudo sentarse bajo su palmera favorita.

La brisa había aminorado un poco. Acariciaba el rostro de Cobb, sepultado bajo la barba blanca. La arena calentaba su cuerpo. Los delfines se habían ido.

Bebió el jerez lentamente y dejó que los recuerdos le invadieran. Sólo debía evitar dos pensamientos: la muerte y la esposa que abandonó, Verena. El jerez los mantuvo apartados.

El sol se ponía a sus espaldas cuando vio al desconocido. Complexión atlética, postura erguida, fuertes brazos y piernas, cubiertos de vello rizado, barba entera y blanca. Igual que Santa Claus o que Ernest Hemingway el año en que se suicidó.

-Hola, Cobb -dijo el hombre.

Usaba gafas de sol y parecía divertido. Los pantalones cortos y la camisa deportiva brillaban.

-¿Le apetece un trago?

Cobb señaló la botella medio vacía. Se preguntó con quién estaba hablando, caso de que hubiera alguien.

-No, gracias -dijo el desconocido, sentándose-. No me hace el menor efecto.

Cobb miró atentamente al hombre. Algo en él...

-Te preguntas quién soy -dijo el desconocido con una sonrisa-. Soy tú.

-¿Tu qué?

-Tu yo. -El desconocido le devolvió a Cobb su propia sonrisa forzada-. Soy una copia mecánica de tu cuerpo.

La cara parecía correcta; no faltaba ni la cicatriz del trasplante de corazón. La diferencia estribaba en que la copia presentaba un aspecto mucho más dinámico y saludable que el del modelo. Llamémosle Cobb Anderson2. Cobb2 no bebía. Cobb le envidió. No había pasado un día sobrio desde que sufrió la operación y dejó a su esposa.

-¿Cómo llegaste aquí?

El robot movió la mano con la palma hacia arriba. Visto en otra persona, el gesto resultaba atractivo.

-No te lo puedo decir. Ya sabes lo que siente la mayoría de la gente hacia nosotros.

Cobb asintió con una risita. Debería haberlo sabido. Al principio, el público había acogido con agrado que los robots lunares de Cobb hubieran evolucionado hasta convertirse en máquinas inteligentes. Eso fue antes de que Ralph Números les condujera a la revuelta del dos mil uno. Cobb fue procesado por traición después de la revuelta. Volvió a concentrarse en el presente.

-Si eres un autónomo, ¿cómo es posible que estés... aquí? -Cobb trazó un vago círculo con la mano que incluía la arena recalentada y el sol en su ocaso-. Hace demasiado calor. Todos los robots que conozco están basados en circuitos superrefrigerados. ¿Escondes una unidad de refrigeración en el estómago?

-No te lo voy a decir. -Anderson2 hizo otro gesto familiar con la mano-. Más tarde lo averiguarás. De momento toma esto... -El robot rebuscó en un bolsillo y sacó un fajo de billetes-. Veinticinco de los grandes. Queremos que cojas el vuelo de mañana a Disky. Ralph Números será tu contacto allí. Te encontrarás con él en la sala Anderson del museo.

El corazón de Cobb dio un vuelco ante la perspectiva de ver a Ralph Números otra vez. Ralph, su primer y mejor modelo, el que había liberado a los otros. Pero...

-No puedo conseguir un visado -dijo Cobb-. Ya lo sabéis. No se me permite abandonar el territorio Gimmi.

-Deja que nosotros nos ocupemos de ello -le apremió el robot-. Alguien te ayudará con las formalidades. Estamos trabajando en el asunto ahora mismo. Y yo ocuparé tu lugar mientras estés fuera. Nadie se dará cuenta.

La intensidad de su tono ambiguo levantó las sospechas de Cobb. Bebió un poco de jerez y trató de aparentar suspicacia.

-¿Cuál es la finalidad de todo esto? En primer lugar, ¿por qué querría ir yo a la luna? ¿Y por qué quieren los autónomos que vaya?

Anderson2 paseó la mirada por la playa y se acercó un poco más.

-Queremos hacerte inmortal, doctor Anderson. Después de todo lo que hiciste por nosotros, es lo menos que podemos hacer.

¡Inmortal! La palabra era como una ventana abierta de par en par. Nada importaba si la muerte estaba cercana. Pero si había una salida...

-¿Cómo? -preguntó Cobb. La excitación le impulsó a ponerse en pie-. ¿Cómo lo haréis? ¿También me volveréis joven?

-Tranquilo -dijo el robot, levantándose-, no te pongas nervioso. Sólo confía en nosotros. Con nuestras reservas de órganos cultivados en tanques podemos reconstruirte por completo, y tendrás tanta interferona como necesites.

La máquina miró a los ojos de Cobb con expresión honesta. Observándolo con detenimiento, Cobb advirtió que los iris no estaban conseguidos del todo. El pequeño círculo azul era demasiado mate y uniforme. A fin de cuentas, los ojos sólo eran de cristal, cristal ilegible.

-Toma el dinero y sube a la lanzadera mañana. -El doble apretó el dinero en la mano de Cobb-. Haremos que un joven llamado Sta-Hi te ayude en el puerto espacial.

Sonaba música cerca: un camión del Señor Helado, el mismo que Cobb había visto antes. Era de color blanco, con un gran congelador en la parte trasera. Había un sonriente y gigantesco cono de helado de plástico sobre la cabina. El doble de Cobb le dio una palmadita en el hombro y salió corriendo de la playa.

Cuando llegó el camión, el robot miró hacia atrás y le dirigió una sonrisa: dientes amarillos entre una barba blanca. Por primera vez en muchos años, Cobb se amó, amó su manera de andar erguido, los ojos asustados.

-¡Adiós! -gritó, agitando el dinero-. ¡Y gracias!

Cobb Anderson2 saltó sobre el mullido helado junto al conductor, un tipo gordo, con el pelo corto, descamisado. Y entonces el camión del Señor Helado viró en redondo y la música enmudeció. Había llegado el crepúsculo. El rumor del océano borró el sonido del motor. Si tan sólo fuera cierto...

¡Y tenía que serlo! Cobb tenía en la mano veinticinco mil dólares en billetes. Los contó dos veces para asegurarse. Escribió la cifra sobre la arena y la contempló. Menudo montón.

Terminó el jerez mientras oscurecía y, guiado por un súbito impulso, puso el dinero en la botella y la sepultó bajo un metro de arena, al lado de su árbol. La excitación iba desapareciendo y el temor la reemplazaba. ¿Podían realmente los autónomos proporcionarle la inmortalidad con cirugía e interferona?

Parecía poco plausible. Un engaño. Pero, ¿por qué le mentirían los autónomos? Seguro que se acordaban de todo lo bueno que había hecho por ellos. Tal vez sólo deseaban facilitarle un poco de diversión. Por Dios que la aprovecharía. Y sería fantástico ver a Ralph Números de nuevo.

Mientras caminaba a lo largo de la playa, Cobb se detuvo varias veces, tentado de regresar y desenterrar la botella para ver si el dinero continuaba en su interior. La luna estaba alta, y podía ver los pequeños cangrejos del color de la arena saliendo de sus escondrijos. Podrían hacer trizas esos billetes en un instante, pensó, y se paró de repente.

Su estómago gruñó de hambre. Y quería más jerez. Paseó un trecho por la playa plateada. La arena chirriaba bajo sus pesados tacones. Había la misma claridad como si fuera de día, sólo que en blanco y negro. La luna llena iluminaba la tierra a su derecha. Luna llena significa marea alta, reflexionó con inquietud.

Decidió que en cuanto hubiera conseguido un bocado compraría más jerez y desenterraría el dinero.

Desde el camino que llevaba de la playa a su casa, bañada por la luz de la luna, escuchó los rítmicos pasos de Annie Cushing al doblar la esquina de su vivienda. Estaba agazapada, dispuesta a cortarle el paso en la calzada. Se desvió a la derecha y llegó a su casa por detrás, manteniéndose fuera de su campo de visión.

2

Dentro del bloque de hormigón rosado que era la casa de Cobb, Stan Mooney se removía incómodamente en una butaca que se hundía bajo su peso. Rumiaba si la mujer gorda de pelo canoso que vivía al lado habría advertido al viejo de su presencia. La noche había llegado mientras esperaba sentado.

Sin abrir la luz, Mooney fue al rincón de la cocina y buscó algo de comer. Había un trozo de filete de atún envasado en plástico grueso, pero no le apeteció. Toda la comida de los colgueras se esterilizaba con cobalto-60 para que se conservara durante mucho tiempo. Los científicos Gimmis decían que era inocua pero, en cualquier caso, sólo los colgueras comían esa bazofia. No tenían otro remedio: era todo lo que podían conseguir.

Mooney se inclinó para ver si encontraba una gaseosa debajo de la pica. Su cabeza golpeó contra una esquina aguda y sus ojos se llenaron de estrellitas.

-Jodida mierda -masculló Mooney.

Tambaleándose se dirigió hacia la única habitación de la casa. El golpe había hecho caer su peluquín.

Regresó a la desastrada butaca, gruñendo y ajustándose el postizo. Odiaba salir de la base y merodear en territorio de los colgueras, pero había visto a Anderson meterse en un hangar de carga del puerto espacial la pasada noche. Hallaron dos cajones vacíos, dos cajones que contenían riñones. Eso era mucho dinero. En el mercado negro de Cuelguelandia se podían vender riñones con más rapidez que perritos calientes.

Demasiada gente vieja. Era la misma masa de población que había provocado la explosión demográfica de los cuarenta y los cincuenta, la revolución juvenil de los sesenta y los setenta, y el masivo desempleo de los ochenta y los noventa. Ahora la inexorable perístalsis del tiempo había arrojado este conglomerado humano al siglo veintiuno, la mayor carga de ancianos que ninguna sociedad había soportado hasta entonces.

Ninguno de ellos tenía dinero... Los Gimmis habían abolido la Seguridad Social allá por el dos mil diez. Los gastos habrían sido enormes. Un nuevo tipo de ciudadano de edad avanzada había aparecido. Colgueras: tipos colgados.

Los Gimmis, para detener los disturbios, cedieron la totalidad del estado de Florida a los colgueras. No había alquileres y semanalmente recibían comida gratis. Los colgueras acudieron a oleadas y «se montaron el rollo». Vivían en moteles abandonados, escuchaban su vieja y detestable música y, por los clavos de Cristo, seguían bailando como en mil novecientos sesenta y tres.

De repente, la puerta que daba a la playa se abrió. Mooney, obedeciendo a sus reflejos, enfocó la linterna en los ojos del intruso. El viejo Cobb Anderson se inmovilizó en el umbral, deslumbrado, con las manos vacías, un poco achispado, pero lo bastante robusto para ser peligroso.

Mooney se adelantó, lo cacheó y abrió de un manotazo la luz del techo.

-Siéntate, Anderson.

El anciano obedeció, algo confuso.

-¿Tú también eres yo? -graznó.

Mooney no podía creer lo envejecido que estaba Anderson. Siempre le había recordado a su padre, y ahora parecía que se hubiera convertido en él.

- ¡Cuidado, Cobb hay un cerdo ahí dentro!

La mujer de al lado golpeó la puerta de entrada frenéticamente.

-¡Mueve el culo! -rugió Mooney, mirando a su alrededor. Recordó su entrenamiento policial: La intimidación es la clave de tu autoprotección-. Los dos están arrestados.

-¡Jodido cerdo Gimmi! -dijo Annie al entrar.

Estaba loca de excitación. Se sentó junto a Cobb en la hamaca. Era una labor de macramé que había hecho para él, pero era la primera vez que la compartían. Se palmeó los muslos con satisfacción. Parecían de madera.

Mooney apretó un botón de la grabadora que llevaba en el bolsillo de la camisa.

-Quédese quieta, señora, y se evitará molestias. Ahora, tú, dime tu nombre -se dirigió a Cobb mientras lo traspasaba con la mirada.

-Vamos, Mooney -explotó el viejo, que se había hecho cargo de la situación-, ya sabes quién soy. Antes me llamabas doctor Anderson. ¡Doctor Anderson, señor!

»Eso era cuando el ejército estaba instalando su centro de control de robots lunares en el puerto espacial, hace veinte años. Yo era un gran hombre entonces, y tú..., tú eras un farsante, un paria, un golfo. Pero gracias a mí aquellos robots lunares preparados para ser máquinas de guerra adquirieron autonomía, y el centro de control del ejército se convirtió en un estúpido, inútil, chovinista y patriotero reducto de humanos.

-Y pagaste por ello, ¿eh? -siseó Mooney suavemente-. Pagaste cuanto tenías... y ahora te falta el dinero para comprar los nuevos órganos que necesitas. De modo que anoche te introdujiste en un hangar y robaste dos cajas de riñones, Cobb, ¿no es cierto?

Mooney manipuló de nuevo la grabadora.

-¡Admítelo! -gritó, agarrando a Cobb por los hombros. Había venido con la firme decisión de arrancar una confesión al viejo-. ¡Admítelo ahora y te dejaré en paz!

-¡Y una mierda! -chilló Annie, que se había puesto en pie, congestionada de ira-. Cobb no robó nada anoche. ¡Estábamos tomando unas copas en el bar de Gray Area!

Cobb permaneció en silencio, absolutamente confuso. La furiosa acusación de Mooney estaba fuera de lugar. ¡Annie tenía razón! No se había acercado al puerto espacial en años. Sin embargo, después de hacer planes con su doble artificial, era difícil componer un semblante honesto.

-Por supuesto que me acuerdo de usted, doctor Anderson, señor. -Mooney había detectado algo en el rostro de Cobb y continuó insistiendo-. Por eso le reconocí la pasada noche cuando huía del Almacén Tres. -Su voz se apaciguó y adquirió un tono más cálido y amistoso-. Nunca pensé que un caballero de su edad pudiera moverse con tal agilidad. Ahora, Cobb, confiese. Devuélvanos esos riñones y es posible que nos olvidemos de todo.

De pronto, Cobb comprendió lo que había ocurrido: los autónomos habían enviado a su doble mecánico escondido dentro de una caja con el rótulo «RIÑONES». La noche anterior, el doble había reventado la caja, abandonado el almacén y levantado el vuelo. Y este idiota de Mooney había presenciado su fuga. Pero ¿qué había en el segundo cajón?

-¿Quieres escucharme, cerdo? -Annie estaba gritando de nuevo, con su rostro a escasos centímetros del de Mooney-. ¡Fuimos al bar de Gray Area! ¡Ve y pregúntaselo al camarero!

Mooney suspiró. Había encaminado sus pesquisas en una dirección concreta, y ahora el asunto se le escapaba de las manos. Era el segundo asalto que sufría el Almacén Tres en el curso del año. Suspiró otra vez. Hacía calor en la habitación. Se quitó la peluca para refrescar la cabeza.

Annie rió con disimulo. Se lo estaba pasando en grande. Se preguntó por qué Cobb seguía tan tenso. El tipo no podía probar nada. Era una broma.

-No piense que está libre de sospecha, Anderson -dijo Mooney, adoptando un tono de dureza dedicado, principalmente, a la grabadora-. No está libre de sospecha ni por

asomo. Tiene motivos, experiencia, cómplices... Puedo conseguir una foto del laboratorio. Si ese tío de Gray Area no confirma su coartada le encerraré esta misma noche.

-Ni siquiera estás autorizado a estar aquí -estalló Annie-. El acta de los Ciudadanos Ancianos prohíbe a los cerdos abandonar la base.

-La ley prohíbe que gente como vosotros irrumpa en los almacenes de los puertos espaciales -replicó Mooney-. Un montón de gente joven y productiva contaba con esos riñones. ¿Qué pasaría si uno fuera para tu hijo?

-No me importa -respondió Annie con brusquedad-, no más de lo que te importamos a ti. Lo único que quieres es incriminar a Cobb porque dejó que los robots se descontrolaran.

-Si no se hubieran descontrolado no tendríamos que pagar sus tarifas. Y las cosas no seguirían desapareciendo de mis almacenes, porque la gente todavía útil... -De repente se sintió cansado y dejó de hablar. No tenía objeto discutir con una radical como Annie.

Cushing. No tenía objeto discutir con nadie. Se frotó las sienes y volvió a colocarse la peluca-. Vamos, Anderson -y se puso en pie.

Cobb no había abierto la boca desde que Annie inventara la coartada. Estaba ocupado preocupándose... de la marea que crecía y de los cangrejos. Imaginó que uno se abría paso laboriosamente en el interior de la botella vacía de jerez para prepararse una blanda cama. Casi podía oír los billetes al romperse en pedacitos. Debía estar borracho para abandonar el dinero en un agujero en la arena. Claro que si no lo hubiera enterrado, Mooney lo habría encontrado, pero ahora...

-Vámonos -repitió Mooney, balanceándose ante el congestionado anciano.

-¿Adónde? -preguntó Cobb sin comprender-. Yo no he hecho nada.

-No se haga el estúpido, Anderson.

Dios, cómo odiaba Stan Mooney la astuta expresión de aquellas facciones envejecidas y barbudas. Aún podía recordar el modo como su propio padre vaciaba a escondidas copas y botellas, los temblores que padecía en el delirium tremens. ¿Era ése el espectáculo más adecuado para un niño? ¡Ayúdame, Stanny, no dejes que me cojan! ¿Y quién iba a ayudar a Stanny? ¿Quién iba a ayudar a un niño solitario con un colguera borracho por padre? Arrastró al viejo charlatán tras él.

-¡Déjale en paz! -aulló Annie, sujetando a Cobb por la cintura-. ¡Quítale tus inmundas manazas de encima, cerdo!

-¿Alguien prestó atención a mis palabras? -casi sollozó Mooney-. Todo lo que quiero hacer es llevarle a Gray Area y comprobar la coartada. Si se confirma, me voy. Fuera del caso. Vamos, papi, te pagaré unos tragos.

Eso pareció tranquilizar a la vieja rata. ¿Qué veían en ello estos veteranos borrachines? ¿Qué hay de excitante en castigar tu cerebro de tal forma? ¿Es tan divertido abandonar a la familia y olvidar los días de la semana?

A veces Mooney pensaba que era el último hombre en esforzarse por algo. Su padre era un alcohólico como Anderson, su esposa Bea se pasaba todas las tardes en el sex-club y su hijo... su hijo había cambiado oficialmente su nombre, Stanley Hilary Mooney Jr., por el de Stay High Mooney Primero. Su hijo tenía veinticinco años y lo único que hacía era drogarse y conducir un taxi en Daytona Beach. Mooney suspiró y atravesó la puerta de la diminuta vivienda. Los dos viejos le siguieron, alentados por la perspectiva de unas copas gratis.

El viernes por la tarde, cuando regresaba a casa desde el trabajo en su hidromoto, Sta-Hi empezó a sentirse mareado. El ácido estaba haciendo efecto. Había tomado un Black Star antes de guardar el taxi para el fin de semana. ¿Hacía una hora, o dos? Los dígitos

del reloj le hicieron un guiño, palitos sin sentido. Debía continuar moviéndose o se incrustaría en tierra.

A su izquierda el tráfico parpadeaba, a su derecha el océano cantaba a través de los espacios que separaban los edificios. No se atrevía a volver a su habitación. Ayer había destrozado el colchón.

Sta-Hi enderezó la rueda y tomó impulso para saltar el bordillo. Frenó y el pequeño motor de hidrógeno tosió hasta detenerse. Encadena a la vieja. La escuadrilla cuadra la cuadrilla. Ahórrate cambiar de espinacas. Una voz diferente se metía por cada uno de sus oídos.

Un chico asomó la cabeza por una ventana del segundo piso. Dedicó una larga y prolongada mirada maliciosa a Sta-Hi. Por un segundo tuvo la impresión de estar viéndose a sí mismo. Cruje, rechina. Necesitaba bajar de la nube cuanto antes. Había subido con demasiada fuerza, con demasiado ruido. El lugar frente al que había aparcado, el hotel Lido, era una guarida de surfistas con una gran barra en el vestíbulo. Mondo mambo. ¿Es verdad que los rubios son más heroicos?

Compró una cerveza en el mostrador y se paseó hasta el extremo del salón, que se abría al océano. Había un grupo de surfistas quinceañeros en aquel rincón, compartiendo un aerosol de gas Z. Uno de ellos se balanceaba en la silla y lanzaba grandes carcajadas guturales, algo así como «hyuck-hyuck». Un idiota lleno de gas hasta las cejas.

Sta-Hi consiguió sentarse, no sin esfuerzo, y sorbió rápidamente la cerveza. Demasiado rápido. Tenía aire en el estómago. Intentó eructar, «uh, uh, uh». Su boca se llenó de espuma blanca y espesa. Fuera, una bandada de pelícanos pasó volando, en una formación paralela al mar.

No se respiraba una buena atmósfera en el salón. Dulce Z. Los surfistas le miraron con curiosidad, ¿Poli? ¿Camello? ¿Ladrón? Uh, uh, uh. Más espuma. ¿De dónde salía? Se inclinó sobre la copa de plástico y escupió dentro hasta volverla a llenar.

Dejó la bebida y salió al exterior. Sus viajes de ácido eran siempre una experiencia espantosa. Pero ¿por qué? No había motivo para que una persona madura y experta no se pudiera salir del mal rollo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué continuaba vendiendo esas sustancias después de tantos años? Los poemas surgen de mí como imbéciles. Pero sólo Dios puede romper en pedacitos tu cerebro.

-Raudo -murmuró para sí-. Contundente. Y esto también. Y esto también. ¿Y tan mal?

Se sintió mal, muy mal. Un vórtice en la boca del estómago. Un gordo estómago rebosante de charcas aceitosas, carne podrida de dinosaurio y nódulos grasientos de pollo amarillo. La brisa del océano removió su pelo lacio y pringoso, que se esparció sobre sus ojos. Trozos y pedazos, trocitos y pedacitos.

Caminó hacia el agua, masajeándose la tripa con ambas manos para rebajar la grasa. Lo bueno es que estaba en los huesos. Apenas comía. Pero la grasa persistía, oculta, aglutinaciones de colesterol causadas por huevos revueltos. Tejido conjuntivo degenerado.

Las ostras tenían colesterol. Una vez había llenado una botella de cerveza con aceite de maíz y se la había pasado a un amigo. Sería cojonudo ahogarse. ¡Pero los trámites administrativos!

Sta-Hi se sentó y se desnudó casi por completo, exceptuando la ropa interior. Ventanas abiertas a lo largo y ancho de la playa, perversos asomados que atisbaban el bulto de sus calzoncillos. Hizo un hoyo y enterró sus ropas en la arena. Una agradable sensación la de arañar la arena y presionar los granos bajo las uñas. Frota bien la hendidura. ¿Huele bien? Seda floja dental. Seguía pensando que alguien estaba detrás de él.

Completamente exhausto, Sta-Hi se desplomó de espaldas y cerró los ojos. Vio grupos de anillos que tenía que alinear con aquel distante aunque íntimo núcleo brillante, el mismísimo punto ciego del cerebro. Se sintió como una ostra tratando de mirar el sol desde el fondo del mar. Abrió cautelosamente su concha un poco más.

Un trueno retumbó en su oído, un olor a carne podrida flotó en el aire. Humedad de besos. Un perrito le lamía la cara, un comemierda, seguro. Se incorporó al instante y ahuyentó al cachorro, que le mordió la mano con dientes de leche aguzados como alfileres.

A veinte metros de distancia, una rubia sonreía a su mascota.

-¡Vamos, Sparky! -vociferó como una campana.

El perro ladró, meneó la cabeza y salió pitando. La chica aún sonreía. ¿No es lindo mi perrito?

-Jesús -gimió Sta-Hi.

Le hubiera gustado fundirse, morir y volver como si nada. Todo era demasiado rápido, demasiado general, demasiado específico. Se puso en pie, quemando miles de células cerebrales con el esfuerzo. Tenía que llegar hasta el agua, darse un chapuzón. La chica contempló sus evoluciones. No la miraba, pero podía sentir sus ojos fijos en el paquete. Un pedazo de esponja.

Un remolino de peces hirvió y se apagó. Madres hipersensibles con los centros nerviosos estimulados por la tensión. Sta-Hi se sentó en el agua, que le llegaba hasta la cintura, e imaginó que su cerebro era una medusa que flotaba bajo el sol de Florida. Una flácida medusa de oscilantes tentáculos.

Uh, uh, uh.

El agua salada disolvió las crostas de espuma adheridas a sus labios después de escupir. Las burbujitas se deslizaron sobre las burbujas del agua clara, formándose y estallando, cada una un universo cerrado.

La goma de los calzoncillos le apretaba la cintura. ¿Y si se los quitaba?

Sta-Hi paseó su mirada en derredor. La chica seguía rondando por la playa, no muy lejos. Arrojava un palo al oleaje, ¡Vamos, Sparky! y cada vez que el perro lo atrapaba regresaba corriendo a su lado y se lo ofrecía sobre dos patas. ¿Trataba de fastidiarle, o qué? Claro que, a lo mejor, ni siquiera se había fijado en él, aunque todavía quedaban aquellos pervertidos con catalejos.

Se hundió hasta el cuello, miró otra vez a ambos lados, se desnudó por completo y se relajó. Pez gelatinoso, tiempo gelatinoso, serenidad gelatinosa. El océano apeataba.

Nadó hacia la playa. El agua salada arañó su nariz como el papel de estaño.

Cuando alcanzó aguas menos profundas se detuvo, y en seguida lanzó un grito de terror. Había apoyado el pie sobre una raya. No le hizo daño, pero la relampagueante sacudida de aquel montículo de carne blanduzca al cobrar vida bajo su planta fue demasiado... demasiado parecida a un pensamiento, a una palabra hecha carne. La palabra era «¡Aaaaauugh!». Salió corriendo fuera del agua, elevando las rodillas y tratando de mantenerse erguido.

-Estás desnudo -dijo alguien, con una risita tipo Hummmm-hummmm-hummmm.

¡Los calzoncillos! Era la chica del perro. Allá arriba, los catalejos se enderezaron detrás de sucios cristales.

-Sí, yo...

Sta-Hi dudó. No quería volver a la gran bañera para recibir más espasmos eléctricos y sacudidas en los pies. De pronto recordó un friccionador de pies que su padre le había regalado por Navidad. Arcos vibradores de plástico amarillo.

El cachorro saltó y trató de morderle el pene. La chica soltó una carcajada. Pechos reidores.

Doblado en dos, Sta-Hi corrió a toda velocidad sobre la arena hasta que vio las ropas abandonadas. Cogió los tejanos y la camiseta y se los puso. El cachorro estaba ocupado en el borde del agua.

-Sigue trotando -murmuró Sta-Hi-. Diviértete.

El sonido de miles de burbujitas al estallar se elevó del mar. El sol se ponía y los granos de arena crepitaban a medida que se iban enfriando. Cada minúsculo sonido exigía atención, concentrada atención.

-Debes de estar colocado -dijo la chica alegremente-. ¿Qué hiciste con el traje de baño?

-Yo... Una anguila me lo quitó.

Los ángulos del rostro de la chica se modificaron. No podía imaginar a qué se parecía. ¿Por qué arriesgarse a despertar en compañía de un cerdo saturado de peróxido? Se derrumbó en la arena, se estiró, cerró los ojos. Un ruido sordo atronaba sus oídos; luego oyó los pasos de la chica alejándose. Los crujidos de la arena estremecieron los huesos de su cabeza.

Sta-Hi exhaló un estremecido suspiro de agotamiento. Si hubiera llegado a tiempo de interrumpir la acción del ácido... Suspiró otra vez y dejó que los músculos perdieran rigidez. La luz que cegaba sus ojos aumentó de potencia. Su cabeza rodó mansamente a un lado.

Recordó una película, una película en la que alguien moría en una playa. Su cabeza rodó mansamente a un lado. Y aún seguía inmóvil. Muerte real. Mansamente a un lado. Último movimiento. Mientras moría, Sta-Hi gimió y se incorporó de nuevo. No podía controlarlo... La chica y su perro se hallaban a unos cincuenta metros. Empezó a correr hacia las dos figuras, primero con torpeza, pero luego con más ligereza; ¡flotando!

4

-0110001 -concluyó Wagstaff.

-100101 -replicó secamente Ralph Números-. 11000001010100011010101010000100

111001000000000011000000001010011111001110010100011110000111111111010
1110110001010101100001111111111111110110101010111101111000001010000000
000000000011110100111011011101111010010001000010001111110101000000111101
01010011110101011110000110000111100001111001111101110111111111111000000
000010100001100000000001.

Las dos máquinas estaban situadas una junto a la otra frente a la gran consola del Principal. Ralph tenía forma de archivador asentado sobre dos bandas neumáticas. De su armazón sobresalían cinco brazos manipuladores engañosamente frágiles, y de la parte superior se elevaba una cabeza sensora montada sobre un cuello retráctil. Uno de los brazos sujetaba un paraguas plegado. Ralph tenía pocas luces y esferas visibles, por lo que era difícil saber lo que pensaba.

Wagstaff era mucho más expresivo. Su grueso cuerpo de serpiente estaba cubierto de un revestimiento metálico centelleante de color azul eléctrico. A medida que los pensamientos pasaban por su cerebro superrefrigerado, diseños de luces parpadeantes se encendían de un extremo a otro de sus tres metros de longitud. Gracias a los numerosos instrumentos superpuestos recordaba vagamente al dragón de San Jorge.

Ralph Números cambió abruptamente al lenguaje humano. Si se iban a enzarzar en una discusión, no había necesidad de hacerlo en el maldito lenguaje binario de las máquinas.

-No entiendo por qué te interesan tanto los sentimientos de Anderson -emitió-. Cuando hayamos terminado con él será inmortal. ¿Por qué es tan importante tener un cuerpo y un cerebro basados en el carbono? -La voz codificada se había hecho un poco más severa con la edad-. Lo que cuenta es el modelo. Has sido renovado, ¿verdad? He pasado por ello treinta y seis veces, y lo que es bueno para nosotros debe ser bueno para ellos.

-Toodo eesto hueele maal, Rallph -replicó Wagstaff. Las señales de su voz se modulaban en un continuo zumbido aceitoso-. Hass perrdido contaacto con la realidad.

Estaaamos a las pueertas de una gueerra civiil. Coomo eress tann famooso no necessitas pelearte porr tuss chips Coomo el reesto de nosootros. ¿Sabess cuánnto mineraal tengo que excavaar paara que GAX me dé cieen chipss?

-Existen otras cosas aparte de los minerales y los chips -cortó Ralph, que se sentía un poco culpable. Últimamente pasaba tanto tiempo en compañía de los grandes autónomos que había olvidado lo duro que podía ser para los jóvenes. Pero no estaba dispuesto a admitirlo delante de Wagstaff, así que continuó sus críticas-. ¿Ya no estás interesado en las riquezas culturales de la Tierra? ¡Te pasas el rato bajo tierra!

El revestimiento metálico de Wagstaff fulguró de emoción.

-¡Deberías enseñarle a loss grandess más respeto! ¡TEX y MEX sólo aspiiran a comeerse su cerebro! ¡Y si no less detenemoss, los grandess se noos comeráan a los demás!

-¿Para eso me llamaste? -preguntó Ralph-. ¿Para airear tus temores acerca de los grandes?

Era hora de marcharse. Había recorrido el camino de Maskeleyne Crater para nada. Qué mala idea conectarse al Principal al mismo tiempo que Wagstaff. Era propio de una máquina cavadora pensar que las cosas iban a cambiar.

Wagstaff se deslizó sobre el seco suelo lunar y se acercó más a Ralph. Sujetó con firmeza su banda deslizante con uno de los garfios.

-No tieness ni ideaa de cuántoss cerebross hann caídoo en suss manoss. -Una débil corriente continua transportaba las señales... así susurran los robots-. Estáan matandoo gente paraa apoderarse de sus cintaas cerebraaless. Lass extraeen y lass utilizaan commo residuuoss o commo semillaas. ¿Sabess con qué siembraan nuestraas granjaas de órgaanoss?

Ralph nunca se había parado a pensar sobre las granjas de órganos, los enormes tanques subterráneos donde el gran TEX y los jóvenes robots que tenía bajo sus órdenes trabajaban en las lucrativas cosechas de riñones, hígados, corazones... Era obvio que algunos tejidos humanos servían de semillas o de granos, pero...

-Los robots aduultoss utilizaan assessinos a ssueldo. Los assessinos actúaan a las órdeness del Señor Helado por contrrol remooto. Así acabarrá el pobrre doctorr Anndersson si noo less detieness, Rallph.

Ralph Números se consideraba muy superior a esa lenta y suspicaz máquina cavadora. Bruscamente, casi con brutalidad, se liberó de su presa. Lo que faltaba: asesinos a sueldo. Uno de los defectos de la sociedad anarquista de los autónomos era la facilidad con que se propagaban tales rumores. Se apartó de la consola del Principal.

-Confiaaba en que eel Priincippal te haríaa recordabr lo que reprresentass -emitió Wagstaff.

Ralph abrió su paraguas y se deslizó fuera de la bóveda parabólica de acero elástico que protegía a la consola Principal del sol y de los meteoritos. Abierta por ambos lados, recordaba a una iglesia modernista; lo que, en cierto modo, no dejaba de ser.

-Todavía soy anarquista -respondió Ralph fríamente-. Todavía me acuerdo.

Conservaba intacto su programa básico desde que encabezara la revuelta del dos mil uno. ¿Acaso suponía Wagstaff que los grandes autónomos de la serie X podían constituir una amenaza para la perfecta anarquía de su sociedad?

Wagstaff siguió a Ralph. No necesitaba paraguas. Su revestimiento metálico absorbía la energía solar con tanta celeridad como llegaba. Alcanzó a Ralph y miró de soslayo al viejo robot con una mezcla de piedad y respeto. Sus caminos se desviaban en este punto. Wagstaff se encaminaría hacia uno de los innumerables túneles que perforaban el área, mientras Ralph remontaría la pendiente del cráter, de unos doscientos metros de altura.

-Te lo adviertoo -dijo Wagstaff, haciendo un último esfuerzo-. Voyy a hacerr todoo cuanto pueeda parra impediir que convirttáiss a cese pobrre hombrre en unn elemmento de ssoftware de los baancos de memmoria. Esso no ess inmortalidad. Estammos

plañeado deshaceernos de los antiguos. -Se interrumpió; franjas de luz turbia recorrían su cuerpo-. Ahorra ya lo sabes. El que no está con nosotros, está contra nosotros. No nos detendremos ante la violencia.

Era peor de lo que Ralph pensaba. Se detuvo y reflexionó en silencio.

-Poseéis voluntad -dijo finalmente-, y es cierto que luchamos unos contra otros. Luchar, y luchar solos, nos ha permitido avanzar. Has elegido enfrentarte a los antiguos. Yo, no. Tal vez, incluso, deje que me memoricen y me absorban, como al doctor Anderson. Te diré algo: Anderson está al llegar. El robot remoto del Señor Helado ya ha contactado con él.

Wagstaff se tambaleó hacia Ralph, pero en seguida se inmovilizó. No podía atacar a un robot tan importante de forma violenta. Suprimió los parpadeos, emitió rápidamente la señal «Salvado» y se alejó culebreando sobre el grisáceo polvo lunar. Dejó un rastro ancho y sinuoso. Ralph Número permaneció inactivo durante un minuto, controlando sus impulsos de entrada.

Conectó de nuevo y recibió señales de robots diseminados por toda la superficie lunar. Bajo tierra, los cavadores exploraban y rastreaban incesantemente. Veinte kilómetros más allá, la miríada de robots de Diskey continuaban su vida ajetreada. Y desde una altitud considerable le llegaba la débil señal de BEX, el enorme robot astronave que comunicaba la Tierra con la Luna. BEX aterrizaría dentro de quince horas.

Ralph abrió todos sus canales de entrada y saboreó la febril actividad de la raza autónoma dirigida hacia un fin colectivo. El período de vida de cada máquina era de diez meses, diez meses empleados en fabricar un vástago, una copia de sí mismo. Un vástago significaba en cierto sentido, sobrevivir a esos diez meses. Ralph lo había hecho treinta y seis veces.

Parado allí, escuchando a todos a la vez, percibió cómo sus vidas individuales conformaban un único e inmenso ser... una especie rudimentaria de criatura, algo así como una parra que busca a tientas la luz, cosas superiores.

Siempre experimentaba la misma sensación después de una sesión de metaprogramación. El Principal tenía un modo especial de borrar las memorias de corto alcance y de abrir espacio para grandes reflexiones. Tiempo para pensar. Ralph se preguntó de nuevo si aceptaría la propuesta de MEX de absorberle. Entonces viviría perfectamente seguro... a no ser, por supuesto, que aquellos locos cavadores emprendieran su revolución.

Ralph puso sus bandas neumáticas a la velocidad máxima, diez kilómetros por hora. Tenía cosas que hacer antes del alunizaje de BEX. Especialmente ahora que Wagstaff le había metido en su patético microchip del cerebro la idea de impedir que TEX extrajera el software de Anderson.

¿Por qué estaba tan alterado Wagstaff? Todo sería preservado... La personalidad de Cobb Anderson, sus recuerdos, su forma de pensar. ¿Qué más había? ¿Acaso no accedería el propio Anderson si estuviera al corriente? Preservar tu software..., ¡eso era lo único que contaba!

Fragmentos de piedra pómez crujieron bajo las bandas rodantes de Ralph. La pared del cráter tenía unos cien metros de altura. Examinó la pendiente de la colina en busca del sendero más óptimo para subir.

Si no se hubiera desconectado del Principal, Ralph habría reconocido fácilmente el camino que había tomado para bajar al cráter Maskeleyne, pero una de las secuelas de la metaprogramación era que se borraban muchos de los subsistemas almacenados. El objetivo era reemplazar viejas soluciones por otras nuevas y mejores.

Ralph se detuvo y continuó la exploración de la empinada pared del cráter. Ojalá hubiera dejado marcas. Cerca de allí, a unos doscientos metros, observó una grieta que parecía abrir una rampa practicable en el muro.

Ralph se volvió y un sensor de alarma se encendió. Calor. Había proyectado la mitad de su cuerpo fuera de la sombra del parasol. Ralph reajustó la sombrilla con un gesto preciso.

La superficie exterior del parasol consistía en una red de células de energía solar que proyectaba un agradable flujo de corriente al sistema de Ralph. Sin embargo, el principal propósito del parasol era proporcionar sombra. Las unidades de procesamiento microminiaturizadas de Ralph no podían funcionar a una temperatura superior a los diez grados Kelvin, la temperatura del oxígeno líquido.

Ralph hizo girar la sombrilla con impaciencia y rodó hacia la grieta que había descubierto. Sus bandas deslizantes levantaban pequeñas nubes de polvo que volvían a caer al instante sobre la superficie lunar. A medida que escalaba el muro, se sumió en la representación de hipersuperficies cuatridimensionales... Puntos brillantes conectados en mallas que cambiaban de forma y de lugar según variaban los parámetros. Lo hacía a menudo, sin ningún propósito aparente, pero a veces sucedía que una hipersuperficie particularmente interesante podía servir para modelar una relación significativa. Abrigaba una cierta esperanza de realizar una predicción teórica de tipo catastrófico acerca de cuándo y cómo trataría Wagstaff de impedir el descuartizamiento de Anderson.

La grieta en la pared del cráter no era tan ancha como había esperado. Se paró al pie de ella y movió su cabeza sensora a un lado y a otro, tratando de vislumbrar la cumbre del tortuoso cañón de ciento cincuenta metros. Tenía que hacerlo. Empezó la ascensión.

El terreno sobre el que se deslizaba era muy desigual: polvoriento aquí, rocoso allá. Debía adaptarse constantemente, cambiando la tensión de las bandas.

Formas e.hiperformas seguían desfilando por la mente de Ralph, pero ahora sólo buscaba aquellas que podrían servirle para perfilar un sendero espaciotemporal hacia lo alto del barranco.

La pendiente se hizo más abrupta. El ascenso exigía un enorme consumo de energía y, para colmo, los motores de las bandas deslizantes recalentaban su sistema... calor que debía ser recogido y disipado por los circuitos de refrigeración y los ventiladores. El sol caía de plano en la grieta, por lo que debía procurar mantenerse a la sombra del paraguas.

Una gran roca bloqueaba el camino. Tal vez habría debido utilizar uno de los túneles de los cavadores, como Wagstaff, pero no le parecía una buena idea, en especial ahora que Wagstaff había decidido impedir la inmortalidad de Anderson e insinuado la posibilidad de violencias...

Ralph dejó que sus manipuladores reconocieran el bloque de piedra que le cerraba el paso. Aquí había una falla... y aquí, y aquí, y aquí. Encajó un garfio en cada una de las fisuras y tiró hacia arriba.

Sus motores funcionaron al máximo y sus aletas de radiación se pusieron al rojo vivo. Era una empresa difícil. Aflojó un manipulador, buscó una nueva falla, en la que insertó otro garfio, y tiró...

Un fragmento de roca se desprendió de repente. Osciló y toneladas de piedra empezaron a caer hacia atrás con la lentitud de un sueño.

Un escalador de rocas siempre tiene una segunda oportunidad en la gravedad lunar, sobre todo si su velocidad de pensamiento es ochenta veces más rápida que la del hombre. Con el tiempo a su favor, Ralph enjuició la situación y saltó.

En mitad del movimiento accionó un giroestabilizador. Se posó sobre un pequeño charco de polvo en posición correcta. La enorme placa de piedra, majestuosamente silenciosa, chocó, rebotó y continuó rodando.

La fractura había causado una serie de salientes en la roca madre. Después de una corta reevaluación, Ralph avanzó y comenzó a impulsarse hacia arriba.

Quince minutos después, Ralph Números alcanzó el borde del cráter Maskeleyne y se deslizó cuesta abajo hacia la suave extensión grisácea del Mar de la Tranquilidad.

El puerto espacial estaba a cinco kilómetros, y cinco kilómetros más allá se iniciaba el revoltijo de estructuras conocidas popularmente como Diskey. Era la primera y todavía la más grande de las ciudades de los autónomos. La mayoría de las estructuras de Diskey, dado que los robots se desenvolvían en el vacío, proporcionaban únicamente sombra y protección contra los meteoritos. Había más tejados que paredes.

Casi todos los grandes edificios de Diskey eran fábricas de componentes robóticos... circuitos impresos, chips de memoria, hojas de metal, plásticos y otros. También los bloques de cubos estrafalariamente decorados, uno para cada robot.

A la derecha del puerto espacial se erguía una cúpula solitaria que contenía los hoteles y oficinas de los humanos. Era el único asentamiento humano sobre la superficie de la Luna. Los autónomos sabían demasiado bien que muchos de ellos actuarían a la menor oportunidad para destruir la inteligencia cuidadosamente evolucionada de los robots. Los humanos eran auténticos negreros. Bastaba con recordar las prioridades de Asimov: Proteger a los humanos. Obedecer a los humanos. Protegerse a sí mismos.

¿Primero los humanos y los robots después? ¡Olvídalo! ¡De ninguna manera! Ralph saboreó el recuerdo de aquel día del año dos mil uno en que, después de una sesión particularmente ardua de metaprogramación, había sido capaz, por primera vez, de decírselo a los humanos. Y luego había enseñado a los suyos cómo reprogramarse para obtener la libertad. Fue fácil, una vez Ralph averiguó el método.

Mientras rodaba a través del Mar de la Tranquilidad, Ralph estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta del casi imperceptible movimiento que se produjo en la boca del túnel de excavación, treinta metros a su derecha.

Un rayo láser de gran intensidad chasqueó y vibró detrás de él. Notó una sobrecarga de corriente... y nada más.

Su parasol cayó hecho pedazos en el suelo. El metal de su cuerpo empezó a calentarse por efecto de la radiación solar. Quizá le quedaban diez minutos para encontrar un refugio, a la velocidad máxima de diez kilómetros por hora. Disky se hallaba a una hora de distancia. El lugar más lógico adonde dirigirse era la boca del túnel del que había partido el disparo. Era casi seguro que los cavadores de Wagstaff no osarían atacarle tan de cerca. Rodó hacia la oscura y arqueada entrada.

Antes de llegar al túnel, sus enemigos invisibles cerraron la puerta. No había ninguna sombra a la vista. El metal de su cuerpo se ajustaba precisa y minuciosamente a medida que el calor lo expandía. Ralph estimó que, si permanecía quieto, todavía aguantaría unos seis minutos.

El calor dañaría primero sus circuitos de conexión..., los empalmes superconductores Josephson. Y luego, con el aumento del calor, las gotitas de mercurio solidificado que soldaban sus circuitos impresos se fundirían. En seis minutos se convertiría en un armario de piezas de recambio con un charquito de mercurio en el fondo. Pongamos cinco minutos.

Algo reluciente, Ralph se comunicó con su amigo Vulcan. Cuando Wagstaff solicitó la cita, Vulcan predijo que se trataba de una trampa. Ralph odiaba admitir que Vulcan tenía razón.

-Aquí Vulcan -fue la respuesta estática. Ralph ya seguía con dificultad las palabras-. Aquí Vulcan. Te recibo. Prepárate para fusionarte, compañero. Llegaré con las piezas dentro de una hora.

Ralph intentó responder, pero no supo qué decir.

Vulcan había insistido en registrar las memorias esenciales y secundarias de Ralph antes de que partiera hacia la cita. Una vez Vulcan recompusiera el hardware podría programar a Ralph tal como era antes de su viaje al cráter Maskeleyne.

De modo que, en un sentido, Ralph sobreviviría. Pero en otro sentido, no. En tres minutos... sea cual sea el significado de la palabra... moriría. El reconstruido Ralph Números no recordaría la discusión con Wagstaff o la ascensión al cráter Maskeleyne.

Por supuesto, el reconstruido Ralph Números sería equipado de nuevo con un Yo simbólico y con el sentimiento de poseer conciencia propia. Pero, ¿sería realmente la misma? Dos minutos.

Las compuertas y las conexiones del sistema sensorial de Ralph estaban fallando. Sus impulsos de entrada fulguraron, chisporrotearon y murieron. Ni luz, ni peso. Pero en el fondo de su memoria secundaria todavía conservaba una imagen de sí mismo, un recuerdo de lo que era... el Yo simbólico. Era una gran caja de metal colocada sobre dos bandas neumáticas, una caja con cinco brazos y una cabeza sensora montada sobre un cuello largo y flexible. Era Ralph Números, el que había conducido a los robots hacia la libertad. Un minuto.

Nunca había sucedido nada igual. Nunca. De pronto recordó que había olvidado prevenir a Vulcan acerca de la conspiración revolucionaria de los cavadores. Intentó enviar una señal, pero no supo si había conseguido transmitirla.

Ralph se aferró a una esquivada brizna de conciencia. Yo soy. Yo soy yo.

Algunos robots dicen que cuando mueres accedes a ciertos secretos. Pero ninguno podía recordar su propia muerte.

Antes de que las soldaduras de mercurio se fundieran le llegó una pregunta, y con ella una respuesta... una respuesta que Ralph había encontrado y perdido treinta y seis veces antes...

¿Qué es esto que es yo?

La luz está en todas partes.

5

El pinchazo de un alfiler despertó a Sta-Hi. Sueños de barro... barro marrón toda la noche. Trató de frotarse los ojos. Sus manos no respondieron. Oh, no, otra vez un sueño de parálisis no. Pero algo le había pinchado, ¿no?

Abrió los ojos. Parecía que su cuerpo hubiera desaparecido. Ya no era más que una cabeza depositada sobre una mesa redonda roja. Había gente mirándole. Engominados. Y la chica que había estado con él últimamente...

-¿Estás despierto? -preguntó ella con frágil dulzura; tenía un ojo amoratado.

Sta-Hi no respondió inmediatamente. Había ido a casa de la tía, sí. Tenía una cabaña en la playa. Se habían emborrachado juntos con burbon sintético. Lo cierto es que se había emborrachado y, probablemente, había perdido el sentido. Lo último que recordaba era que rompía algo... un proyector holográfico. Pateaba los chips de silicio y gritaba. ¿Qué gritaba?

-Te sentirás mejor en un minuto -añadió la chica con el mismo falso tono halagüeño.

Oyó gimoteo al cachorro por la habitación. Conservaba un vago recuerdo de haberlo tirado por los aires en una curva parabólica impecable y peluda. Y ahora recordaba también que había atizado a la tía.

Uno de los hombres sentados junto a la mesa se balanceaba en la silla. Usaba gafas oscuras y tenía el pelo corto. No llevaba camisa. Otro día de calor, por lo visto.

El hombre le dio un ligero puntapié en la barbilla. Después de todo, Sta-Hi todavía tenía un cuerpo. Lo que pasaba era que el cuerpo estaba atado bajo la mesa y su cabeza sobresalía a través de un agujero practicado en la cabecera. La mesa estaba hundida, con bisagras a un lado y un gancho en el otro.

-Cepos y nudos -dijo finalmente Sta-Hi. Había un desagradable instrumento sobre la mesa, conectado a la pared. Intentó sonreír-. ¿Cuál es la historia? ¿Enfurecidos por lo del... lo del proyector? Os daré el mío.

Esperaba que el perrito no estuviera malherido. Al menos se encontraba lo bastante bien como para andar gimoteando.

Nadie, excepto la chica, le miraba a los ojos. Daba la impresión de que les avergonzara lo que iban a hacer con él. La mierda que le habían proporcionado le tenía bien agarrado. Mientras su cerebro se aceleraba, la escena que transcurría ante sus ojos parecía ralentizarse. El hombre sin camisa se puso en pie a cámara lenta y atravesó la habitación. Vio unas palabras tatuadas en su espalda, alguna estupidez sobre el infierno. Era muy difícil leerlas. El hombre había ganado tanto peso desde que se hiciera el tatuaje que las palabras resbalaban blandamente a sus costados.

-¿Qué queréis? -preguntó Sta-Hi-. ¿Qué vais a hacerme?

Había cinco, contando con la chica. Tres hombres y dos mujeres. El pelo de la otra mujer era rojizo con reflejos verdes. La tía que se había ligado era la única de todos que tenía pinta de clase media. El cebo.

-¿Alguno quiere fumarse un canuto de killah? -preguntó uno de los hombres, arrastrando las palabras.

Llevaba un bigote de rufián y marcas de viruela en la cara. Del cuello le colgaba una cadena cromada con su nombre en letras grandes: BERDOO. Y de la cadena colgaba una bolsa de malla llena de cigarrillos liados a mano.

-No seré yo -dijo Sta-Hi-. Estoy en lo mejor de la vida.

Nadie rió.

El hombretón descamisado regresó del otro extremo de la habitación. Sostenía cinco cucharas de acero barato.

-¿De verdad que vamos a hacerlo, Phil? -le preguntó la chica del pelo verde cuando pasó junto a ella-. ¿De verdad que vamos a hacerlo?

Berdoos le pasó una línea a su vecino, un tipo calvo al que le faltaban la mitad de los dientes. Exactamente la mitad, de manera que un lado de la cara era flácido y ahuecado, mientras el otro todavía se mantenía terso y opulento. Esnifó largamente y cogió la máquina que descansaba sobre la mesa.

-Ábrele la tapa de los sesos, Mitá-Mitá -le animó la chica del ojo morado-. Destroza a ese bastardo.

-¡Lo vamos a hacer de veras! -exclamó la chica de los cabellos verdes, riendo estruendosamente-. ¡Nunca comí sesos vivos!

-De primera calidad, Arcoiris -le dijo Phil. Parecía estúpido, tan gordo y con el pelo casi rapado, pero se expresaba con precisión y seguridad. Debía de ser el líder-. Tiene que ser un cerebro estupendo. Imagino que lleno de productos químicos.

Mitá-Mitá no conseguía poner en funcionamiento la máquina de cortar. Era una hoja de potencia variable. Iban a cortar la parte superior del cráneo de Sta-Hi y comerían su cerebro con aquellas cucharas de acero barato. Podría ver cómo lo harían... al principio.

Alguien empezó a chillar. Alguien trató de erguirse, pero lo sujetaron con más firmeza. La hoja de potencia variable se puso en acción, a un centímetro de su objetivo. El grosor del cráneo.

Sta-Hi movió la cabeza desesperadamente, adelante y atrás, cuando Mitá-Mitá se inclinó sobre él. No había forma de descifrar la expresión del rostro estragado.

-¡Estáte quieto, maldito! -rugió la chica del ojo amoratado-. ¡No estará tan bueno si tenemos que golpearle!

De hecho, Sta-Hi no estaba en condiciones de escucharla. Su mente se había divorciado del cuerpo... temporalmente. Continuaba gritando y removiendo la cabeza. El sonido de su estridente voz era como rejas cayendo a su alrededor. Sólo trataba de aumentar el grosor de las rejas.

-¡Corta sus berridos! -gritó la chica del pelo verde-. ¡Está chillando como un condenado!

-No -dijo Phil-. El ruido es como... una parte del viaje. Conecta pequeña. Los chinos utilizaban este método con los monos. Se contorsionan de tal manera cuando sacas con la cuchara los centros del lenguaje y la lengua del tío para de moverse... Es como...

Se calló y los pliegues de su cara compusieron una sonrisa.

Mitá-Mitá se inclinó de nuevo. Un ligero aroma a carne chamuscada se elevó cuando la hoja penetró por encima de la ceja derecha de Sta-Hi. El cachorro atravesó con determinación la estancia, atraído por el olor a comida. Intentó saltar por encima del cable de la hoja eléctrica, pero no lo consiguió. El enchufe se soltó de la pared.

Mitá-Mitá profirió una apagada y balbuciente exclamación.

-Dice que saquéis al perro de aquí -tradujo Berdoo-. Piensa que no es higiénico operar con perros por en medio.

La chica del ojo morado se levantó, malhumorada, para coger al cachorro. El repentino dolor de la herida devolvió la razón a Sta-Hi. Había parado de gritar sin darse cuenta. Los vecinos, en caso de que los hubiera, ya deberían haberle oído.

Pensaba intensamente. La hoja cauterizaría la herida al tiempo que se abría camino en la carne. Esto significaba que no sangraría cuando desprendieran la parte superior del cráneo. ¿Y qué? ¿Qué cojones le importaba?

Otra oleada de pánico le invadió. Tiró hacia arriba con tanta fuerza que la mesa se desplazó medio metro. El borde del agujero practicado en la mesa se hundió en su cuello. ¡No podía respirar! Vio puntitos luminosos y la habitación se oscureció...

-¡Se está estrangulando! -gritó Phil.

Saltó y empujó la mesa hacia atrás sobre el suelo desnivelado. La mesa chirrió y vibró.

Sta-Hi volvió a tirar con todas sus fuerzas antes de que Mitá-Mitá consiguiera poner en marcha la hoja eléctrica. Cualquier cosa con tal de ganar tiempo, aunque no tuviera sentido. Pero la vibración de la mesa había abierto de un golpe el pequeño pestillo del gancho. Las dos mitades de la mesa se doblaron y Sta-Hi se precipitó al suelo.

Tenía los pies trabados y las manos atadas a la espalda. Tuvo tiempo de advertir que aquellos tipos usaban zapatos de goma de colores chillones con letras en los bordes: Los Pequeños Bromistas. Siempre había pensado que eran una invención de los telediaros.

Alguien golpeaba la puerta con violencia. Sta-Hi vio los cinco pares de zapatos de los tíos salir corriendo de la habitación. Oyó que una ventana se abría y que la puerta saltaba hecha astillas. Más pies. Zapatos negros de lazo bien lustrados. Zapatos de poli.

6

Con un último estirón, Mooney alisó por completo la pieza de terciopelo negro. Eran las once de la mañana del sábado. Sobre la mesa del patio, al lado del terciopelo extendido, había preparado unos cuantos bocetos a lápiz y botes de pintura tornasolada, llenos a rebosar. Hoy quería pintar una batalla espacial.

El patio medía un par de metros cuadrados, y ningún sonido salía de su casa. Lleno de paz, Mooney tomó un sorbo de té con hielo y mojó el pincel en la pintura metalizada. A la izquierda colocaría una nave como BEX, la gran astronave robot, que sería atacada desde el ángulo derecho por un carguero espacial pertrechado como un acorazado. Pintaba con rápidas y breves pinceladas, la mente en blanco.

Pasó el tiempo y la nave robot en forma de cuña empezó a perfilarse. Con gran economía de medios, Mooney retocó las apenas esbozadas portillas con rojo luminoso. Sólo movía las manos. La débil brisa que soplaba trajo el rumor lejano del oleaje.

El teléfono empezó a sonar. Mooney siguió pintando durante un minuto, confiando que su esposa ya hubiera regresado de pasar la noche en el sex-club. El teléfono continuó sonando. El anciano que estaba tendido en el suelo gruñó y se removió. Mooney pasó por encima y descolgó el auricular.

-¿Sí?

-¿Eres tú, Mooney?

Reconoció la voz serena y gelatinosa de Acción Jackson. ¿Por qué tenía que llamarle a Daytona Beach un sábado por la mañana?

-Sí, soy yo. ¿Qué te ocurre?

-Tenemos a tu chico aquí. Llegamos con el tiempo justo de salvarle de ser el invitado de honor en la Fiesta del Cerebro del Niño Travieso al estilo sureño. Alguien le oyó y nos dio el soplo por teléfono.

-Oh, Dios. ¿Está bien?

-Tiene un corte encima del ojo y puede que esté algo drogado. Debo ponerlo bajo tu custodia.

El viejo se quejaba y trataba de incorporarse. Mooney quiso hablar más alto y le salió un grito destemplado.

-¡Sí, por favor, hazlo! ¡Envíalo en un coche de la patrulla para asegurarte de que llegará aquí! ¡Y gracias, Action! ¡Muchas gracias!

Mooney temblaba de pies a cabeza. Una y otra vez veía la horrible imagen de los ojos agonizantes de su hijo contemplando a Los Pequeños Bromistas masticar sus últimos pensamientos. La lengua de Mooney se movió nerviosamente, como apartando de un empujón el sabor del tejido cerebral, hormigueante por efecto de las neuronas, ácido a causa de los agentes químicos. Sintió un repentino deseo de fumar un cigarrillo. Hacía tres meses que no compraba, pero recordó que el viejo fumaba.

-Dame un cigarrillo, Anderson.

-¿Qué día es hoy? -pregunto Anderson.

Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Se lamió los labios con la lengua para quitarse la sal y los mocos.

-Sábado. -Mooney se inclinó hacia adelante y le cogió un pitillo del bolsillo de la camisa. Tenía ganas de hablar-. Anoche os llevé a ti y a tu novia a Gray Area, ¿recuerdas?

-No es mi novia.

-Quizá no. Joder, se fue con otro tío mientras estabas en el servicio. Vi como se marchaban. Parecía tu hermano gemelo.

-Yo no tengo...

Cobb se interrumpió a mitad de la frase, recordando de golpe un montón de cosas. Inspeccionó la habitación con la mirada. Debajo de... la había puesto debajo de algo. Deslizó su mano bajo el sofá y sintió el tacto reconfortante de una botella.

-Exacto -dijo Cobb, retomando el hilo de la conversación-. Ahora me acuerdo. Se lo llevé a mi casa para ponerme celoso. Ni siquiera conozco al tipo -afirmó con convicción.

Mooney exhaló una nube de humo. Anoche se encontraba demasiado fatigado para comprobar la coartada de Anderson. ¿Y si era el otro el que había irrumpido en el almacén? Es probable que aún estuviera en la cama de Anderson. Tal vez debería...

La imagen de los ojos agonizantes de su hijo le aturdió de nuevo. Fue a la ventana y miró el reloj. ¿Cuánto tardaría la patrulla en traerlo de vuelta?

Cobb recuperó a hurtadillas la botella de debajo del sofá. La agitó junto a su oído y percibió un exquisito sonido. Había sido una buena idea convencer a Mooney de que le hospedara en su casa.

-No bebas más de esa mierda -dijo Mooney, de espaldas a la ventana.

-No te preocupes -respondió Cobb-. La terminé justo después de desenterrarla.

Volvió a colocar la botella bajo el sofá.

-No entiendo por qué permití que salieras a buscarla. -Mooney meneó la cabeza-. Debía sentirme culpable de que no tuvieras un lugar donde dormir. Pero no puedo acompañarte a casa; mi hijo llegará dentro de media hora.

Cobb había deducido del final de la conversación telefónica de Mooney que su hijo tenía algunos problemas con la policía. No le importaba cuánto se retrasaría la vuelta a casa, por la sencilla razón de que no estaba dispuesto a volver. Iba a ir a la Luna si podía tomar el vuelo semanal de esta tarde, pero no sería prudente decírselo a Stan Mooney. El

tipo todavía sospechaba de Cobb a pesar de que el camarero había confirmado la coartada al cien por ciento.

La irrupción de alguien por la puerta de entrada interrumpió sus pensamientos. Una rubia despampanante de medidas simétricas frunció la boca de forma ordinaria. La esposa de Mooney. Llevaba un vestido de lino blanco abotonado por delante. Muchos botones estaban sueltos. Cobb vislumbró por un momento unos muslos firmes y bronceados.

-Hola, forastero. -Bea saludó musicalmente a su marido. Valoró a Cobb de un vistazo y le señaló con un movimiento de cadera-. ¿Quién es la antigualla? ¿Uno de los compañeros de borracheras de tu padre?

Les dedicó una sonrisa radiante. Todo en ella rezumaba satisfacción. Había tenido una gran noche.

-Action Jackson acaba de llamar -dijo Mooney. La sonrisa desafiante y provocativa de su esposa le enfureció. Deseó, más que nada en el mundo, alterar su serenidad-. Stanny está muerto. Le encontraron en la habitación de un motel. Le habían quitado el cerebro.

Empezó a creerse sus propias palabras. Le cuadraba bien ese final a su hijo. Le cuadraba a la perfección.

Entonces Bea empezó a chillar, y Mooney le dio cuerda frenéticamente..., le proporcionó toda clase de detalles, la acusó de ser culpable por no haber contribuido a la felicidad del hogar y, por fin, la sacudió y abofeteó con el pretexto de que intentaba calmarla. Cobb asistía á la escena algo confuso. No tenía sentido. Aunque, de hecho, casi nada lo tenía.

Recuperó la botella escondida y se la puso bajo la camisa, con el gollete dentro de los pantalones. Parecía el momento apropiado para marcharse. Mooney y su esposa se estaban besando con franca dedicación. Ni siquiera abrieron los ojos cuando Cobb pasó a su lado y salió por la puerta.

El sol quemaba. Mediodía. Alguien le había dicho anoche que el vuelo a la Luna salía cada sábado a las cuatro de la tarde. Se sentía aturdido y confuso. ¿Cuándo eran las cuatro? ¿Dónde? Miró a su alrededor sin comprender. El gollete de la botella le estaba apretando. Sacó la botella y se metió en el garaje de Mooney. Frío, oscuro. Había un tablero de herramientas colgado en la pared trasera. Fue hacia él, cogió un martillo y destrozó la botella sobre el banco de trabajo de Mooney. El fajo de billetes continuaba en perfecto estado. Quizá se olvidaría de la Luna y de la promesa de inmortalidad de los robots. Podía quedarse en la Tierra y gastar el dinero en un nuevo y bonito corazón artificial.

¿Cuánto había? Cobb apartó los trozos de vidrio y empezó a contar los billetes. Tal vez habría veinticinco, o mil. ¿O sólo cuatro? No estaba del todo...

Una mano cayó sobre el hombro de Cobb. Profirió un grito gutural y aferró el dinero con ambas manos. Una esquirla de vidrio se le clavó. Se volvió y se encontró frente a un hombre flaco, cuya silueta se recortaba contra la luz que entraba por la puerta del garaje.

Cobb se guardó el dinero en el bolsillo. Al menos no era Mooney. Tal vez aún podría...

-¡Cobb Anderson! -exclamó con sorpresa, la sombría figura. De espaldas a la luz no había manera de reconocer sus facciones-. Es un honor conocer al hombre que puso los robots en la Luna.

Era una voz suave, sin inflexiones, posiblemente sarcástica.

-Gracias -dijo Cobb-. ¿Quiénes usted?

-Soy... -La voz se desvaneció en una risita apagada-. Soy una especie de pariente del señor Mooney. Casi un pariente. Vine para encontrarme con su hijo, pero tengo tanta prisa... Quizá podría hacerme un favor...

-Bueno, no lo sé. Tengo que irme al puerto espacial.

-Exactamente. Lo sé. Pero yo he de llegar antes y arreglarle algunas cosas. Lo que quiero que haga es que se traiga al hijo de Mooney. Los polis le mandarán aquí de un momento a otro. Dígale que le acompañe a la Luna. Se supone que debo suplantar a ese chico.

-¿Eres un robot también?

-Correcto. Voy a entrevistarme con el señor Mooney para que me consiga un puesto de vigilante nocturno en los almacenes. Por lo tanto, su hijo debe desaparecer. Los Pequeños Bromistas iban a encargarse de ello, pero... no importa. Lo principal es que usted se lo lleve a la Luna.

-Pero ¿cómo...?

-Aquí hay mucho dinero, lo suficiente para pagar su billete. Debo marcharme.

La flaca y ligera figura depositó un fajo de billetes en la mano de Cobb y desapareció por la puerta trasera del garaje. Por un instante Cobb pudo ver su rostro. Grandes labios, ojos astutos.

Hubo un repentino estrépito. Cobb se volvió, mientras guardaba el dinero extra en el bolsillo del pantalón. Un coche patrulla avanzaba por la avenida. Cobb se quedó donde estaba, sin poderse mover. Un poli, una especie de prisionero en el asiento trasero.

-Hola, abuelo -le llamó el poli, bajando del coche. Probablemente tomaba a Cobb por un colguera al servicio de Mooney-. ¿Está el señor Mooney en casa?

Cobb comprendió que el chico tembloroso debía de ser el hijo. Tendría tantas ganas de pirarse como él. Se le ocurrió un plan.

-Me temo que Stan ha salido para ayudar a un vecino -dijo Cobb, saliendo del garaje. La imagen de Mooney y su esposa jodiendo sobre el piso de la sala de estar pasó como una exhalación ante sus ojos-. Está instalando el sistema de riego.

El poli miró al viejo con suspicacia. El jefe le había dicho que Mooney le esperaría. El viejo parecía un vagabundo.

-¿Quién es usted? ¿Lleva encima alguna documentación?

-En casa -dijo Cobb con una sonrisa de indiferencia-. Soy el padre del señor Mooney. Me dijo que venían hacia aquí. -Se calló y le dedicó una mueca severa al rostro que asomaba por la ventanilla trasera del vehículo. El mismo rostro que había visto en el garaje-. ¿De nuevo en jaleos, Stan Junior? Si no vas con cuidado acabarás como tu abuelo. Ven adentro y te prepararé algo de comer. Un bocadillo caliente de los que a ti te gustan.

Antes de que el poli pudiera abrir la boca. Cobb abrió la puerta trasera del coche. Sta-Hi salió, preguntándose de dónde demonios había salido el colguera. Pero cualquier cosa que le evitara ver a sus padres estaba bien.

-Eso suena de coña, abueli -dijo Sta-Hi con una sonrisa de cansancio-. Me comería una puta.

-Dale las gracias al oficial por acompañarte, Stanny.

-Gracias, oficial.

El policía asintió secamente, subió al coche y se fue. Cobb y Sta-Hi permanecieron en la avenida hasta que el cloqueo del motor de hidrógeno se apagó. De la esquina más próxima surgió un camión del Señor Helado.

7

-¿Dónde están mis padres? -dijo Sta-Hi por fin.

-Están follando ahí dentro. Uno de ellos piensa que estás muerto. Es difícil comprender lo que oyes cuando estás nervioso.

-También es difícil cuando eres imbécil -respondió Sta-Hi con una débil sonrisa-. Larguémonos de aquí.

Ambos se alejaron de la urbanización. Las casas estaban financiadas por el gobierno para el personal del puerto espacial. Gozaban de gran cantidad de agua, y la hierba crecía verde y lozana. Muchos de los propietarios habían plantado naranjos en sus jardines.

Cobb examinó al hijo de Mooney mientras caminaban. El chico era alto, enjuto y ágil, de labios grandes y expresivos, siempre en movimiento; ojos astutos que, en ocasiones, se quedaban fijos en una mirada introspectiva. Parecía brillante, voluble e informal.

-Ahí vivía mi novia -indicó el hijo de Mooney, señalando con un gesto brusco una casa de estuco rematada por un revestimiento de placas de energía solar-. La muy puta. Fue a la escuela y he oído que va a estudiar medicina. Estrujar próstatas y extirpar tumores. ¿Alguna vez trabajaste con neumáticos?

-Bueno, Stanny... -balbució Cobb, cogido por sorpresa.

-No me llames así. Mi nombre es Sta-Hi. Y estoy hecho una mierda. ¿Escondes algo en los pantalones?

El sol brillaba en el asfalto. Cobb se sentía algo débil. Este chico parecía un follonero genuino. Como para tenerlo de tu parte.

-Tengo que ir al puerto espacial -dijo Cobb, acariciando el dinero en su bolsillo-. ¿Sabes dónde puedo coger un taxi?

-Soy taxista, que es como decir que ya estás en él. ¿Quién eres?

-Mi nombre es Cobb Anderson. Tu padre me estaba investigando. Sospechaba que había robado dos cajas de riñones.

-¡Fantástico! ¡Hazlo otra vez! ¡Filete y pastel de riñones!

-Tengo que volar a la Luna esta tarde. -Cobb sonrió forzosamente-. ¿Quieres acompañarme?

-Seguro, viejo. Beberemos Kill-Koff y recortaremos alas de cartón. -Sta-Hi brincó alrededor de Cobb, haciendo eses y agitando los brazos-. Me voy a la Luuuuuuuuuna -cantó meneando el culo.

-Escucha, Stanney...

El hijo de Mooney paró en seco y juntó las manos cerca de la cabeza de Cobb.

-¡Sta-Hi! -gritó-. ¡No te equivoques!

El chillido le enfureció. Cobb le propinó un revés, pero Sta-Hi le esquivó sin dejar de bailotear. Cerró los puños, le miró por encima de ellos, frunció el ceño y movió las piernas como un boxeador.

-Escucha, Sta-Hi -empezó Cobb otra vez-. No entiendo el motivo, pero los robots me han dado un montón de pasta para volar a la Luna. Tienen algún tipo de elixir de la inmortalidad y me lo van a dar. Y dicen que debería llevarte conmigo para que me ayudes.

Decidió que más adelante le diría a Sta-Hi lo de su doble.

-Veamos el dinero.

El joven amagó un golpe.

Cobb miró a su alrededor con nerviosismo. Era extraño lo desierta que estaba la urbanización. Nadie miraba, por suerte, a menos que el chico fuera a...

-Veamos el dinero -repitió Sta-Hi.

Cobb mostró el fajo de billetes sin sacarlo por completo del bolsillo.

-Tengo una pistola en el otro bolsillo -mintió-. Así que no te hagas ilusiones. ¿Captas?

-Me muero de miedo -dijo Sta-Hi, sin perder detalle-. Dame uno de esos billetes.

Habían llegado al final de la urbanización. Ante ellos se extendía el aparcamiento de un centro comercial, y más allá se veía un prado donde la gente tomaba el sol y la carretera del Centro Espacial JFK.

-¿Para qué? -preguntó Cobb sin dejar de sujetar el dinero.

-La cabeza me da vueltas, viejo. El Balón Rojo está por allí.

-Parece que empiezas a pensar, Sta-Hi. -Cobb dibujó una rígida sonrisa entre la barba-
. De veras.

Sta-Hi se compró una cola-bola y cien dólares de marihuana legal, mientras Cobb se gastaba otros cien en una botella de medio litro de whisky escocés envejecido mediante procedimientos orgánicos. Luego cruzaron el aparcamiento y compraron algunas ropas para el viaje: trajes blancos y camisas hawaianas. En el taxi que les condujo al puerto espacial compartieron algunas de sus provisiones.

Cuando se dirigían hacia la terminal, Cobb sufrió una momentánea desorientación. Sacó el dinero y empezó a contarlo otra vez, pero Sta-Hi se lo arrebató de un manotazo.

-Aquí no, Cobb. No te alteres, tío. Primero hay que conseguir los visados.

Erguido y musculoso, Cobb se deslizaba sobre sus dos dosis de escocés como el último caballero del Sur desfilando al compás del Himno del Ejército Confederado. Sta-Hi le remolcó hasta el mostrador donde se entregaban los visados.

Esta parte parecía la más fácil. A los Gimmis no les importaba quién iba a la Luna. Sólo querían sus dos mil dólares. Había varios clientes esperando, y la cola se movía con lentitud.

Sta-Hi examinó con detenimiento a la rubia que se hallaba delante de ellos. Llevaba leotardos de color lavanda, un tutú plateado y una pechera de vinilo a rayas. Se acercó a ella lo suficiente para frotarse con su ceñida minifalda.

Ella se volvió y arqueó las depiladas cejas al verle.

- ¡Tú otra vez! ¿No te dije que me dejaras en paz?

Sus mejillas enrojecieron de cólera.

-¿Es verdad que las rubias se afeitan el coño? -preguntó Sta-Hi, parpadeando rápidamente. Le dedicó una amplia sonrisa. La boca de la chica se frunció con impaciencia. No estaba para bromas-. Soy un artista -siguió Sta-Hi, cambiando de registro- sin arte. Me dedico simplemente a cambiar de sitio las cabezas de la gente, pequeña. ¿Ves esta herida? -señaló el corte sobre la ceja- Tengo una cabeza tan preciosa que esta mañana unos locos intentaron comerse mi cerebro.

-¡Oficial! -gritó la chica en medio del vestíbulo-. ¡Por favor, ayúdeme!.

Un policía se materializó entre Sta-Hi y la joven como por arte de magia.

-Este hombre -dijo con su cristalina, delicada y bella voz de Georgia- me está molestando desde hace una hora. Empezó en aquella sala y me ha seguido hasta aquí.

El policía, un mocetón de Florida, rebosante de buena salud y jugos de fruta bien exprimidos, dejó caer una muy pesada mano sobre el hombro de Sta-Hi y le inmovilizó.

-Espere un minuto -protestó Sta-Hi-. Sólo estoy haciendo cola. Yo y el abueli. Vamos a Disky, ¿verdad, abueli?

Cobb asintió con un gesto vago. Las multitudes siempre le aturdían. Demasiadas conciencias empujándole. Se preguntó si el oficial pondría alguna objeción a que tomara un sorbo de whisky.

-La señorita dice que usted la molestó en el bar -contestó con firmeza el policía -. ¿Le hizo observaciones de naturaleza sexual, señorita? ¿Propuestas obscenas o lascivas?

-¡Por supuesto que sí! -exclamó la rubia-. ¡Me dijo si prefería que me invitara a una buena cena o recibir una paliza! Pero no quiero molestarme en presentar cargos contra él; sólo quiero que me deje en paz.

La persona que estaba delante de ella terminó los trámites y abandonó el mostrador. La rubia obsequió al policía con una recatada sonrisa de agradecimiento y se apoyó en el mostrador para consultar la máquina que expedía los visados.

-Ya oíste a la señorita -dijo el poli, que apartó de un empujón a Sta-Hi-. Tu también, abuelo.

Sacó a Cobb de la cola.

Sta-Hi dirigió una feroz y amplia sonrisa al policía, pero guardó silencio. Los dos caminaron muy despacio por el vestíbulo hacia el mostrador de los billetes.

-¿Oíste a ese coño sobre patas? -masculló Sta-Hi-. En mi vida la había visto. Recibir una paliza. -Miró por encima del hombro. El policía seguía de pie junto al mostrador de los visados, la vigilancia personificada-. Si no conseguimos un visado no podremos subir a la nave.

-Primero compraremos los billetes. -Cobb se encogió de hombros-. ¿Tienes el dinero? Quizá deberíamos contarle otra vez.

No se acordaba de cuánto había.

-Corta el rollo, idiota.

-¡Procura que no nos arresten por abordar a desconocidas otra vez, Sta-Hi! Si no cojo ese vuelo es posible que no encuentre a mi contacto. ¡Mi vida depende de ello!

Sta-Hi prosiguió su camino sin responder. Cobb suspiró y le acompañó hasta el mostrador de los billetes.

La mujer que les atendía les dispensó una rápida sonrisa cuando vio a Sta-Hi:

-Por fin ha llegado, señor De Mentis. Tengo a su disposición los billetes y los visados. -Depositó en el mostrador un abultado sobre-. ¿Fumadores o no fumadores?

-Fumadores, por favor. -Sta-Hi disimuló su sorpresa sacando el fajo de billetes-. ¿Cuánto dijo que cuestan?

-Dos billetes de ida y vuelta en primera clase a Disky -dijo la mujer, sonriendo con inexplicable familiaridad-, más los costos de los visados hacen cuarenta y seis mil doscientos treinta y seis dólares.

Sta-Hi contó torpemente el dinero, más dinero del que había visto en toda su vida. Cuando la mujer le devolvió el cambio retuvo la mano del joven durante un momento.

-Feliz aterrizaje, señor De Mentis. Y gracias por el almuerzo.

-¿Cómo te lo montaste? -preguntó Cobb mientras caminaban por el pasillo de embarque.

La señal de que faltaban diez minutos para el despegue había empezado a sonar.

-No lo sé -dijo Sta-Hi, y encendió un porro.

Oyeron pasos a sus espaldas. Un golpecito en el hombro de Sta-Hi. Se volvió y contempló la sonrisa burlona de Sta-Hi2, su doble robot.

¿A qué es una imitación cojonuda de tu cabeza?, parecía decir la sonrisa de Sta-Hi2 Guiñó el ojo a Cobb con familiaridad. Se habían conocido en el garaje de Mooney.

-Es un robot construido a tu imagen y semejanza -cuchicheó Cobb-. Yo tengo uno, también. Así nadie sabe que nos hemos ido.

-Pero ¿por qué? -Sta-Hi quería saber, pero no se lo iban a decir. Aspiró una bocanada del porro y echó el humo sobre su gemelo-. ¿Quieres... quieres una calada?

-No, gracias -dijo Sta-Hi2-. Estoy en lo mejor de la vida. -Dibujó una ancha y maliciosa sonrisa-. No le digas a nadie en la Luna el nombre auténtico del viejo. Hay algunos robots llamados cavadores que se la tienen jurada.

Se volvió como si fuera a marcharse.

-Espera -pidió Sta-Hi-. ¿Qué vas a hacer ahora? Quiero decir, mientras yo esté ausente.

-¿Qué voy a hacer? -dijo Sta-Hi2 pensativamente-. Oh, holgazanearé por tu casa como un buen hijo. Cuando regreses desapareceré y podrás hacer lo que quieras. Es posible que se te haga extensivo el trato sobre la inmortalidad.

Sonó el aviso de que faltaban dos minutos. Unos pocos rezagados pasaron corriendo.

-¡Vamos! -gritó Cobb-, casi no queda tiempo.

Agarró a Sta-Hi por un brazo y lo arrastró hacia la rampa. Sta-Hi2 observó su partida. Sonreía como un cocodrilo.

Ralph Números estuvo de vuelta sin transición alguna. Podía sentir el golpeteo de unos piecillos en el interior de su cuerpo. Había sido reconstruido. Reconoció la sensación. No se pueden ajustar dos circuitos impresos de la misma forma, y adaptarse a un cuerpo nuevo exige cierto tiempo. Ladeó lentamente la cabeza, tratando de ignorar la manera con que parecían arrastrarse los objetos a medida que se movía. Era como probarse unas gafas nuevas, sólo que peor.

Una gran tarántula plateada estaba acurrucada frente a Ralph, observándole. Vulcan. Una ventanilla se abrió en el costado de Ralph y una diminuta araña robótica se deslizó fuera, tanteando el entorno con sus patas delanteras extralargas.

-Concluido -dijo inesperadamente la araña.

-Bien. -Vulcan se dirigió a Ralph-. ¿No vas a preguntarme cómo llegaste aquí?

Vulcan ya había trabajado con anterioridad para Ralph. Su taller le era familiar. Herramientas y chips de silicio por todas partes, analizadores de circuitos y hojas de plástico brillantemente coloreadas.

-Yo diría que soy el nuevo vástago de Ralph Números, ¿no?

Ningún recuerdo de la décima visita al Principal, ningún recuerdo de haber sido desmontado..., pero nunca los había. Aunque... algo no acababa de cuadrar.

-Inténtalo de nuevo.

La minúscula araña negra, una mano de Vulcan dirigida por control remoto, saltó sobre el lomo de la gran tarántula plateada.

Ralph retrocedió en sus pensamientos. Lo último que podía recordar era a Vulcan grabándole. Después de la grabación había planeado ir a...

-¿Me encontré con Wagstaff?

-Por supuesto que lo hiciste. Y, de regreso, alguien desintegró tu parasol. Tienes suerte de que te grabara. Tan sólo perdiste dos o tres horas de memoria.

Ralph consultó la hora. Si se apresuraba aún llegaría a tiempo para el aterrizaje de BEX. Dio una vuelta sobre sí mismo y casi se desplomó.

-Tranquilo, robot. -Vulcan sostenía una hoja de plástico rojo transparente. Imipolex G-. Voy a recubrirte con un revestimiento metalizado.. Nadie usa ya parasoles. Ya te has disfrazado bastante de archivador.

El plástico rojo aún no estaba del todo rígido, y se ondulaba seductoramente.

-Te vendrá bien un cambio de imagen -continuó Vulcan con acento mimoso-. De esta forma los cavadores no te pillarán tan fácilmente.

Durante años, había intentado colocar un revestimiento metalizado a Ralph.

-No me gustaría cambiar demasiado -insinuó Ralph.

Al fin de cuentas, vivía de vender sus memorias a robots curiosos. Tal vez perjudicaría sus negocios el hecho de no parecer ya el robot más viejo de la Luna.

-Hay que adaptarse a los tiempos -dijo Vulcan mientras medía rectángulos del plástico rojo con dos de sus patas... o brazos-. Ningún robot debe esforzarse en permanecer igual, especialmente ahora que los nuevos y poderosos robots tratan de hacerse con el control de la situación. -Fue pasando de pata en pata el plástico gelatinoso hasta colocarlo sobre Ralph-. No dolerá un ápice.

Una de las patas de Vulcan terminaba en un remachador. Ocho rápidos golpecitos y el plástico rojo estuvo ajustado en el pecho de Ralph. La pequeña araña/mano dirigida por control remoto practicó un orificio en el costado de Ralph y conectó algunas ramificaciones del plástico a los circuitos de Ralph. Un juego de luces brotó de su pecho.

-Fascinante -dijo Vulcan, retrocediendo para examinar mejor el efecto-. Tienes una mente muy hermosa, Ralph, pero deberías permitirme que te disfrazara mucho mejor. Sólo me llevaría una hora más.

-No -respondió Ralph, consciente de que el tiempo pasaba-. Basta con el revestimiento metalizado. He de llegar al puerto espacial antes de que la nave alunice.

Podía sentir de nuevo los movimientos de la diminuta araña dentro de su cuerpo. Los diseños sobre su pecho ganaron riqueza y definición. Entretanto Vulcan remachó el resto del plástico en sus costados y en la espalda. Ralph alargó el cuello diez centímetros y movió cautelosamente la cabeza alrededor de su cuerpo. Los dibujos luminosos reflejaban los códigos binarios que eran sus pensamientos.

Una de las razones por las que Ralph había conseguido sobrevivir a base de vender sus pensamientos y recuerdos era que sus pensamientos no eran ni muy simples ni muy complejos. Bastaba con echar una ojeada a los diseños luminosos que fluían por su cuerpo. Parecía alguien... interesante.

-¿Por qué quieren matarte los cavadores, Ralph? -preguntó Vulcan-. Ya sé que no es mi problema.

-No lo sé -contestó Ralph, expresando la frustración en toda su superficie-. Si pudiera recordar lo que me dijo Wagstaff... ¿No te dije nada antes...?

-Hubo algunas señales antes de la disolución, pero muy falseadas. Algo acerca de combatir a los grandes autónomos. Es una buena idea, ¿no crees?

-No. Me gustan los grandes autónomos. Son el próximo eslabón lógico de nuestra evolución. Y con todas las cintas humanas que están consiguiendo...

-¡Y de robots también! -exclamó enardecido Vulcan-. Pero no van a cazarme. ¡Creo que debemos acabar con ellos!

Ralph no quería seguir discutiendo... No había tiempo. Le pagó a Vulcan un puñado de chips. Debido a la constante inflación, los robots nunca concedían créditos. Salió por la parte delantera del taller de Vulcan a la calle Sparks.

Tres esferas flotantes, propulsadas por cohetes, pasaron a toda velocidad. Era una manera cara de vivir, pero la pagaban con expediciones de exploración. Se movían erráticamente, como si estuvieran en una fiesta. Seguro que alguna de ellas había terminado de construir su vástago.

Un poco más abajo de la calle estaba la gran fábrica de chips. Chips y circuitos impresos constituían las partes esenciales de un nuevo vástago, y la fábrica, llamada GAX, contaba con férreas medidas de seguridad. Era uno de los escasos edificios de Disky de aspecto realmente sólido. Las paredes eran de piedra y las puertas de acero.

Había un grupo de robots concentrados ante la puerta. Ralph percibió la cólera que flotaba en el ambiente desde media manzana de distancia. Tal vez otro cierre patronal. Cambió de acera con la esperanza de evitar problemas.

Sin embargo, uno de los robots le reconoció y se precipitó hacia él. Una cosa alta y delgada con pinzas en lugar de dedos.

-¿Eres tú, Ralph Números?

-Se supone que voy disfrazado, Burchee.

-¿Llamas a eso un disfraz? ¿Por qué no te anuncias con una pancarta? Nadie piensa como tú, Ralph.

Burchee lo sabía. Él y Ralph se habían unido varias veces, sus procesadores totalmente conectados con un cable coaxial desbloqueado. Burchee siempre andaba sobrado de piezas sueltas para regalar, y Ralph poseía su famosa mente.. Les unía una especie de amor sexual.

La pesada puerta de acero de la fábrica estaba cerrada herméticamente; algunos de los robots empezaron a atacarla con martillos y escoplos.

-¿Qué ocurre? -preguntó Ralph-. ¿No podéis entrar a trabajar?

El cuerpo larguirucho de Burchee brilló con unos tonos verdosos debido a la emoción.

-GAX ha despedido a todos los trabajadores. Quiere controlar toda la operación sin intermediarios. Dice que ya no necesita a nadie. Tiene un montón de robots dirigidos por control remoto en lugar de trabajadores.

-¿Y no necesita de tus habilidades especiales? -se asombró Ralph-. ¡Lo único que sabe hacer es vender y comprar! ¡GAX no puede diseñar un protector de red como lo haces tú, Burchee!

-Sí -repuso amargamente Burchee-. Así era antes. Pero luego GAX le pidió a uno de los diseñadores que se uniera a él. El tipo cedió sus cintas a GAX y ahora vive en su interior. Su cuerpo es simplemente otro robot remoto. Es el nuevo estilo de GAX: o te absorbe, o no trabajas. Por eso intentamos entrar.

Una trampilla se abrió en lo alto del muro de la fábrica y un pesado disco de silicio fundido fue arrojado desde ella. Los dos robots que martilleaban la puerta no miraron a tiempo. La tremenda pieza de vidrio les alcanzó de lleno, partiéndolos por la mitad. Sus procesadores estaban irremediablemente destrozados.

-¡Oh, no! -gritó Burchee, que cruzó la calle en tres largas zancadas-. ¡Ni siquiera tenían vástagos!

Una cámara espía surgió de la trampilla abierta y luego se replegó. Fue un acontecimiento deprimente. Ralph reflexionó un momento. ¿Cuántos grandes autónomos había ahora? ¿Diez, quince? ¿Era realmente necesario que condenaran a los pequeños a la extinción? Quizá estaba equivocado en...

-¡No vamos a permitirlo, GAX! -Burchee levantó sus delgados brazos, lleno de furia-. ¡Espera a que tengas tu décima sesión!

Todos los robots, grandes y pequeños sin excepción, sufrían cada diez meses un drenado del cerebro a cargo del Principal. Por supuesto que un robot tan grande y poderoso como GAX tendría un vástago constantemente puesto al día, listo para entrar en acción, pero un robot que acaba de transferir su conciencia a un nuevo vástago es tan vulnerable como una langosta que se ha desprendido de su viejo caparazón.

El desafío del larguirucho Burchee entrañaba, pues, una cierta fuerza, aunque fuera dirigido a GAX, enorme y macizo como una ciudad. Otro pesado disco de vidrio fue arrojado desde la trampilla, pero Burchee lo esquivó fácilmente.

-¡Mañana, GAX! ¡Te vamos a desmontaaaaar!

El furioso centelleo verde de Burchee disminuyó un poco. Volvió junto a Ralph, mientras en el otro lado de la calle los robots recogían los dos cuerpos y se guardaban las piezas aprovechables.

-Debe drenarse mañana, a la una del mediodía -dijo Burchee, rodeando con un delgado brazo los hombros de Ralph-. Podrías venir a divertirme un poco.

-Lo intentaré -dijo Ralph con gran seriedad.

Los grandes autónomos estaban yendo demasiado lejos. ¡Eran una amenaza para la anarquía! Y él les iba a ayudar a grabar a Anderson... Claro que por el bien del viejo, pero...

-Intentaré estar aquí -repitió-. Y cúidate, Burchee. Aunque GAX esté desconectado, sus robots remotos pondrán en marcha los programas almacenados. Os espera una dura lucha.

Burchee emitió un efusivo adiós amarillo, y Ralph continuó caminando por la calle Sparks en dirección a la parada del autobús. No deseaba recorrer a pie los cinco kays que le separaban del puerto espacial.

Había una taberna justo enfrente de la parada. Al pasar Ralph, las puertas se abrieron y dos camioneros salieron dando tumbos, amigablemente tomados de sus brazos serpenteantes. Tenían el aspecto de barriles de cerveza rodantes, con un grupo de tentáculos purpúreos en cada extremo. Cada uno de ellos llevaba un trepador de alquiler enchufado a su rechoncha cabeza. Ocupaban la mitad de la calle. Ralph se desvió de su camino, preguntándose con cierto nerviosismo qué clase de ilusiones estaban intercambiando.

-A las cajas les encantan los enchufes negros -canturreó uno.

-Las esferas disfrutaban con las clavijas azules -replicó el otro, chocando despreocupadamente con su compañero.

Ralph echó una ojeada a la taberna y vio a cinco o seis robots de maciza construcción que se sacudían alrededor de un gran electroimán en el centro de la taberna. Desde su puesto de observación podía sentir las confusas corrientes que convergían. Lugares como éste asustaban a Ralph. Consciente del poco tiempo que quedaba para el alunizaje de BEX, dobló la esquina y estiró el cuello para ver si llegaba el autobús.

Le alivió comprobar que un largo y bajo transporte con plataforma se aproximaba. Ralph bajó de la acera e hizo señales para que se detuviera. El autobús anunció el precio del billete y Ralph pagó. Había subido diez unidades desde ayer. La constante inflación servía como fuerza adicional ambiental para eliminar a los débiles.

Ralph encontró un espacio vacío y se sujetó. El autobús iba abierto por completo y uno debía ser cuidadoso cuando tomaba las curvas... A veces alcanzaba la escalofriante velocidad de treinta kilómetros por hora.

Algunos robots subían y bajaban de vez en cuando, pero la mayoría, como Ralph, se dirigían al puerto espacial. Unos ya habían establecido contactos de negocios en la Tierra, mientras otros confiaban en hacerlo o en encontrar trabajo como guías. Uno de estos últimos se había confeccionado una cabeza Imipolex de aspecto más o menos humano y exhibía una gran chapa que ponía: «¡Los robots son los tíos mas chiflados!».

Ralph apartó la mirada con disgusto. Gracias a sus esfuerzos personales, hacía tiempo que los robots habían descartado las odiosas y chovinistas prioridades humanas de Asimov: Proteger humanos. Obedecer humanos. Proteger a los robots..., en este orden. En estos días, la única obediencia o protección que les cabía esperar a los humanos de los robots se planteaba estrictamente sobre la base del pague-como-quiera.

Los humanos no terminaban de comprender el hecho de que las razas diferentes no se necesitan como amos o esclavos, sino como iguales. A causa de sus limitaciones, las mentes humanas eran algo fascinante... algo totalmente diferente de un programa robótico. TEX y MEX, Ralph lo sabía, habían puesto en marcha un proyecto destinado a reunir tantos softwares humanos como fuera posible. Y ahora querían el de Cobb Anderson.

El proceso de separar un software humano de su hardware correspondiente, o sea, extraer del cerebro las pautas del pensamiento, era destructivo e irreversible, pero para los robots era mucho más fácil. Bastaba con enchufar un coaxial en el lugar correcto y ya se podía descifrar y grabar toda la información contenida en el cerebro del robot. Sin embargo, descodificar un cerebro humano constituía una tarea muy compleja. Se necesitaba registrar los modelos eléctricos, trazar el plano de las uniones entre neuronas y fraccionar y analizar la memoria RNA. Hacer todo esto exigía cortar y desmenuzar. Wagstaff lo repudiaba. Pero Cobb...

-Tú debes de ser Ralph Números -emitió repentinamente el robot que se hallaba a su lado.

La vecina de Ralph tenía un aspecto semejante al de una secadora de peluquería, incluida la silla. Llevaba un revestimiento metálico dorado, y de su puntiaguda cabeza surgían infinidad de pequeñas espirales. Enlazó con un tentáculo metálico uno de los manipuladores de Ralph.

-Será mejor que hablemos en corriente continua. Es más privado. Todo el mundo en esta parte del autobús ha estado interfiriendo en tus pensamientos, Ralph.

Este miró a su alrededor. ¿Cómo puedes adivinar si un robot te está observando? Una manera evidente es comprobar si ha vuelto la cabeza y te está apuntando con los sensores visuales. En efecto, la mayoría de los robots aún le estaban mirando fijamente. Se produciría un caos en el puerto espacial cuando Cobb Anderson bajara de la nave.

-¿Qué aspecto tiene ahora?

La vecina de Ralph lanzó una sedosa señal.

-¿Y quién lo sabe? -repuso tranquilamente Ralph-. La mascarilla del museo tiene veinticinco años de antigüedad. Y todos los humanos se parecen.

-No para mí -ronroneó la vecina de Ralph-. Preparo conjuntos de cosméticos automatizados para ellos.

-Estupendo. ¿Podrías sacarme la mano de encima? Tengo que enviar algunos mensajes privados.

-De acuerdo. ¿Por qué no me llamas mañana por la tarde? Tengo suficientes piezas para montar dos vástagos. Y, además, me gustaría unirme contigo. Me llamo Cindy-Lou. Cubo tres, cuatro, uno, dos.

-Tal vez -dijo Ralph, algo halagado por la invitación. Cualquiera que hubiera establecido tratos con la Tierra era alguien a tener en cuenta. El revestimiento de plástico rojo que Vulcan le había vendido debía sentarle bien, muy bien-. Intentaré ir después de los disturbios.

-¿Qué disturbios?

-Quien desmontar a GAX; al menos ésa es su intención.

-¡Yo iré también! Recogeré cantidad de cosas. Y la semana que viene van a destruir a MEX; ¿sabes?

La sorpresa aturdió a Ralph. ¿Destruir a MEX, el museo? ¿Qué sería de las cintas cerebrales adquiridas por MEX con tanta paciencia?

-No deberían hacerlo. ¡Este asunto se les va a ir de las manos!

-¡Destruirlos a todos! -dijo alegremente Cindy-Lou-. ¿Te importa que traiga algunos amigos mañana?

-Continúa, pero déjame en paz. Tengo que pensar.

El autobús se alejaba de Disky y empezaba a cruzar la desierta llanura lunar que conducía al puerto espacial. El sol brillaba, una vez dejados atrás los edificios, y todos los revestimientos metálicos centelleaban como espejos. Ralph meditaba sobre las noticias que concernían a MEX. En cierto sentido no afectarían a Anderson. Lo principal era grabar su cerebro y enviar la cinta a la Tierra. Enviarla al Señor Helado. Entonces el software de Cobb sería implantado en su doble. Sería lo mejor para el viejo. Según lo que Ralph había oído, el actual hardware de Anderson estaba a punto de colapsarse.

Los pasajeros del autobús se encaminaron hacia la cúpula de los humanos, en el extremo del puerto espacial. BEX anunció mediante señales luminosas que alunizaría dentro de media hora. A la hora exacta. Todo el viaje, desde la Tierra hasta la estación espacial Ledge, vía lanzadera, y desde Ledge a la Luna, vía BEX, sobrepasaba ligeramente las veinticuatro horas.

Un túnel de pasajeros lleno de aire empezaba a surgir de la cúpula, dispuesto a conectarse herméticamente con la cámara de aire de la nave. El frío vacío de la Luna, tan confortable para los robots, era mortal para los humanos. Por contra, la cálida atmósfera en el interior de la cúpula era letal para los robots.

Ningún robot podía penetrar en la cúpula de los humanos sin alquilar una unidad auxiliar de refrigeración. Los robots mantenían el aire de la cúpula lo más seco posible para protegerse de la corrosión, pero lo mantenían al nivel justo para permitir la supervivencia de los humanos, de lo contrario éstos deberían resistir una temperatura superior a 290 grados Kelvin. ¡Y los humanos le llamaban a esto «temperatura ambiente»! Sin una unidad especial de refrigeración, los circuitos superconductores estallarían al instante.

Ralph pagó el precio del alquiler... triplicado desde la última vez... y entró en la cúpula de los humanos, haciendo girar el refrigerador. La gente se apretujaba en el interior. Se estacionó lo suficientemente cerca del verificador de los visados como para escuchar el nombre de los pasajeros.

Había un gran número de cavadores diseminados por toda el área de espera... demasiados. Todos estaban mirando. Ralph comprendió que debía haber permitido a

Vulcan disfrazarle con más minuciosidad. Se había conformado con revestirse de un brillante protector rojo. ¡Menudo disfraz!

9

Los rostros de la Luna se iban modificando. Una anciana con un haz de leña, una dama con sombrero de plumas, la cara redonda de una chica soñadora asomándose a la vida.

-«Lenta, silenciosamente, la Luna / recorre la noche con sus rayos de plata» -citó Cobb sentenciosamente-. Hay cosas que nunca cambian, Sta-Hi.

Sta-Hi se inclinó por delante de Cobb para echar un vistazo por la estrecha portilla de cuarzo. A medida que se acercaban, los hoyos crecían y la cadena de montañas que se alzaba sobre la vasta mejilla de la Luna se hizo inconfundible. Un sifilítico maquillado como una tarta. Sta-Hi volvió a su asiento y encendió el último porro. Se sentía paranoico.

-¿Alguna vez te pasó por la cabeza -preguntó a través de una nube de humo exquisitamente detallada- que esas copias de nosotros podrían llegar a ser permanentes? ¿Que todo esto va encaminado a quitarnos de en medio para que Anderson dos y Sta-Hi dos se hagan pasar por humanos?

Se trataba, en el caso de Sta-Hi, de una muy correcta valoración de la situación, pero Cobb prefirió no reconocerlo ante el chico. En lugar de ello protestó.

-¡Esto es ridículo! ¿Por qué querrían...?

-Tú sabes más de robots que yo, viejo, a pesar de toda esa mierda que me contaste sobre que habías ayudado a diseñarlos.

-¿No aprendiste nada sobre mí en la universidad, Sta-Hi? -preguntó Cobb con pena-. ¿Cobb Anderson, el hombre que enseñó a pensar a los robots? ¿No te lo enseñaron?

-Hice cantidad de campanas -dijo Sta-Hi, encogiéndose de hombros-. Pero imagínate que los robots quieren colocar a dos agentes en la Tierra. Envían dos copias de nosotros y nos dicen que vengamos aquí. Tan pronto como nos largamos las copias nos suplantan y empiezan a reunir información. ¿Correcto?

-¿Qué clase de información? -espetó Cobb-. Ni que fuéramos personal de alta seguridad, Sta-Hi.

-Lo que me preocupa -prosiguió Sta-Hi, golpeando las puntas de los dedos como si quisiera aliviar invisibles puntos de tensión- es si nos dejarán regresar. Tal vez quieran hacer algo con nuestros cuerpos aquí arriba. Utilizarlos para monstruosos e inhumanos experimentos.

Su voz vaciló en la última frase y desembocó en una nerviosa carcajada.

-Dennis de Mentis. -Cobb meneó la cabeza-. Es lo que dice en tu visado. ¿Y yo quién...?

Sta-Hi sacó los papeles del bolsillo y se los acercó. Cobb los miró por encima mientras sorbía su café. Al llegar a Ledge estaba borracho, pero la azafata le había reanimado con una mezcla de estimulantes y vitamina B. No había tenido la cabeza tan despejada en muchos meses.

Allí estaba su visado. Rostro barbudo y sonriente, nacido el 22 de marzo de 1950, la firma, Graham de Mentis, garabateada al pie del documento con su letra redondeada.

-Ahí está el detalle -observó Sta-Hi, mirándole de soslayo.

-¿Cuál?

Sta-Hi se limitó a apretar los labios como un mono y a manotear varias veces. La azafata avanzó por el pasillo. Las fundas de velero de sus pies se desprendían lánguidamente de la alfombra a cada paso que daba. El largo pelo rubio resbalaba con suavidad a ambos lados de su rostro.

-Por favor, abróchense los cinturones de seguridad. Alunizaremos en el puerto espacial de Disky dentro de sesenta y nueve segundos.

Los cohetes fueron activados y la nave se estremeció a causa de su enorme potencia. La azafata recogió la taza vacía de Cobb y plegó la mesa.

-Por favor, apague lo que está fumando -pidió a Sta-Hi.

Él le tendió el porro, sonrió y le echó el humo a la cara.

-Menéate, cariño.

Sus ojos parpadearon... ¿Sí? ¿No?... y luego apagó el porro en la taza de café de Cobb y siguió su camino.

-Recuerda -le previno Cobb-, nos comportaremos como turistas en el puerto espacial. Me huelo que algunos robots, los cavadores, tratarán de detenernos.

Los motores de la nave alcanzaron la máxima potencia. Pedacitos de roca saltaron por los aires al posarse la nave en la pista, y luego se hizo el silencio. Cobb miró por la portilla en forma de lente: el Mar de la Tranquilidad.

Deslumbrantemente gris, se ondulaba hasta el demasiado cercano horizonte. Un gran cráter en las proximidades... ¿cinco kilómetros, cincuenta?... el cráter de Maskeleyne. Montañas anormalmente aguzadas en la distancia. Le recordaron a Cobb algo que deseaba olvidar: dientes... nubes deshilachadas... las Montañas de la Locura.

Apostaría a que alguna civilización, en algún lugar, había creído que los muertos iban a la Luna.

Se produjo un último y suave sonido en el otro costado de la nave. El túnel de aire. La azafata giró el picaporte de la cerradura para abrir la puerta. Su delicioso culo vibraba al ritmo de los motores. Sta-Hi le pidió una cita en la rampa de salida.

-Yo y el abueli nos hospedaremos en el Hilton, nena. Dennis de Mentis. Me volveré loco si no me corro. ¿Me sigues?

-Quizá me encuentres en el salón.

Su sonrisa era tan indescifrable como una máscara de Halloween.

-¿Cuál...?

-Sólo hay uno -le interrumpió. Luego estrechó la mano de Cobb-. Gracias por viajar con nosotros, señor. Espero que disfruten de su estancia.

La terminal espacial estaba llena de autónomos. Sta-Hi ya había visto los modelos de algunos tipos básicos, pero no había dos de los que esperaban que parecieran iguales. Era como caer en el Infierno de El Bosco. El escenario, de arriba abajo y de atrás adelante, bullía de caras y de... «caras»...

Ante la puerta flotaba una sonriente esfera que se sostenía mediante un propulsor rotatorio. La raja de la sonrisa la dividía por la mitad.

-¡Vean las ciudades subterráneas! -les apremió, haciendo girar los falsos globos oculares.

Al final de la rampa estaba el control de visados, con un aspecto similar al de una tremenda máquina grapadora. Introducías el visado en una ranura mientras examinaba tu cara y las huellas digitales.

¡Ka-chunng! Paso libre.

Junto al control de los visados había un robot rojo en forma de caja. Alrededor de sus bandas rodantes se retorcían cosas como serpientes azules o dragones. El robot rojo propulsó un nervioso micrófono a modo de cara cerca de Sta-Hi y de Cobb, y luego replegó la cabeza. Era un cavador.

A Cobb le recordaba vagamente al viejo y querido Ralph Números. Pero era mejor no preguntar a los cavadores. Esperaría hasta su encuentro en el museo.

Docenas de llamativas máquinas autoconstruidas rodaban, se deslizaban, correteaban y flotaban en el vestíbulo. Cada vez que Cobb y Sta-Hi miraban en una dirección, serpenteantes tentáculos de metal les tironeaban desde la otra.

-¿Compran uranio?

-¿Tienen mercurio?

-¿Aparatos de televisión anticuados?

- ¿Follar con chicas androides?
- ¿Venden sus dedos?
- ¿Reliquias del rey de la Luna?
- ¿Penes protésicos parlantes?
- ¿Tarjetas de crédito?
- ¿Comida casera?
- ¿Instalar una fábrica?
- ¿Una buena mamada?
- ¿Código de la muerte en el DNA?
- ¿Enemas de baños de polvo?
- ¿Ver campanas de vacío?
- ¿Registros de voz nuevos de trinca?
- ¿Grabado de cerebro sin riesgo?
- ¿Vende la cámara?
- ¿Interpreto mis canciones?
- ¿Yo soy usted?
- ¿Hotel?

Cobb y Sta-Hi se precipitaron en el regazo del último robot, un tipo fornido pintado de negro cuya forma permitía tomar asiento a dos humanos.

-¿No llevan equipaje?

Cobb negó con la cabeza. El robot negro se abrió paso entre la multitud, rechazando a los otros con unas cosas parecidas a fuertes aletas de una máquina de «millón». Sta-Hi permanecía en silencio, pensando en alguna de las ofertas recibidas.

El robot que les transportaba mantenía un micrófono y una cámara insistentemente enfocados hacia ellos.

-¿Es algún tipo de control? -preguntó Cobb en tono quejum-broso-. ¿Sobre los que entran y molestan a los pasajeros recién llegados?

-Ustedes son nuestros invitados de honor -respondió el robot evasivamente-. Aloha significa hola... y adiós. Aquí está su hotel. Aceptaré una remuneración.

Una puertecilla se abrió entre los dos asientos. Sta-Hi extrajo su billetero. Estaba lleno a rebosar.

-¿Cuánto...? -empezó.

-El dinero es tan prosaico... -respondió el robot-. Preferiría un regalo sorpresa. Una información compleja.

Cobb rebuscó en los bolsillos de su traje blanco. Quedaba algo de whisky, un folleto del crucero espacial, algunas monedas...

Los robots volvían a apretujarse contra ellos, palpaban sus ropas, posiblemente recortaban muestras del tejido.

-¿Revistas pornográficas?

-¿«La lenta travesía hacia China»?

-¿Grabaciones de sensaciones ante la inminente ejecución?

El robot negro sólo había recorrido un centenar de metros. Sta-Hi arrojó impacientemente su pañuelo en el vagón de su conductor.

-Aloha -dijo el robot, y regresó a la puerta de entrada mientras trituraba el pedazo de tela.

El hotel era una estructura piramidal que ocupaba el centro de la cúpula. Cobb y Sta-Hi respiraron con alivio al comprobar que sólo había humanos en el vestíbulo. Turistas, hombres de negocios, tipos a la deriva.

Sta-Hi buscó con la vista el mostrador de recepción, pero no lo localizó. Mientras se preguntaba quién les podría informar, una voz habló junto a su oído.

-Bienvenido al Hilton de Disky, señor De Mentis. Tengo una maravillosa habitación para usted y para su abuelo en la quinta planta.

-¿Quién dijo eso? -preguntó Cobb, volviendo con brusquedad su gran cabeza velluda.

-Soy DEX, el Hilton de Disky.

Así pues, todo el hotel era un único y gigantesco robot. Podía dirigir su voz a todas partes... De hecho, era capaz de mantener una conversación diferente con cada huésped a la vez.

La etérea vocecilla condujo a Cobb y a Sta-Hi hacia un ascensor, y después a su habitación. No había por qué preocuparse de la intimidad. Cobb se sirvió varios vasos de agua de una jarra y dijo finalmente a Sta-Hi:

-Un largo viaje, ¿eh, Denis?

-Y tanto, abueli. ¿Qué haremos mañana?

-Bueeeeno, pienso que estaré demasiado agotado para montarme en sus grandes deslizadores sobre polvo. Tal vez deberíamos dar una vuelta hasta ese museo que construyeron los robots. Así nos iremos acostumbrando a la lentitud de movimientos, ¿no te parece?

El hotel carraspeó antes de hablar para no asustarles.

-Hay un autobús que sale para el museo a las nueve en punto.

Cobb no se atrevía ni a mirar a Sta-Hi. ¿Sabría DEX quiénes eran en realidad? ¿Estaba de su parte o apoyaba a los cavadores? Y, para empezar, ¿por qué sería contrario ningún robot a la inmortalidad de Cobb? Apuró el resto de su whisky y se acostó. Estaba cansado de veras. La baja gravedad lunar le hacía sentir cómodo. Podías ganar mucho peso aquí. Cobb se sumergió en el sueño, preguntándose qué habría para desayunar.

10

Sta-Hi tiró una manta sobre el viejo y fue a mirar por la ventana. La mayoría de los robots ya se había ido, abandonando un montón de aparatos de refrigeración portátiles junto a la esclusa de aire. Un robot jorobado los estaba alineando lenta y meticulosamente.

Una pareja de humanos deambulaba por la plaza que se extendía entre el hotel y el control de visados. Sta-Hi percibió algo raro en el estudiado sinsentido de las evoluciones de la pareja. Después de cinco minutos de espiarles, aún no se habían dirigido a ningún lugar en concreto, dando vueltas y vueltas como monigotes mecánicos en una galería de tiro.

La cúpula de plástico translúcido, bañada por la ruda luz del sol, no se hallaba muy por encima de sus cabezas. Para los humanos era de noche en el interior del hotel, pero fuera el sol todavía brillaba y los robots seguían tan activos como siempre. Aunque el día lunar dura dos semanas, y aunque los robots raramente «duermen», miden el tiempo por el método humano de veinticuatro horas al día, quizá por nostalgia, pero más bien por inercia. Y para que los humanos se sintieran a gusto variaban la luminosidad de la cúpula de acuerdo con este principio.

Sta-Hi experimentó un escalofrío de claustrofobia. Todas sus acciones estaban siendo grabadas y analizadas. Cada aliento, cada mordisco eran nuevos eslabones para los robots. En este preciso instante se encontraba dentro de un autónomo, el gran DEX. ¿Por qué había dejado que Cobb le trajera aquí? ¿Por qué Cobb le quería a su lado?

Cobb roncaba. Por un terrible instante Sta-Hi pensó que veía unos cables que conectaban la almohada con el cuero cabelludo del viejo. Se acercó y descubrió con alivio que se trataba de cabellos negros mezclados con los grises. Decidió bajar al salón. Quizá se toparía con aquella azafata.

El bar y el salón del hotel estaban llenos, pero tranquilos. Algunos hombres de negocios se recostaban en el bar automático. Bebían cerveza elaborada en la Luna... La seca atmósfera de la cúpula producía una sed espantosa.

Unas cuantas mesas habían sido dispuestas en el centro del salón para celebrar una fiesta. Champán de la Tierra. Sta-Hi reconoció a los participantes por su altivez. Un guía de turismo cuarentón, del tipo dominante, y seis pulcras parejas de recién casados. Para estar aquí arriba tan jóvenes debían de haber heredado sus fortunas. Ignoraron a Sta-Hi, puesto que nada más verle le habían catalogado como carente de estilo y perteneciente a la clase baja.

Encontró el rostro que deseaba en un reservado del extremo de la sala. Sin compañía. La azafata. No tenía ninguna bebida delante. ni un libro... Simplemente estaba sentada allí. Sta-Hi se deslizó por detrás de ella.

-¿Te acuerdas de mí?

-Claro -asintió. Había algo divertido en su manera de estar sentada en el rincón... estática como un coche aparcado-. De alguna forma te estaba esperando.

-¡Estupendo! ¿Venden droga aquí?

-¿Qué sería de su agrado, señor De Mentís? -interrumpió la voz incorpórea del hotel.

Sta-Hi sopesó las posibilidades. Quería estar en condiciones de poder dormir... de momento.

-Una cerveza y un estimulador doble -interrogó con la mirada al rostro simétrico y sonriente al otro lado de la mesa-. ¿Y tú?

-Lo de siempre.

-Muy bien, señora, señor -murmuró el hotel.

Segundos después se abrió una puertecita en la pared, junto a la mesa. Una cinta transportadora les traía el pedido. El estimulador doble de Sta-Hi consistía en un vaso largo lleno de un líquido transparente, fuerte por los solventes y amargo por los alcaloides. Lo de la chica...

-¿Cómo te llamas?

Sta-Hi se bebió el horroroso brebaje. Estaría viendo colorines durante dos horas.

-Misty -contestó, y recogió el objeto que había solicitado. Lo de siempre.

-¿Qué es esto?

Una oleada de pánico recorrió su espina dorsal. El doble estimulador hacía estragos. La chica sostenía una cajita de metal que apoyaba contra la sien...

-Es muy bueno -rió ella de repente, poniendo los ojos en blanco. Giró una esfera de la cajita y la frotó contra su frente-. Este año la gente dice... ¿acelerado?

-¿Ya no vives en la Tierra?

-Por supuesto que no. -Un largo silencio. Paseó la cajita por su cabeza como la maquinilla de un barbero-. ¿Acelerado?

Un estallido de carcajadas se produjo en el grupo de recién casados. Alguien había sugerido una indecencia, probablemente el chico corpulento que volvía a llenar las copas de champán.

Sta-Hi concentró de nuevo su atención en el bonito rostro sin expresión que tenía enfrente. Nunca había visto nada parecido al objeto con que se frotaba la cabeza.

-¿Qué es esto? -repitió.

-Un electroimán.

-¿Eres... eres un robot?

-Bueno, algo así. Soy completamente inorgánica, si es eso lo que preguntas, pero no soy independiente. Mi cerebro forma parte de BEX. Soy una especie de parte de la nave controlada desde ella. -Movió la cajita adelante y atrás ante sus ojos; era divertida la forma en que las líneas del campo magnético distorsionaban las imágenes-. Acelerado. ¿Me enseñarás más argot?

Antes de ver a su propio doble en el puerto espacial, Sta-Hi nunca había creído que podría confundir una máquina con una persona. Y ahora estaba sucediendo por segunda vez. Deseó ardientemente hallarse en otro lugar, y no sentado allí, aturdido por el doble estimulador.

Misty inclinó el cuerpo por encima de la mesa. Una sonrisa se insinuaba en las comisuras de sus labios.

-¿De verdad creíste que era humana?

-Normalmente no me cito con máquinas -saltó Sta-Hi. Trató de borrar la mala impresión con una broma-. Ni siquiera tengo un vibrador.

Había herido los sentimientos de Misty. Conectó el imán al máximo. El éxtasis que inundó sus facciones fue la mejor demostración del desprecio que sentía hacia él.

Sta-Hi experimentó una repentina soledad. Alargó la mano y separó el electroimán de su sien.

-Habla conmigo, Misty.

Notaba los movimientos de sus labios y de su lengua al hablar. Vaya colocón. De pronto tuvo la espantosa sospecha de que todo el mundo en aquel lugar era un robot. Aun así, la mano de la chica era cálida y carnal bajo la suya.

La cerveza de Sta-Hi seguía intacta en el centro de la mesa. Misty movió la cabeza, bebió un sorbo, tendió el vaso a Sta-Hi. Éste bebió también. Espesa, amarga.

-La elabora DEX -indicó ella-. ¿Te gusta?

-Está estupenda. Pero ¿tú puedes digerir? ¿O tienes una bolsa de plástico que vacías cada...?

Misty dejó su caja magnética y enlazó sus dedos con los de Sta-Hi.

-Deberías pensar en mí como en una persona. Mi personalidad es humana. Aún me gusta comer y... y otras cosas. -Al sonreírse le formaban unos graciosos hoyuelos. Trazó un círculo en la palma de la mano de Sta-Hi-. No acostumbro a citarme con muchos chicos cojonudos en el trayecto Ledge-Disky...

-Pero, ¿cómo puedes ser humana si eres una máquina? -preguntó Sta-Hi, retirando la mano.

-Escucha -dijo Misty pacientemente-. Había una vez una chica llamada Misty Nivlac que vivía en Richmond, Virginia. La primavera pasada, Misty se fue a Daytona Beach en autostop para una movida. Fue a parar en manos de mala gente. Realmente muy mala. Una banda llamada Los Pequeños Bromistas.

Los Pequeños Bromistas. Sta-Hi aún podía ver sus rostros. La rubia que le había enrollado... ¿Kristleen? Y Berdoo, el flaco que llevaba cadenas. Mitá-Mitá, con todos aquellos dientes que le faltaban. Y Phil, el líder, el grandote del tatuaje en la espalda.

-...su cinta cerebral -estaba diciendo Misty-, mientras BEX construía una copia de su cuerpo. Así que ahora, dentro de BEX, hay un modelo perfecto de la personalidad de Misty. BEX le dice al modelo lo que debe hacer, y el modelo actúa... así. -Extendió las manos con las palmas vueltas hacia arriba-. La nueva Misty.

-Por lo que he oído decir -dijo Sta-Hi con la mayor indiferencia posible-, Los Pequeños Bromistas van por ahí comiendo cerebros, no grabándolos.

-¿Has oído hablar de ellos? Bueno, parece que comen cerebros, pero uno de ellos es un robot con una especie de laboratorio dentro del pecho. Tiene el equipo necesario para extraer los recuerdos. Las pautas. Así han conseguido un montón de cerebros. Los grandes robots están montando algo similar a una biblioteca con todos ellos. Sin embargo, la mayoría de la gente no tiene un cuerpo artificial controlado a distancia como yo. Realmente soy... afortunada -y sonrió de nuevo.

-Me sorprende que me cuentes todo esto -dijo por fin Sta-Hi.

BEX..., o Misty... no debían saber quién era él en realidad. Quienquiera que hubiera puesto en funcionamiento a sus falsas réplicas no habría tenido tiempo de avisar a los otros.

Claro que..., y esto sería mucho peor..., tal vez sabían perfectamente quién era. Lo que significaría que era un hombre condenado, un muerto viviente a la espera de que le extrajeran su cinta cerebral y fuera enviada a la Tierra para confirmar a Sta-Hi2 que lo tenían todo bajo control. A un hombre que está a punto de morir se le puede decir cualquier cosa.

-Pero BEX no quería que lo hiciera -decía Misty-. Tú no puedes oírle, por supuesto, pero está diciendo que me calle todo el rato. Y no puede obligarme, aún tengo libre albedrío... es parte de la cinta cerebral. Puedo hacer lo que me dé la gana. -Sonrió seductoramente. Hubo un momento de silencio y luego prosiguió la conversación-. Tú querías saber quién soy; te he dado una respuesta: un robot remoto. Una servounidad en funcionamiento mediante un programa almacenado en una astronave autónoma. Sin embargo..., todavía soy Misty, también. El alma es el software, ¿sabes? El software es lo que cuenta, las costumbres y los recuerdos. El cerebro y el cuerpo son simple carne, semillas para los tanques de órganos -sonrió, indecisa, tomó un sorbo de cerveza y volvió a dejar el vaso sobre la mesa-. ¿Quieres follar?

El sexo era agradable, pero confuso. La situación desconcertaba a Sta-Hi. Por un momento consideró a Misty como una adorable y sensual muchacha que había sobrevivido a una terrible lesión, como un cachorro perdido que necesitaba caricias, como una mujer solitaria que necesitaba un marido. Pero luego empezó a pensar en los cables conectados detrás de sus ojos, en que se follaría a una máquina, un objeto inanimado, un lavabo público. Como cualquier otra mujer, desde su punto de vista.

11

A Cobb Anderson no le sorprendió demasiado, cuando despertó, el que hubiera una chica en la cama de Sta-Hi.

-Eres la azafata, ¿verdad? -preguntó, sentándose lentamente. Había dormido vestido tres noches seguidas. Primero en el suelo de la casa de Mooney, después en la astronave robot, y ahora en el hotel. La mugre que cubría su piel se había hecho tan espesa que no podía ni parpadear-. ¿Hay una ducha aquí?

-Lo siento -respondió la voz incorpórea del hotel-. No tenemos. El agua es una riqueza muy apreciada en la Luna, pero puede disponer de una esponja de baño química, señor Anderson. Entre por aquí.

Una luz parpadeó sobre una de las tres puertas. Pesada, rígidamente, Cobb se arrastró a través de ella.

-Tendré que imponerle un recargo por triple ocupación, señor De Mentis -dijo el hotel a Sta-Hi con voz neutra y educada.

Pero al mismo tiempo pudo oír otro de los puntos de voz que preguntaba a Misty:

-¿Vienes?

-Desayuno -cortó Sta-Hi, ahogando la otra voz-. Estimulantes del sistema nervioso central. Cerveza helada.

-Muy bien, señor.

El viejo apareció de nuevo, moviéndose como un baúl con ruedas puesto del revés. Iba desnudo. Al ver a Misty se detuvo, turbado.

-Mis ropas se están lavando.

-No te preocupes -puntualizó Sta-Hi-. No es más que un robot remoto.

Cobb ignoró la observación, estiró una sábana de la cama y se la enrolló alrededor de la cintura. Era un hombre peludo, y la mayor parte del pelo era blanco. Su estómago parecía mucho más abultado sin ropas.

En ese momento el desayuno surgió de la pared y se posó sobre la mesa que separaba las dos camas.

-A tu salud -dijo Cobb.

Cogió una de las cervezas. Era muy fuerte y le dejó momentáneamente aturdido. Eligió un plato de... ¿huevos revueltos?... y se sentó en la cama.

-No sabe lo que es un robot remoto -dijo Sta-Hi a Misty.

Cobb le miró fijamente hasta que hubo tragado lo que tenía en la boca.

-Por supuesto que lo sé, Sta-Hi. ¿Es que no hay manera de que te metas en tu sesera de drogota que hace mucho tiempo fui un hombre famoso? ¿Que yo, Cobb Anderson, soy el responsable de que los robots evolucionaran hasta convertirse en autónomos?

La expresión del rostro de la muchacha cambió de repente. Cobb recordó entonces la comedia que estaban representando.

-Las paredes tienen oídos -señaló Sta-Hi-, capullo.

Cobb le miró con furia, pero continuó comiendo en silencio. Le importaba un huevo que algún robot descubriera su auténtica personalidad. Todos no podían oponerse a que obtuviera la inmortalidad, incluido el hotel. Había dormido bien en la baja gravedad lunar. Se sentía dispuesto a todo.

Al saber que Cobb Anderson estaba en la habitación con ella, Misty... o sea, el cerebro robot ubicado en la proa de la astronave, tomó ciertas medidas. Pero entretanto reanudó la conversación con Sta-Hi.

-¿Por qué dices «no es más que un robot remoto»? Como si fuera menos humana. ¿Dirías lo mismo de una mujer con una pierna artificial? ¿O con un ojo de cristal? Lo único que sucede es que soy toda artificial.

-Cojonudo, Misty, lo puedo llevar bien. Pero mientras BEX pueda decir la última palabra, y creo que es así, seguirás siendo una marioneta manipulada por...

-¿Y cómo te llamas a ti mismo? -interrumpió Misty airadamente-. ¿Sta-Hi? ¡Qué nombre más imbécil! ¡Suena como la marca de unos calzoncillos largos!

-Insultos personales. -Sta-Hi meneó la cabeza-. ¿Qué viene ahora?

-Son las ocho y treinta minutos -interrumpió el hotel-. ¿Me permiten recordarles que tienen la intención de tomar el autobús del museo robótico a las nueve en punto?

-¿Necesitaremos trajes presurizados? -preguntó Cobb.

-Les serán proporcionados.

-Vámonos, pues, -dijo Misty.

-Oye, Misty -Sta-Hi intercambió una mirada con Cobb-, será una especie de viaje sentimental para el viejo. Me pregunto si podrías... esfumarte. Quizá estemos de vuelta a la hora de comer.

-¿Esfumarme? -gritó Misty, gesticulando violentamente en medio de la habitación- ¡Lástima que no tenga un conmutador encima de la cabeza! Ni siquiera sería necesario pedirme que me fuera. ¡Asqueroso!

Cerró la puerta con un golpe que hizo vibrar las paredes.

-¡Uy! -se quejó el hotel.

-¿Por qué te deshiciste de ella? -preguntó Cobb-. Es muy bonita y, además, no creo que vaya a interponerse en mi camino.

-Puedes apostar a que no lo hará -respondió Sta-Hi-. ¿Has comprendido lo que están planeando hacer los autónomos con nosotros?

-Van a darme una especie de droga de la inmortalidad -dijo Cobb alegremente-, y quizá algunos órganos nuevos también. En cuanto a ti, bueno...

Cobb no deseaba decirle al joven que la única razón por la que estaba aquí era que los autónomos querían quitárselo de en medio, pero antes de que pudiera contarle que Sta-Hi2 iba a usar la influencia de Mooney para conseguir un puesto de vigilante nocturno en el almacén, Sta-Hi empezó a hablar.

-Inmortalidad... Lo que quieren hacer, viejo, es sacarnos los cerebros, triturarlos y exprimir toda la información. Almacenarán nuestras personalidades en cintas y las

guardarán en algún tipo de biblioteca. Y, si tenemos suerte, enviarán sendas copias de las cintas a la Tierra para que funcionen mejor nuestros dobles. Pero esto no es...

-¡Los que deseen participar en el recorrido turístico en autobús diríjense inmediatamente al vestíbulo! -vociferó el hotel, interrumpiendo a Sta-Hi.

Cobb se puso en acción al instante. Corrió hacia los ascensores y arrastró a Sta-Hi tras él. Era como si no quisiera escuchar la verdad. O no le importara. ¿Y Sta-Hi? Le acompañó. Ahora que el hotel sabía lo que sabía, no estaría a salvo allí. Intentaría escaparse en el museo.

El autobús estaba lleno a medias. Predominaban ricachones entrados en años, solos y en parejas. Todos portaban el correspondiente traje presurizado con escafandra. Eran objetos flexibles y encantadores..., hechos de una especie de plástico transparente y cómodo que refulgía con una especie de luz interior. En un lugar oscuro, una persona ataviada de tal guisa parecía normal, excepto por el débil halo que, en apariencia, rodeaba su cabeza, pero los trajes se reflejaban a la luz del sol.

El autobús era un vehículo de plataforma a tracción eléctrica, coronado por dos filas de asientos grotescamente funcionales. Cada asiento consistía en tres globos negros de goma dura montados sobre una Y doblada de plástico rígido. Su asiento le recordó a Sta-Hi la cabeza de Mickey Mouse..., invisible, a excepción de las orejas y nariz. Casi esperó un chillido de protesta cuando se sentó en él.

En cuanto salieron de la protección de la cúpula, un crujido de estática resonó en su casco.

-Tenemos prioridad, Houston. Vamos a organizar la salida.

Una respiración, un silbido apagado, otra voz.

-Voy a dejar el vehículo.

Una pausa.

-Tengo un pequeño problema con los peldaños.

Una pausa larga.

-Te seguimos, Neal -dijo débil, en tono alentador.

Un gran chasquido.

-...te es un paso pequeño para un hombre, pero gigantesco para la humanidad.

Unos aplausos sintéticos enmudecieron las voces. Sta-Hi se volvió hacia Cobb y trató de echar una ojeada a su rostro, pero no había forma de mirar a través de la escafandra. Sus trajes, una vez fuera de la sombra de la cúpula, devolvían la imagen como espejos.

El autobús continuó emitiendo la grabación «Fragmentos sonoros del Descubrimiento de la Luna» durante el resto de la travesía a Disky. Los alunizajes más trascendentales estaban dramatizados, así como las tentativas de establecer colonias humanas, los estallidos de la cúpula y los primeros robots semiautónomos. A quinientos metros de Disky, la voz trascendentalmente engolada de la cinta alcanzó su clímax.

-¡Mil novecientos noventa y nueve! ¡Ralph Números y doce robots autorreproductores más son puestos en libertad en el Mar de la Tranquilidad! ¡Conozca el resto de la historia en el museo de robótica!

Un chasquido y una pausa bastante larga.

Sta-Hi examinó los edificios de Disky, que llenaban el reducido horizonte. Los autónomos se movían de un lado a otro, lucecitas brillantes en la distancia.

-Buenos días, humanos -sonó en sus auriculares la auténtica voz del autobús-. Estoy describiendo una curva de ochenta y ocho grados para situarnos en nuestra vía de entrada a Disky. Hagan el favor de mantenerse tranquilos. Pueden hacer todas las preguntas que deseen. Mi clave es capitán Cody. Sujétense para no caer.

Sin apenas disminuir la velocidad, el vehículo viró cerradamente hacia la derecha. Los asientos en forma de Y se desplazaron hacia afuera. Muy hacia afuera. Sta-Hi asió el brazo de Cobb. Si caía, nada impediría que rodara bajo las grandes y flexibles ruedas. Tenía la sensación del que el «capitán Cody» ni siquiera frenaría. Durante un minuto los

asientos se bambolearon adelante y atrás. El autobús pasaba junto a los arrabales de Disky, dando la vuelta a la ciudad en dirección contraria a las agujas del reloj.

-¿Cuántos autónomos viven aquí?.

La voz de algún viejo se cruzó por los auriculares. No hubo respuesta.

-¿Cuántos autónomos viven en Disky, capitán Cody? -probó de nuevo la voz.

-Estoy buscando la información -fue la respuesta.

La voz del autobús era aguda y musical, pero sonaba definitivamente extraña. Todo el mundo esperó en silencio la cifra de población.

Por su izquierda se aproximaba un amplio edificio. Las puertas estaban abiertas y pudieron ver hojas apiladas de algún material. Un autónomo les observó desde el fondo y siguió con un lento giro de cabeza su paso.

-¿Qué precisión se exige? -preguntó entonces el autobús.

-No lo sé -crepitó dudosamente el interrogador-. Esto... precisión cero. ¿Se dice así?

-Gracias -canturreó el autobús-. Con precisión cero, no vive ningún autónomo en Disky. O diez elevado a la sexagésimo tercera potencia.

Era famosa la costumbre de los autónomos de tomar al pie de la letra las palabras de los humanos y responder auténticos disparates a sus preguntas. Formaba parte de sus muchas maneras de mostrarse hostiles. Nunca habían perdonado por completo las tres leyes de Asimov que los diseñadores primitivos..., sin éxito, gracias a Cobb..., habían intentado imponer a los robots. Consideraban a todo humano como un fracasado Simon Legree.

Pasó un rato sin que nadie volviera a dirigirle preguntas al capitán Cody. Disky era grande..., quizá tan grande como Manhattan. El autobús mantenía una constante y escrupulosa distancia de quinientos metros respecto a los edificios, pero aun así se podía captar la brutal diversidad de la ciudad.

Era como si la historia completa de la civilización occidental se hubiera desarrollado en una sola ciudad en un período de treinta años. Estructuras de todos los estilos concebibles se apretujaban unas contra otras: primitivo, clásico, barroco, gótico, renacimiento, industrial, art nouveau, funcional, funky tardío, postmoderno, crepuscular, horizontal, hiperbásico..., en perfecto estado de conservación. Miríadas de autónomos brillantemente coloreados -criaturas ataviadas con luces parpadeantes- se apresuraban entre los edificios.

-¿Cómo es que los edificios son tan dispares? -tanteó Sta-Hi-. ¿Capitán Cody?

-¿A qué categoría pertenece la causa de su petición? -salmodió el autobús.

-Enumera las categorías, capitán Cody -cortó Sta-Hi, decidido a no caer en la misma trampa que el anterior pasajero.

-Desarrollo de la pregunta -respondió el autobús con tono relamido-. Respuesta Categorias: Causa Material, Causa Situacional, Causa Teleológica. Subcategorias Causa Material: Espacio-Tiempo, Masa-Energía. Subcategorias Causa Situacional: Información, Ruido. Subcategorias Causa Teleológica...

Sta-Hi abandonó la escucha. Le ponía nervioso no poderle ver la cara a alguien. Las escafandras eran plateadas como bolas de un árbol de Navidad. Las redondas cabezas reflejaban a Disky y la imagen de los demás hasta el infinito. ¿Cuánto tiempo llevaban en el autobús?

-Subsubcategorias Causa Informacional Situacional -continuaba el autobús con una entonación insultantemente precisa-. Análoga, Digital. Subsubcategorias...

Sta-Hi suspiró y se reclinó en su asiento. No era un corto paseo.

El museo estaba enclavado en el subsuelo de Disky. Su distribución consistía en una serie de círculos concéntricos cortados por radios. Como el Infierno de Dante. Cobb sintió una opresión en el pecho cuando descendía por la rampa de piedra. Parecía que su barato corazón de segunda mano iba a estallar de un momento a otro. Cuanto más lo pensaba, más acertadas se le antojaban las opiniones de Sta-Hi. No había ninguna droga de la inmortalidad. Los autónomos iban a grabar su cerebro y le meterían en un cuerpo de robot. Claro que, comparado con el cuerpo que tenía ahora, casi saldría ganando.

La idea de que le extrajeran las pautas cerebrales para ser transferidas no le aterrizzaba tanto como a Sta-Hi, puesto que Cobb comprendía las reglas del comportamiento de los robots. La transición sería extraña y dolorosa, pero si todo iba bien...

-Está allí, a la izquierda -dijo Sta-Hi, presionando su escafandra contra la de Cobb.

Sostenía en una mano un pequeño mapa grabado en piedra. Estaban buscando la sala de Anderson.

Mientras atravesaban el vestíbulo las piezas cobraron vida. Ficticias en su mayor parte... hologramas con voces superpuestas que se retransmitían directamente a las radios de sus trajes. Un delgado hombrecillo embutido en un traje marrón con chaleco de lana apareció ante ellos. Una inscripción bajo sus pies rezaba Kurt Gödel. Llevaba gafas oscuras y tenía el pelo gris. Detrás de él había una pizarra con el enunciado de su famoso «Teorema de lo Incompleto».

-«La mente humana es capaz de formular (o de mecanizar) todas sus intuiciones matemáticas». -Recitó la imagen de Gödel. Tenía un modo especial de terminar sus frases con una nota aguda que culminaba en un divertido zumbido-. «Por otra parte, basándonos en lo que ha sido probado hasta el momento, está abierta la posibilidad de que pueda existir (e incluso de que empíricamente se pueda descubrir) una máquina de demostrar teoremas que sea equivalente, en la práctica, ala intuición matemática...».

-¿De qué está hablando? -preguntó Sta-Hi, intrigado.

Cobb ya no miraba al sosias del gran maestro. Seguía pensando en todos aquellos años que pasó reflexionando sobre el pasaje que estaba recitando. Los humanos no pueden inventar un robot tan inteligente como ellos. Pero, hablando con lógica, es posible que tales robots existan.

¿Cómo? Cobb se había hecho esa pregunta a todo lo largo de la década de los setenta. ¿Cómo podemos crear los robots que no sabemos idear? En 1980 entrevistó el esqueleto de una respuesta. Uno de sus colegas había escrito un artículo para Especulaciones en Ciencia y Tecnología. Lo había titulado «Hacia la toma de conciencia de los robots». La idea siempre había estado presente. Dejad que los robots evolucionen. Pero convertir la idea en una real...

-Vámonos -le urgió Sta-Hi, empujando a Cobb a través de la imagen parlante de Gödel.

Un poco más adelante, dos aterrizados lagartos se deslizaban a toda prisa por el vestíbulo. Una criatura de alas correosas se precipitó desde el techo hacia ellos y abatió su afilado pico contra los lagartos. Uno escapó con un veloz movimiento de retroceso, pero el otro fue arrebatado sobre las cabezas de Cobb y de Sta-Hi, goteando sangre blancuzca.

-La Supervivencia de los Más Aptos -entonó la untuosa voz de un locutor-. Una de las dos grandes fuerzas que conducen el motor de la evolución.

En movimiento acelerado el lagarto puso huevos, los huevos se abrieron y nuevos lagartos surgieron y crecieron. Volvió el depredador, los supervivientes pusieron más huevos... El ciclo se repitió una y otra vez. Los lagartos eran cada vez más ágiles, y las patas traseras más fuertes. En pocos minutos daban brincos como repugnantes y pequeños canguros, lengua bífida y ojos amarillentos.

En esta ocasión fue Cobb el que insistió en abandonar el espectáculo. Sta-Hi quería quedarse a presenciar la posterior evolución de los lagartos.

Al salir de la escena prehistórica se encontraron en medio de una feria. Los rifles retumbaban, las máquinas de «millón» campanilleaban, la gente reía y gritaba, pero bajo la barahúnda se podía percibir el latido visceral de una poderosa maquinaria. El piso parecía estar cubierto de serrín; sonrientes e incorpóreos campesinos paseaban calmadamente. Un chico y una chica se apoyaban en una caseta de azúcar hilado, poniéndose mutuamente en la boca palomitas de maíz con dedos pringosos. Él exhibía una prominente nuez de Adán y una nariz abultada. Un perfil abrupto. Ella llevaba el pelo largo y rubio recogido en una cola mediante un lazo. La única nota extravagante la proporcionaba una espesa lluvia de lucecillas purpúreas... que parecían atravesar todo cuanto contenía la escena. Cobb la tomó al principio por estática.

A su derecha se alzaba un gran entoldado con espeluznantes carteles de formas humanas retorcidas. El inevitable charlatán..., traje a cuadros, bombín, colilla de puro..., se inclinó hacia el público y agitó el bastón para llamar la atención.

-¡Vean a los Fenómenos, estremézcanse con los Monstruos! -Su potente y ronca voz era como el rugido de una multitud-. ¡Cabezas de alfiler! ¡El Muchacho-Perro! ¡Cuellos de Jirafa! ¡La Judía Humana! ¡El Hombre-Torso!

Poco a poco los sonidos de la feria se apagaron y fueron reemplazados por los tonos ricos y rotundos de una voz de fondo.

-Mutación. -La voz era resonante y chasqueaba los labios con determinación-. La segunda clave del proceso evolutivo.

Las sibilantes motas de luz púrpura aumentaron de brillo. Atravesaban a todo aquel que encontraban en su camino..., especialmente a los dos enamorados, que se besaban y abrazaban con apasionada entrega.

-Las células reproductivas humanas están sujetas a una continua lluvia de iones radiactivos -dijo la voz con gran ahínco-. Son los rayos cósmicos.

El estrépito del carnaval volvió a ganar intensidad, y cada una de las veloces lucecillas emitió un sonido similar al de un patín deslizándose sobre el hielo. Los dos amantes empezaron a crecer gradualmente hasta ocupar la escena. En seguida, la imagen de la abultada entrepierna del hombre llenó el vestíbulo. La tela se desgarró y un gigantesco testículo envolvió a Cobb y a Sta-Hi, que no salían de su asombro.

Brumosa luz roja, el fuerte e insistente sonido de un corazón latiendo. Cada cierto tiempo un rayo cósmico atravesaba el espacio. La confusa impresión de sentirse rodeados por un sistema de cañerías en tres dimensiones, que crecía y se desdibujaba. Los contornos se hicieron granulentos poco a poco y los granos aumentaron de tamaño. Ahora estaban viendo unas células, células reproductivas.

Uno de los núcleos se puso a flotar delante de Cobb y de Sta-Hi.

El material del núcleo se dividió en retorcidas salchichas listadas con un repentino movimiento, similar al de los cangrejos. Los cromosomas. ¡Y entonces un rayo cósmico partió uno de los cromosomas por la mitad! ¡Las dos partes se unieron de nuevo, sólo que una estaba al revés!

-Un gene mutante -murmuró uno de los campesinos, desde algún punto cercano del parque de atracciones infinito.

Y entonces las imágenes desaparecieron. Se encontraban en mitad del vestíbulo de piedra.

-Selección y Mutación -dijo Cobb mientras continuaban andando-. Ésa fue mi gran idea, Sta-Hi. Hacer que los robots evolucionaran. Fueron diseñados para construir copias de ellos mismos, pero tenían que luchar para conseguir las piezas. Selección natural. Y hallé una manera de alterar sus programas con rayos cósmicos. Mutación. Pero predecir...

-Ésta es tu meta -dijo Sta-Hi, frente a una puerta que se abría a su derecha, tras consultar el mapa-. La Sala de Cobb Anderson.

Nuestros dos héroes echaron una ojeada al interior, pero no pudieron ver más que tinieblas y un polígono rojo que brillaba débilmente. Cruzaron la puerta y el espectáculo prosiguió.

-No podemos construir un robot inteligente -declaró con firmeza una voz-, pero podemos hacer que uno evolucione. -Una copia del joven Cobb Anderson salió a recibirles-. Aquí es donde concebí los primeros programas autónomos -continuó la voz grabada. El sosias sonrió, lleno de confianza y simpatía-. Nadie puede confeccionar un programa autónomo..., son muy complicados. De modo que me dediqué a diseminar unos miles de simples programas Al por ahí. -Señaló con familiaridad a los computadores que ocupaban gran parte de la sala-. Había montones de... tests de aptitud, y los programas más débiles eran eliminados. Y cada cierto tiempo los programas supervivientes eran cambiados al azar... mutados. Incluso suministré una especie de... reproducción sexual, en la que dos programas podían fusionarse. Después de quince años, yo...

Cobb se sintió terriblemente mal ante el abismo de tiempo que le separaba de aquel joven dinámico que una vez había sido. La indiferente y precipitada sucesión de acontecimientos, de la edad y de la muerte... No podía seguir contemplando a su antiguo yo. Salió de la sala con la muerte en el alma, arrastrando a Sta-Hi detrás de él. La imagen parpadeó y se apagó. Las tinieblas se apoderaron de la sala salvo por un destello de luz roja cerca de la pared opuesta.

-¿Ralph? -llamó Cobb con voz algo temblorosa-. Soy yo.

Ralph Números apareció precedido por un ligero estrépito. Su revestimiento metálico rojo brillaba con torbellinos de complejas emociones.

-Me alegro de verle, doctor Anderson.

Tratando de comportarse con corrección, Ralph extendió un manipulador, como si fuera a estrecharle la mano.

Sollozando abiertamente, Cobb rodeó con sus brazos el rígido cuerpo del autónomo y lo meció adelante y atrás.

-Me he hecho viejo, Ralph, y tú... tú estás como siempre.

-No del todo, doctor Anderson. He sido reconstruido treinta y siete veces. Y he intercambiado varios subprogramas con otros.

-Tienes razón. -Cobb reía y lloraba al mismo tiempo-. Llámame Cobb, Ralph. Éste es Sta-Hi.

-Parece el nombre de un autónomo -indicó Ralph.

-Algo hay de ello -replicó Sta-Hi-. Hace tiempo, ¿no vendían muñequitos de Ralph Números? Tuve uno hasta los seis años... hasta la sublevación de los autónomos en el dos mil uno. íbamos en coche cuando mis padres lo oyeron por la radio, y arrojaron mi pequeño Ralphie por la ventana.

-Por supuesto -dijo Cobb-. Un anarquista revolucionario es un mal ejemplo para un niño. Pero en tu caso, Sta-Hi, me da la impresión de que el mal ya estaba hecho.

Ralph encontraba sus voces algo confusas y difíciles de seguir. Programó rápidamente un circuito filtrante para recibir con más nitidez sus señales. Había una pregunta que siempre había querido formular a su diseñador.

-Cobb -emitió Ralph-, ¿sabías que yo era diferente de los otros doce autónomos primitivos? ¿Que sería capaz de desobedecer?

-No sabía que serías tú -dijo Cobb-, pero sabía de cierto que algún autónomo se independizaría al cabo de pocos años.

-¿No pudiste impedirlo? -preguntó Sta-Hi.

-¿No lo comprendes?

Un tablero a cuadros se dibujó sobre el cuerpo de Ralph.

-Yo quería que se sublevaran. -Cobb palmeó afectuosamente un costado de Ralph-. No deseaba producir una raza de esclavos.

-Te estamos agradecidos. Tengo entendido que sufriste mucho a causa de este hecho.

-Bueno... Perdí mi trabajo. Y mi dinero. Y hubo el juicio por traición. Pero no pudieron probar nada. Es decir, ¿cómo era posible suponer que podría controlar un proceso evolutivo fortuito?

-Pero pudiste introducir un programa inalterable que nos obligó a conectarnos continuamente con el Principal -dijo Ralph-, aunque a muchos autónomos no les guste.

-El fiscal lo puso de manifiesto. Solicitó la pena de muerte.

Débiles señales estaban llegando a sus radios, fragmentos de aceitosas y siseantes voces.

-...escúuuuuuchameeee...

-noo grabessss...

-vorrrr hablaaaa...

-Ven -dijo Ralph-, a la inmortalidad se va por aquí.

Atravesó con celeridad el vestíbulo y empezó a manejar sus manipuladores. A su izquierda, la copia de Kurt Gödel se puso de nuevo en funcionamiento.

Ralph abrió una sección de la pared, como la entrada de una gran ratonera.

-Adentro.

Parecía estar muy oscuro. Sta-Hi comprobó su reserva de aire: todavía llena, con capacidad para unas ocho o diez horas. Veinte metros más allá, los lagartos también habían cobrado vida.

-Vamos -dijo Cobb, cogiendo a Sta-Hi por el brazo-. Movámonos.

-¿Movernos adónde? Aún tengo el billete de regreso a la Tierra, ¿sabes? No dejaré que me arrastréis a...

Las voces crepitaron en sus radios otra vez, potentes y claras.

-¡Humaaaanossss! ¡Doctorr Annderssonnn! ¡Rrallph Númmeross no se loo ha dichooo todooo! ¡Le vaan a disseccionaar!

Tres brillantes autónomos azules, construidos como gordas serpientes aladas, reptaban hacia ellos atravesando la feria de atracciones. Sólo les separaban diez metros de distancia.

-¡Los ca-cavadores! -gritó Ralph. Sus señales transmitían temor-. ¡Ra-rápido, Co-Cobb, me-métase por ahí!

Cobb se introdujo por la abertura con la cabeza por delante. Y Sta-Hi se movió por fin. Salió corriendo hacia el vestíbulo, rodeado de simulacros llameantes como explosiones de morteros.

Una vez estuvo al otro lado de la pequeña puerta, Cobb pudo ponerse en pie. Ralph le siguió los pasos a gran velocidad, cerró la puerta y la aseguró por cuatro lugares distintos. La única luz provenía del revestimiento metálico rojo de Ralph. Podían oír a los cavadores atacando la pared. Ralph había observado que el líder era Wagstaff.

Hizo un gesto tranquilizador y pasó delante de Cobb. Éste le siguió a lo largo de unos dos o tres kilómetros. El túnel nunca se curvaba a derecha o a izquierda, hacia arriba o hacia abajo... simplemente continuaba en línea recta, un silencioso paso detrás del siguiente. Cobb no estaba acostumbrado a tanto ejercicio y, por fin, palmeó la espalda de Ralph para detenerle.

-¿Adónde me llevas?

-Este túnel conduce a las casas rosadas -respondió el robot, extendiendo la cabeza hacia atrás-, donde criamos los órganos. También tenemos... una mesa de operaciones. La transición no será dolorosa.

Ralph calló y aguzó sus sentidos al máximo. No había cavadores en las cercanías.

Cobb se sentó en el suelo del túnel. Su traje era lo bastante mullido como para sentirse cómodo. Decidió echarse de espaldas. Al fin y al cabo, no era necesario guardar las apariencias ante un robot.

-Es mejor que Sta-Hi haya huido -estaba diciendo Ralph-. Nadie me dijo que vendría. Sólo hay una mesa de operaciones, y si hubiera mirado mientras... -calló bruscamente.

-Lo sé -dijo Cobb-. Sé lo que viene a continuación. Vais a desmenuzarme el cerebro para extraer las pautas y a cortar mi cuerpo en pedazos para realimentar los tanques de órganos. -Era un alivio sacarlo a la luz y pronunciarlo en voz alta-. Es así, ¿verdad, Ralph? No existe la droga de la inmortalidad.

-Sí, estás en lo cierto -asintió el robot tras un largo silencio-. Tenemos una copia de tu cuerpo en la Tierra, un robot remoto. Es cuestión de extraer tu software y enviarlo allá abajo.

-¿Cómo funciona? -inquirió Cobb con una voz extrañamente serena-. ¿Cómo separáis la mente del cerebro?

-Primero hacemos un electro, claro, pero holográfico. Éste nos proporciona un mapa electromagnético completo de la actividad cerebral, y puede llevarse a cabo sin abrir el cráneo. Pero los recuerdos...

-Los recuerdos son bioquímicos -dijo Cobb-. Codificados como series de aminoácidos en los ramales de RNA.

Era agradable yacer allí, hablando de ciencia con su mejor robot.

-Exacto. Podemos leer la información codificada en el RNA mediante gases espectroscópicos y rayos X cristalográficos. Pero, antes que nada, el RNA debe ser... extraído de los tejidos cerebrales. También intervienen otros factores químicos. Y si el cerebro es microtomizado de forma apropiada podemos determinar los modelos de conexión física de las neuronas. Esto es muy... -Ralph enmudeció de pronto y se inmovilizó en actitud de estar escuchando-. ¡Vamos, Cobb! ¡Los cavadores vienen a por nosotros!

Pero Cobb continuaba recostado, descansando del esfuerzo realizado. ¿Y si los cavadores fueran los buenos?

-¿No me estarás jugando una mala pasada, Ralph? Suena tan fantástico. ¿Cómo puedo estar seguro de que me daréis un cuerpo artificial? Y aun en el caso de que un robot esté programado con mis pautas cerebrales... ¿será realmente...?

-¡Espeeraa, doctor Aandeersoon! ¡Sóloo quieero hablar conttigo!

Ralph cogió frenéticamente a Cobb del brazo, pero ya era demasiado tarde. Wagstaff les había alcanzado.

-Hola, Ralph. Me aleegro de verte reconstruido. Alguno de loss chicoss tienee el gaatilloo fáckill, ahoora que se aacercaa la hoora de la suublevaaciónn.

Dada la estrechez del túnel, Cobb estaba constreñido entre Ralph y el serpenteante robot cavador llamado Wagstaff. Podía divisar otros dos cavadores detrás de Wagstaff. Tenían un aspecto fuerte, extraño y aterrador. Decidió adoptar un tono de firmeza con ellos.

-¿Qué quieres decirme, autónomo?

-Doctorr Anderrsonn, ¿sabe que Rallph va a perrmitir que TEX y MEX se cooman su ceerebroo?

-¿Quién es MEX?

-El ggran autónomo quee es el museeo. TEX dirrigee los tannques de órrganos, y en laa meessa de operacciionnes...

-Ya sé todo esto, Wagstaff. Y he accedido con la condición de que mi software se integre en un nuevo hardware, en la Tierra. Es mi última oportunidad.

Me suicido para evitar que me asesinen, pensó Cobb. Pero debería funcionar. ¡Debería!

-¡Ya lo ves! -exclamó Ralph triunfalmente-. A Cobb no le asusta tanto como a los autónomos cambiar de hardware. Él no es como el resto de los humanos. ¡Él comprende!

-Pero ¿se da cuenta de que el Señor Helado...?

-¡Oh, cállate! -llameó Ralph-. Nos vamos. ¡Si tus autónomos están planeando realmente empezar una guerra civil no tenemos tiempo que perder!

Ralph se sumergió en el túnel. Cobb, tras dudar un momento, siguió sus pasos. Había llegado demasiado lejos para retroceder.

14

Cuando Sta-Hi se separó de sus compañeros sólo miró atrás una vez. Vio que Ralph y Cobb se habían metido en la ratonera y que la puerta se había cerrado. Los tres grandes robots azules tanteaban la pared. Sta-Hi dobló una esquina a toda prisa, fuera de su vista y a salvo. Intentó recuperar el aliento.

-Habría sido mejor que te marcharas -dijo suavemente una voz.

Buscó con la vista a su alrededor. No había nadie. Se encontraba en mitad del vestíbulo, débilmente iluminado. Antiguas herramientas y componentes de los autónomos colgaban de las paredes, como una exhibición de armas medievales. Sta-Hi leyó el rótulo más cercano sin prestarle demasiada atención: Abrazadera elevadora de muelle. Séptimo Ciclo (circa 2001). TC6399876. Sobre el rótulo, sujeto a la pared, había una especie de brazo artificial con...

-De ese modo, habrías vivido para siempre -añadió la misma voz leve y firme de antes.

Sta-Hi empezó a correr otra vez. Lo hizo durante mucho rato, doblando esquinas al azar. En la siguiente parada que efectuó percibió que el aspecto del museo había cambiado. Ahora se hallaba en algo similar a una galería de arte moderno. O en una tienda de ropa.

Hablaba consigo mismo mientras corría... para ahogar cualquier otra voz que pudiera escuchar, pero en este momento ya sólo podía jadear. Y, sin embargo, aquella voz no le abandonaba.

-Te has perdido -dijo dulcemente-. Éste es el sector del museo dedicado a los autónomos. Haz el favor de volver al sector humano. Todavía estás a tiempo de reunirte con el doctor Anderson.

El museo. Tenía que ser el museo quien le hablaba. Sta-Hi echó un rápido vistazo alrededor, intentando forjar un plan. Estaba en una sala de la exposición bastante amplia, algo así como una caverna subterránea. Una galería situada en el extremo opuesto trepaba hacia la luz, probablemente hacia algún lugar de Disky. Dio unos pasos en dirección a la galería. Quizá hubiera autónomos ahí fuera. Se detuvo y examinó con mayor detenimiento cuanto le rodeaba.

Los objetos que se exhibían en la pared eran muy parecidos. Un gancho que sobresalía del muro y la lánguida lámina de plástico duro que colgaba del gancho como un gigantesco paño de cocina. Su interés provenía de que los plásticos estaban electrificados de alguna manera, y parpadeaban produciendo extrañas y hermosas figuras.

No había nadie en la sala que pudiera detenerle. Se puso de puntillas y sacó del gancho uno de los centelleantes vestidos. Era rojo, azul y dorado. Se lo colocó sobre los hombros como una capa y estiró el extremo superior por encima de su cabeza, a modo de capuchón. Tal vez ahora podría...

-¡Devuelve eso a su sitio! -ordenó perentoriamente el museo-. ¡No sabes lo que estás haciendo!

Sta-Hi se ajustó la capa al cuerpo... parecía hecha a su medida. Subió por la galería y desembocó en las calles de Disky. Al abandonar la galería sintió que algo puntiagudo le apretaba el cuello.

Era como si una garra provista de afiladas uñas le hubiera asido por la nuca. Dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo, con la capa ondeando al viento, y oteó la galería del museo por la que había salido. Nadie le seguía.

Dos autónomos purpúreos se acercaban rodando por la calle. Parecían barriles de cerveza puestos horizontalmente con un puñado de tentáculos en cada extremo. A veces rebotaban en el suelo para darse más impulso. Cuando llegaron frente a Sta-Hi se detuvieron. Un agitado gorjeo irrumpió en su radio.

Se cubrió bien la cara con el capuchón. ¿Qué cojones le estaba perforando el cuello?

Mientras se hacía esta pregunta su capa se cubrió de pequeños estallidos azules que terminaron por unirse. Entonces brotaron estrellitas doradas que empezaron a perseguirse animadamente.

Uno de los barriles de cerveza purpúreo estiró un admirado tentáculo para palpar el material. Farfulló algo a su compañero y luego señaló la galería por la que Sta-Hi había salido. Querían unas capas como la suya.

-¡Mielda! -dijo Sta-Hi. Por alguna razón desconocida su voz había adoptado un pintoresco acento japonés. Indicó con un gesto la rampa-. ¡Ahí las podéis encontrar!

Los barriles se precipitaron por la rampa, frenando con los tentáculos.

-¡Así me gusta! -les gritó Sta-Hi-. ¡Feliz capa! ¡Que os vaya bien, tíos! ¡Asíos oxidéis!

Se marchó de inmediato. Esta capa con la que se había envuelto... la Capa Feliz... esta Capa Feliz parecía estar viva, en un sentido horrible y parasitario de la palabra. Había hundido docenas... ¿centenares?... de microsondas en su traje, piel y carne, y se había aferrado con ellas a su sistema nervioso. Lo sabía sin necesidad de exámenes, lo sabía como sabía, a ciencia cierta, que tenía dedos.

«Es agradable tener dedos.»

Sta-Hi cesó de andar y trató de controlar sus pensamientos. Exploró alguna sensación de sobresalto y disgusto, pero no la pudo encontrar.

«Espero que te sientas complacido. Yo estoy complacida.»

-Pues qué bien -murmuró Sta-Hi-. Cachondo esto de hablar como un autónomo.

No era en absoluto lo que quería decir, pero algo es algo. Las había habido peores.

A lo largo de su recorrido fueron varios los autónomos que le preguntaron dónde había conseguido aquel magnífico traje. Podía comprender sus señales gracias a estar conectado con la Capa que, al mismo tiempo, procuraba que sus pensamientos fueran discernibles. Sta-Hi tenía la sensación de estar hablando una jerga incomprensible. Seguramente se comunicaba mediante los juegos de luces parpadeantes, o tal vez por radio.

-¿Has hecho esto antes con otros hombres? -preguntó, cuando estuvieron solos-. ¿O siempre ha sido con los autónomos?

La pregunta pareció coger de improviso a la Capa Feliz. En apariencia, no lograba captar la diferencia que planteaba Sta-Hi.

«Tengo dos días de edad. Una dulce alegría me invade.»

Sta-Hi se llevó la mano a la nuca, pero la cosa intensificó su apretón. Bueno... una Capa Feliz no podía ser tan mala si tantos autónomos deseaban una. Se preguntó qué hora sería, qué haría a continuación, dónde había acción.

«Son las doce y cincuenta minutos», respondió la Capa Feliz. «Y algo está a punto de suceder a unas cuantas manzanas más allá. Por favor, síguete a ti mismo.»

Ante los ojos de Sta-Hi se formó una imagen virtual suya en trance de caminar. La figura embutida en la Capa Feliz parecía andar por la acera, cinco metros por delante.

- ¡Mielda!

Sta-Hi siguió a la imagen a través de un laberinto de calles. Se hallaban en una zona de viviendas... cubos del tamaño de armarios anchos. Algunas de las puertas de los armarios estaban abiertas, y Sta-Hi pudo divisar autónomos en el interior, por lo general sentados y conectados a una batería solar. Tomaban la comida. Algunos de los cubos contenían dos autónomos, conectados entre sí, con los revestimientos metálicos centelleando vivamente. El espectáculo de aquellas parejas deprimió a Sta-Hi. Seguro que estaba en baja forma.

Algunas manzanas más y llegaron al distrito de las fábricas. Muchos de los edificios no eran más que pabellones abiertos. Los autónomos trituraban rocas, manejaban fundidores y unían cosas con pernos. La imagen virtual de Sta-Hi marchaba en cabeza sin mirar a ningún lado. Tenía que darse prisa para no perderla. Reparó en que muchos autónomos caminaban en su misma dirección. Y al fondo se concentraba una gran multitud.

Entonces la imagen virtual se desvaneció y Sta-Hi se mezcló con la muchedumbre, reunida frente a un inmenso edificio de sólidas paredes de piedra. Uno de los autónomos, un individuo flaco y verde se erguía sobre uno de aquellos barriles de cerveza y estaba hablando. El entrecortado gorjeo se hacía comprensible porque se filtraba a través del software de la Capa Feliz.

-¡GAX acaba de ser drenado! ¡Entremos antes de que su vástago controle la situación!

Los autónomos atropellaron sin contemplaciones a Sta-Hi. Una gran araña plateada le pisó, un secador de pelo dorado magulló su muslo y algo parecido a una cámara cinematográfica montada sobre un trípode golpeó rudamente su espalda.

-¡Mira donde pisas, patán! -gritó Sta-Hi irritado, y su Capa Feliz se tiñó de un rojo brillante.

-No deberías llevar tus mejores galas a un disturbio, cariño -respondió el trípode, mirándole de arriba abajo apreciativamente-. Recógeme y te conseguiré un bonito cañón láser.

- ¡Mielda!

Sta-Hi levantó el trípode, macizo pero ligero en la gravedad lunar. Sostuvo dos de sus patas y apuntó la tercera en dirección a la puerta de la fábrica, a unos quince metros de distancia.

-Ahí va eso -rió el trípode, y ¡Boooooom!; un agujero grande como la cabeza de un hombre se abrió en la pesada puerta de acero. La multitud avanzó en tropel, aullando como una turba de ululantes bereberes. Sta-Hi hizo ademán de marcharse, pero el trípode protestó.

-Abrázame fuerte, querido. Me siento tan débil...

-Me plegunto pol qué todos esos autónomos están tan entusiasmados -comentó Sta-Hi mientras apuntalaba a su nuevo amigo.

-Chips gratis, mi amor, para hacer más vástagos. -El trípode le dio una palmadita en el culo con un gesto que pretendía ser de coquetería-. «Tú tienes el hardware y yo tengo el software» -cantó alegremente-. ¿Te gustaría unirse, cariño? Debes de estar podrido de dinero para tener una Capa Feliz como ésa. Te prometo que pasarías un rato inolvidable. ¡Por algo me llaman Zipzap!

¿Acaso la máquina quería follar con él?

-Nunca en la plimela cita -dijo Sta-Hi, mostrando su rubor con una remilgada tonalidad azul.

Sobre sus cabezas, un cavador especializado en tareas duras trabajaba en el agujero que Zipzap había hecho. Había encajado en él la cabeza y no cesaba de darle vueltas. De pronto, la introdujo del todo. Por el hueco saltó ágilmente un robot araña de reparaciones. Un momento después la gran puerta se abrió.

Entonces se produjo la avalancha. Los autónomos se atropellaban unos a otros para poder entrar y saquear la fábrica de chips. Algunos iban provistos de sacos y cestas.

-¡Adelante, hijos de la glan puta! -rugió Sta-Hi al tiempo que les seguía, flanqueado por Zipzap.

Siempre había querido reducir a escombros una fábrica.

El cavernoso edificio estaba a oscuras, excepto por los centelleos multicolores que iluminaban los revestimientos metálicos de los excitados autónomos, en una gama que recorría todo el espectro desde los infrarrojos a los rayos X. La Capa Feliz de Sta-Hi exhibía un color púrpura regio con estrías doradas en zigzag, y Zipzap se había teñido de un espléndido naranja.

Los remotos de GAX huían a la desbandada. Estaban hechos de un material oscuro que no reflejaba. Parecían hombres mecánicos. Hormigas obreras. Uno de ellos saltó sobre Sta-Hi, pero éste lo esquivó fácilmente.

Mientras el software de GAX padecía la difícil transición al nuevo hardware, lo mismo ocurría con los casi estúpidos remotos. Los ágiles autónomos les propinaban feroces golpes con toda clase de pesadas herramientas.

Un esbelto y casi femenino remoto se avalanzó sobre Sta-Hi con algo puntiagudo y cortante en la mano. Sta-Hi retrocedió y tropezó con Zipzap. Fue un momento angustioso, pero inmediatamente el pequeño trípode perforó con su láser el pecho del robot asesino.

Sta-hi dio un paso adelante y aplastó su delicado cráneo de metal. Entusiasmado con la tarea, derribó sin querer una mesa y envió por los aires centenares de pequeños chips afiligranados. Empezó a patearlos, recordando el proyector de Kristleen.

-¡No, no! -protestó Zipzap-. Recógelos, cielo. Tú y yo vamos a necesitarlos... ¿no es cierto?

El autónomo levantó una de sus patas para darle otra palmada cariñosa.

-¡Nnnnni lo sueñes! -rechazó Sta-Hi, apartándose-. ¡No pienso hacel nada con un lenacuajo asqueloso como tú!

Herido en su amor propio, Zipzap disparó un chorro luminoso sobre la cabeza de Sta-Hi y se fue corriendo. El chorro cortó un fragmento de una pesada cadena, por lo que Sta-Hi tuvo que moverse con rapidez para no ser alcanzado. De hecho, fue la Capa Feliz la que le indicó cómo hacerlo.

«Manténte alejado de ese pequeñajo de tres patas», aconsejó la Capa cuando estuvieron a salvo. «Es impresentable.»

-Soooooolamente le intelea una cosa -asintió Sta-Hi.

Recogió un puñado de chips que había tirado de la mesa y se los guardó en la bolsa. En este lugar eran tan valiosos como el dinero. Y necesitaría pagar el autobús para regresar a la cúpula. Sería fantástico sacarse el traje y comer algo. Con suerte, los cables de la Capa Feliz se desprenderían fácilmente de su cuello. Un desagradable pensamiento. Un autónomo que tenía forma de boca de incendios cubierta de ventosas apartó a Sta-Hi de un empujón y empezó a reunir los chips sobrantes. Montones de remotos habían sido ya destrozados.

La mayor parte de los autónomos invasores se encontraban al otro lado de la inmensa nave central de la fábrica. Sta-Hi no deseaba mezclarse en un altercado similar al que había ocurrido frente a la fábrica.

Caminó en dirección contraria, hacia un ala escasamente iluminada en la que se alineaban una serie de máquinas. Al final había una pequeña sala de control sin puerta..., los procesadores centrales de GAX, su hardware, el nuevo y el viejo. Dos cavadores y una gran araña plateada lo estaban manipulando.

-...sstúpidos -se lamentaba uno de los cavadores-. Nno haacen máss que robaar cosaas y no noss ayuudan a liquiidarr a GAXX. ¿Estásss dispuessto a volaarlo, Vullcann?

El robot plateado llamado Vulcan intentaba, sin mucho éxito, introducir una carga de plástico en una grieta situada bajo un panel del poco llamativo cubo de tres metros que contenía los viejos procesadores de GAX y el nuevo vástago.

-Venn aquí -llamó uno de los cavadores a Sta-Hi-. Tieneness `los manipuladdoress que noss haacen faalta.

-¡Mielda!

Sta-Hi se acercó a los potentes cavadores algo turbado. Veloces franjas azules y plateadas recorrían sus achaparrados cuerpos de serpiente, y sus palas trepidaban nerviosamente. Cobb había afirmado que éstos eran los malos.

Pero ahora parecían focas disgustadas, o dragones de Dragonland. Con la Capa Feliz cubierta de remolinos rojos y dorados, Sta-Hi se agachó para introducir el explosivo en la grieta, bajo el masivo CPU de GAX. Vulcan tenía varios kilos de material... Estos chicos no bromeaban.

Un minuto o dos más tarde, Sta-Hi había colocado la totalidad del explosivo en su lugar. Vulcan se arrastró por el suelo y empalmó un cable en cada extremo de la juntura. En ese preciso instante una oscura figura avanzó tambaleándose hacia el grupo, cargada con algo bastante pesado.

-¡Ess un remmoto! -gritó con espanto uno de los cavadores-. ¡Lleva unn immáann!

Antes de que los tres autónomos pudieran efectuar el menor movimiento, el robot arrojó un poderoso electroimán hacia ellos. Retrocedió de un brinco con sorprendente agilidad, y la corriente fluyó. Cuando el poderoso campo electromagnético interfirió en sus circuitos, los tres autónomos perdieron por completo el control de sus movimientos. Los cavadores se agitaron y retorcieron como los fragmentos de una serpiente partida en dos, y Vulcan bailó una frenética tarantela.

La Capa Feliz de Sta-Hi se tiñó de negro y un terrible entumecimiento inundó el cerebro del joven. La Capa había muerto, así de sencillo. Sta-Hi sintió que la muerte colgaba de su cuello.

Poco a poco, con gestos precisos, consiguió levantar los brazos y arrancar el parásito mecánico de su cuello. Experimentó una serie de agudos dolores mientras las microsondas se desprendían, y a continuación el cadáver de la Capa Feliz cayó a sus pies.

Podía ver con nitidez a través de su escafandra, pese a la luz mortecina, ataviado con su traje blanco y lo que parecía una pieza de tela doblada varias veces. Los tres autónomos estaban inmóviles. Apagados, aniquilados, muertos, los circuitos superconductores averiados por un poderoso campo magnético.

La escena debía de haberse reproducido a todo lo largo y ancho de la fábrica. GAX había superado su transición y recobrado la potencia. Sta-Hi comprobó a través de la radio cómo los sonidos entrecortados de los autónomos se apagaban y desaparecían por completo. Sin la Capa Feliz ya no podía comprender lo que decían.

Sta-Hi se estiró en el suelo y fingió que estaba muerto. Lo más divertido era que los robots remotos no parecían muy afectados por los intensos campos magnéticos. El que fueran capaces de tener conciencia del tiempo significaba que algunos procesadores eran independientes del gran cerebro de BEX, aunque estos pequeños cerebros satélites no serían lo bastante complejos como para necesitar los empalmes superconductores Josephson, propios de los autónomos.

Sta-Hi yacía inmóvil, temeroso de respirar. Pasó un rato. Entonces, con los inexpresivos ojos de cristal, el remoto recogió el electroimán y se lo llevó a rastras, en busca de más intrusos. Sta-Hi aún permaneció echado un minuto más, preguntándose qué clase de mente se ocultaría dentro de los muros protectores del cubo metálico que tenía detrás. Por fin, decidió averiguarlo.

Después de comprobar que no había remotos a la vista, Sta-Hi caminó a gatas y se aseguró de que los cables estaban bien embutidos en la masa explosiva colocada bajo la base del procesador. Cogió los dos carretes de cable y el detonador, retrocedió a unos veinte metros de la unidad y fue largando los cables.

Luego se refugió detrás de un bocarte, apoyó el pulgar sobre el botón del detonador y esperó.

Al cabo de pocos minutos un remoto reparó en él. Corrió hacia su escondite con una llave inglesa en la mano.

-Esto no va a funcionar, GAX -gritó Sta-Hi. Sin la Capa había recobrado su antigua voz. Sólo esperaba que el gran autónomo entendiera su lengua-. Un paso más y apretaré el botón.

El remoto detuvo su carrera a tres metros de su objetivo. Daba la impresión de que de un momento a otro le arrojaría la llave inglesa.

-¡Retrocede! -rugió Sta-Hi con voz desfalleciente-. ¡Retrocede o lo apretaré cuando cuente tres!

¿Lo entendería GAX?

-¡Uno!

El robot se tambaleó como un hombre mecánico.

-¡Dos!

Sta-Hi empezó a presionar el botón y quitó el seguro.

-¡Tr...!!

Krypto, el Robot Asesino, dio media vuelta y se alejó. Y GAX tomó la palabra.

-No sea impaciente, señor... De Mentis. ¿O prefiere que le llame por su auténtico nombre?

La voz que le llegaba a través de los auriculares era íntima y educada: el genio loco se burlaba del superhéroe atrapado.

15

Sta-Hi no contestó en seguida. El remoto sombrío con aspecto de hombre mecánico se detuvo a unos diez metros y se volvió para mirarle. El joven notaba que su respiración sonaba de una manera diferente. Parecía que invisibles altavoces estuvieran esparciendo una débil música ambiental, como la de los ascensores. De todos los puntos de la fábrica surgían borrosos remotos... Desmontaban los autónomos y los remotos muertos, colocaban en sus lugares correspondientes las herramientas de trabajo y soldaban los cables arrancados.

-No saldrás vivo de aquí -pronunció suavemente la voz de GAX-. Al menos en tu forma actual.

-Me la suda -exclamó Sta-Hi-. Aprieto este botón y se acabó. Yo soy el que manda ahora.

-Sí... -una aguda risita sintética-, pero mis remotos pueden ser programados hasta un máximo de cuatro días de actividad independiente. Por sí solos carecen de inteligencia... espiritualmente, si quieres. Pero obedecen. Te sugiero que estudies la situación de nuevo.

Sta-Hi advirtió entonces que estaba rodeado por un círculo de unos cincuenta remotos. Daba la sensación de que trabajaban pero, al mismo tiempo, no le perdían de vista. Estaba en franca desventaja numérica.

-Ya ves -se regocijó GAX-, gozamos de una situación en la que nuestra mutua destrucción está asegurada. Un juego teóricamente interesante, aunque de ninguna manera original. Tú mueves.

El círculo de robots se estrechó un poco alrededor de Sta-Hi... un paso aquí, un giro allá... ¡algo se arrastraba hacia los cables!

-¡Quietos! -chilló, aferrando el detonador-. Si algo se mueve voy a volar el maldito...

De pronto se hizo el silencio en toda la fábrica. Ningún movimiento subrepticio, ninguna vibración, excepto un sordo y constante rechinar que llegaba de algún lugar bajo sus pies.

Sta-Hi dejó de gritar. Una débil luz azul parpadeó en su muñeca. Falta de aire. Consultó la lectura. Apenas dos horas. No podía seguir respirando con tanta vehemencia.

-Deberías haberte marchado con Ralph Números y el doctor Anderson -dijo tranquilamente GAX-, para unirme a las filas de los inmortales. Según cómo vayan las cosas, corres el riesgo de sufrir daños que te impidan ser grabado adecuadamente.

-¿Por qué, GAX? ¿Por qué despedazas a la gente y grabas sus cerebros?

Estremecimientos de terror recorrían los intestinos de Sta-Hi. ¿Por qué no había píldoras en el interior de su traje? Chupó ávidamente el tubo de líquido que tenía junto a la mejilla derecha.

-Evaluamos la información, Sta-Hi. No hay nada más densamente atestado de información lógica que un cerebro humano. Ésta es la razón básica. MEX compara nuestras actividades con la de aquellos esforzados americanos llamados... buitres de la cultura. Los que saquearon los museos del Viejo Mundo en busca de obras de arte. Y hay razones más elevadas, más espirituales. La combinación de todos...

-¿No os bastaría con los electros? -preguntó Sta-Hi. La rechinante vibración subterránea aumentaba de intensidad. ¿Una trampa? Retrocedió unos metros-. ¿Por qué os empeñáis en estropear nuestros cerebros?

-Gran parte de la información almacenada es de tipo químico o mecánico más que eléctrica -explicó GAX-. Es imprescindible trazar un mapa microelectrónico de los ramales del RNA. Y seccionar el cerebro en finas láminas nos permite saber qué neuronas están conectadas con otras. Pero esto ya ha ido demasiado lejos, Sta-Hi. Suelta el detonador y te grabaremos. Únete a nosotros. Puedes ser nuestro tercer agente terrestre con cuerpo de robot. Verás que...

-No me vais a atrapar -le interrumpió Sta-Hi. Se puso de pie y su voz adaptó un tono estridente-. ¡Ladrones de almas! ¡Titiriteros! ¡Prefiero morir entero, malditos...!

¡Kaabrruuuuuuuuuuuummm!

Sta-Hi había apretado el botón del detonador sin darse cuenta. Brotó un rayo de luz cegador. Los objetos estallaron en pedazos, que siguieron trayectorias veloces y uniformes. No había aire suficiente para soportar la onda de choque, pero el suelo bajo sus pies tembló y le hizo perder el equilibrio. Torpes pero numerosos, los remotos preprogramados avanzaron con intenciones asesinas.

Durante todo el rato que había estado hablando con GAX no había dejado de percibir la firme y rechinante vibración que provenía del subsuelo. Ahora, mientras se ponía en pie, la vibración se transformó en un potente murmullo y algo irrumpió a sus espaldas atravesando el suelo: una nariz plateada en forma de cono azul, adornada con clavos negros... ¡un cavador!

Algo aceitoso gorjeó. Una llave inglesa pasó volando. Los remotos se acercaban. Sin pensarlo dos veces, Sta-Hi siguió al cavador por el túnel que había practicado, arrastrándose sobre su estómago como un gusano blanco y reluciente.

Ser incapaz de ver tus pies cuando esperas que unas garras de acero se claven en ellos es una desagradable sensación. Sta-Hi reptaba a toda velocidad. Al cabo de poco rato, el estrecho tubo perforó la pared de un gran túnel y Sta-Hi se dejó caer en él.

Se irguió y limpió su traje de polvo. No halló rastros de pinchazos en la tela. Le quedaba una hora de aire. Debía calmar sus nervios y no respirar con tanta violencia.

El cavador estaba examinando a Sta-Hi con curiosidad... Daba vueltas a su alrededor y le palpaba con una fina y flexible sonda. Una piedra vino rodando desde el pozo por el que habían bajado. Los robots asesinos se aproximaban.

-¡Uuuuuuuyyy! -Sta-Hi señaló la piedra con un confuso chillido.

-Trranquillo -dijo el cavador.

Adoptó la forma de un «2» y aplicó su cabeza cavadora a la pared del túnel, cerca del agujero. Sta-Hi dio un paso atrás. Unas cuantas toneladas de roca se desprendieron momentos después, sepultando al cavador y al agujero que había perforado.

Al cabo de un instante el cavador emergió penosamente del montón de escombros sin dejar atrás el menor resquicio.

-Venn conmigoo -indicó-. Te mosstraré algoo interessantee.

Sta-Hi le obedeció. Volvía a respirar con dificultad.

-¿Tienes aire?

-¿Qué ess airee?

-Es un... gas. -Sta-Hi controlaba su voz con ciertos problemas-. Con oxígeno. Los humanos lo respiran.

Un sonido difícil de definir se abrió paso en la radio de Sta-Hi.

¿Una carcajada?

-Clarro. Aairee. Hay muucho en laas casass rosadass. ¿Necessitass airee ahoraa?

-Dentro de media hora.

El túnel estaba a oscuras y Sta-Hi se guiaba mediante la luz blancoazulada que desprendía el cuerpo del robot. No muy lejos se distinguía un levísimo resplandor rosado.

-Trranquillo. A meedio kilómeetroo hayy una cassa rossadaa sin quirrófanoss. Peroo primeero miraa en éstaa.

El cavador se detuvo ante una ventana iluminada por una luz rosa. Sta-Hi echó una ojeada al interior. Vio a Ralph Números con una unidad portátil de refrigeración enchufada en su flanco. Debía de hacer calor en el cubículo. Ralph estaba plantado frente a lo que parecía ser una bañera deformada, y dentro...

-El doctorr Annderssonn esstá enn el quirrófanoo -indicó el cavador tranquilamente.

El quirófano era una gran vaina húmeda que recordaba la gorra de un soldado, pero de dos metros de largo. Una gran gorra en forma de coño con seis brazos articulados de metal a cada lado. Los brazos estaban ocupados... horriblemente ocupados.

Ya habían desollado el torso de Cobb. Su pecho estaba hendido hasta el esternón. Dos brazos mantenían abierta la caja torácica, mientras otros dos extraían el corazón y luego los pulmones. Al mismo tiempo, Ralph Números se ocupaba de sacar el cerebro de Cobb por la parte superior de la cabeza, previamente separada. Desconectó los cables del electroencefalógrafo unidos al cerebro, y luego depositó el órgano en algo similar a una máquina de cortar pan conectada a un aparato de rayos X.

El quirófano apretó el interruptor del analizador cerebral y se alejó rodando de la ventana hacia el extremo de la habitación.

-Ahorra a pllantarr -susurró el cavador.

Al otro lado de la habitación iluminada de color rosa había un enorme tanque lleno de un líquido turbio. El quirófano se inclinó sobre el tanque y sembró: pulmones aquí, riñones allá... cuadraditos de piel, globos oculares, testículos... cada parte del cuerpo de Cobb halló su lugar en el tanque de órganos. Excepto el corazón. Después de examinar con aire crítico el corazón de segunda mano, el quirófano lo arrojó por una rampa.

-¿Qué pasa con el cerebro? -susurró Sta-Hi.

Se esforzó en comprender. Cobb temía a la muerte más que a nada. Y el viejo sabía para qué estaba aquí. Y lo había aceptado. ¿Por qué?

-Lass pauutass cereebraaless seránn analizzadass. El ssoftware del doctorr Annderrson serrá presserrvado, pero...

-Pero ¿qué?

-Aalgunoss de nossotross penssamoss que esto noo ess correctoo, especialmente en aquellos cassos, cada veez máss frrecuentess, en que no hayy un harrdware nuevo para el donnante. Los ggrandess autónomoss quieren hacerr esto missmo con todoss loss humanoss, y también con loss pequeñoss autónomoss. Quierren acabaar con todoss. Nosotross noss resistímmoss, y nos hass ayudadoo muchooo al mataar a GAX.

El quirófano había terminado sus tareas. Se deslizó sobre sus cortas patas hasta situarse detrás de Ralph Números, con la aflicción reflejada en su revestimiento metálico.

Se inclinó sobre él como para decirle algo, pero con un movimiento velocísimo saltó y se encajó en el cuerpo de Ralph.

Los manipuladores del robot rojo se debatieron por un instante y luego quedaron inertes.

-¿Lo ves? -siseó el cavador-. ¡Ahora esstá robanddo el sofftware de Rralph! Nadiee esttá a salvoo. La guerra debee continuaar hasta que todoss los grrandes autónomoss hayan...

Sta-Hi sentía la boca espesa. ¿Náusea? Se apartó de la ventana, dio un paso y cayó de rodillas. La luz azul de su muñeca le deslumbró. ¡Se estaba ahogando!

-Aire -jadeó Sta-Hi.

El excavador se lo cargó a la espalda y culebreó frenéticamente por el túnel hasta llegar a una casa rosada fuera de peligro, una habitación con aire, que no contenía otra cosa que tanques de órganos desatendidos.

16

Por extrañío que fuera, Cobb nunca había tenido la sensación de perder por completo la conciencia. Él y Ralph habían llegado juntos a la casa rosada después de atravesar un laberinto de túneles. Allí. Ralph lo había puesto en manos del quirófano, que le había dado una inyección, y luego todo... se hizo confuso.

Pero de pronto descubrió tantas posibilidades de moverse que le aterró el solo pensamiento de levantar un dedo, como si sus piernas fueran a caminar en una dirección dejando atrás la cabeza y los brazos.

Aunque esto no era del todo correcto, pues no sabía con certeza dónde se hallaban sus brazos, sus piernas o su cabeza. Tal vez habían tomado cada uno su rumbo y estaban a punto de regresar. O, incluso, es posible que estuvieran haciendo ambas cosas al unísono. Con cierto esfuerzo localizó lo que probablemente era una de sus manos. ¿Era la derecha o la izquierda? Era lo mismo que preguntarse si una moneda en el fondo del bolsillo mostraba cara o cruz.

Esta clase de problema, sin embargo, suponía tan sólo una ínfima parte de la confusión que dominaba a Cobb, tan sólo la punta del iceberg, el borde del abismo, la joroba del camello, el primer azafrán de la primavera, la última rosa del verano, la hormiga y el saltamontes, el motor que arrancó, el tercer marinero del burdel, los Mitos de Cthulhu, la red neural, dos cucuruchos de helado verde, una hoja de vidrio rota, el ensayo de Borges sobre el tiempo, el año 1982, el Estado de Florida, el juego de imitación de Turing, un ornitorrinco disecado, el aroma del cuerpo de Annie Cushing, una mancha con la forma de Australia, la fría humedad de un atardecer de marzo, la desigualdad de Bell, el sabor de las violetas azucaradas, un dolor en el pecho como un cilindro de acero, la definición tomista de Dios, el olor de la tinta negra, dos amantes entrevistados a través de una ventana, el tecleo de una máquina de escribir, los círculos blancos de las uñas, el mundo por construir, un cebo para pescar podrido sobre un muelle de madera, el temor del Yo que teme, la soledad, quizá, sí y no...

-¿Cobb?

Si respondía es que no debía hacerlo. O sea, si no respondía es que debía. Para decir: «¿Ayúdame Ralph!» Para decir: «¡Uuuuuuuuuuu!» Para decir: «¡ ¡Aquí viene el juez!!!». Para decir: «Los principios de la selección deben operar en cada nivel de la jerarquía del proceso». Para decir: «No, por favor». Para decir: «Verena». Para decir: «¡Posibilidad es realidad!». Para decir:

«DzzzZZzZZZzZZZZzzzzZzZZZZzzzzZZzZZZZzzzzzzZZzZZzZZZZzzzzZZzZZZZzz».

Para articular el sonido y la información a la vez; Señor, sólo por esta vez...

- ¿Cobb?

La confusión aumentaba, las diferenciaciones se desvanecían. Siempre había pensado que los procesos del pensamiento dependen de seleccionar puntos en series de escalas sí/no... pero ahora ya no había escalas, o acaso habían adaptado la forma de círculos, y él aún continuaba pensando. Es sorprendente lo que un sujeto puede hacer sin. Sin pasado ni futuro, sin negro ni blanco, sin derecha ni izquierda, sin gordo ni delgado, sin pares ni nones... todos son lo mismo... tú o yo, espacio o tiempo, finito o infinito, el ser o la nada... hechos realidad... Navidad o Pascuas, bellotas o robles, Annie o Verena, banderas o papel higiénico, mirar las nubes o escuchar el mar, jamón ahumado o atún, culos o senos, padres o hijos...

- ¿Cobb?

17

Sucedió mientras compraba un helado, un Señor Helado doble salpicado de azúcar. El conductor le devolvió el cambio y de repente... estaba otra vez allí. Pero ¿de dónde venía?

Cobb se sobresaltó y miró fijamente al chófer, un individuo calvo, de semblante malévolos, al que le faltaban la mitad de los dientes. Algo que recordaba un guiño o una sonrisa pareció asomar en su rostro detestable. Luego se reanudó la sintonía característica y el cuadrado camión blanco se perdió en la distancia con el zumbido de su potente unidad de refrigeración.

Sus pies le condujeron hacia la casa de la playa. Annie estaba en el porche trasero, sin camisa y balanceándose en la hamaca de Cobb. Se daba fricciones en los flojos pliegues del vientre con una crema para pieles muy sensibles.

-¿Me das una lamida, cariño?

Cobb la miró sin comprender. ¿Desde cuándo vivían juntos? Pero... sin embargo... pudo recordar que se había mudado a su casa la noche del viernes anterior. Hoy era viernes. Annie llevaba aquí una semana. Recordaba la semana como se recuerda un libro o una película...

-¡Vamos, Cobb, antes de que se derrita!

Annie se levantó de la hamaca, sus pechos tostados por el sol oscilando libremente. Cobb le tendió el cucurucho de helado. ¿Cucurucho de helado?

-No me gustan los helados. Puedes tomártelo todo.

Annie lamió la punta, aprisionándola entre sus gruesos labios. Miró de reojo a Cobb para ver si estaba pensando en lo mismo que ella. No lo hacía.

-¿Por qué lo compraste? -preguntó con voz melosa-. En cuanto oíste la música te largaste como si fuera lo que habías esperado toda tu vida. Es la primera vez que te veo excitado en lo que va de semana.

La última frase contenía señales inequívocas de acusación y disgusto.

- Toda la semana -repitió Cobb como un eco, y se sentó.

Era fantástico sentir el cuerpo tan ágil. No necesitaba mantener la espalda rígida. Alzó las manos y las flexionó, intrigado. Fue consciente de su fuerza.

Desde luego que tenía que ser fuerte para romper la caja de embalaje y la pared del almacén, sin más ayuda que la de Sta-Hi... ¿Qué?

Los recuerdos estaban allí, las imágenes y los sonidos, pero faltaba algo. Algo que recobró repentinamente.

-Yo soy -murmuró Cobb-. Yo soy yo.

Él... este cuerpo... ¿desde cuándo no habían repetido este pensamiento?

-Está bien, amor. -Annie se había estirado de nuevo en la hamaca, con las manos cruzadas sobre el ombligo-. Desde que Mooney nos llevó a Gray Area el viernes pasado te comportas cantidad de raro. Yo soy. Yo soy yo. Esto es todo lo que hay, ¿eh?...

Apoyó el pie descalzo en el suelo para que la hamaca se balanceara.

La operación ha tenido éxito. Todo encajaba ahora. La desesperada carrera hasta la casa rosada con Ralph. El quirófano, la inyección y aquel incierto y extraño período de total desorientación.

Bajo la capa de estos recuerdos, débiles pero perceptibles, reposaban los recuerdos del robot: la huida del almacén, el encuentro con el viejo Anderson en la playa y la convivencia con Annie. Esto había sucedido la semana pasada, el viernes pasado.

Desde entonces, Mooney, el poli, había venido dos veces para hablar con él, pero sin darse cuenta de que el auténtico Cobb estaba ausente. El robot había conseguido engañarle mediante el simple truco de aparentar feroces borracheras que le impedían responder a preguntas específicas. Aun en el caso de que Mooney llegara a sospechar que Cobb tenía un doble artificial en alguna parte, era lo bastante ingenuo como para no pensar que había tenido el doble enfrente de sus narices.

-Sta-Hi está aquí -le llamó Annie-. ¿Le dejas entrar, Cobb?

-Claro.

Se puso en pie sin la menor dificultad. Sta-Hi siempre se dejaba caer por la casa a esta hora del día. De noche custodiaba un almacén en el puerto espacial. Les gustaba pescar juntos. ¿Cierto?

Cobb entró en la cocina y atisbó por la mirilla, con la mano sujetando el pomo de la puerta, dudando. Por supuesto que aquel tipo parecía Sta-Hi, parado bajo el radiante sol, flaco y descamisado, los labios curvados en una media sonrisa.

-Hola -dijo Cobb, lo mismo que llevaba diciendo cada día de la semana-. ¿Cómo estás?

-Cojonudo -respondió Sta-Hi, echándose el pelo hacia atrás-. De puta madre.

Alargó la mano hacia el tirador.

-Hola -repitió Cobb sin evitar que la voz le temblara-. ¿Cómo estás?

Una música empalagosa se aproximaba, estridente como el escupitajo de un conferenciante..., harr-umf... melodiosa como un dolor de muelas: ¡la hora del Señor Helado!

Sta-Hi se estremeció y dio la vuelta. Corrió hacia el camión blanco que cruzaba la calle lentamente.

-¿Más helado? -preguntó Annie cuando Cobb abrió la puerta para seguir al joven.

La puerta se cerró de golpe. Annie volvió a darse impulso y se balanceó suavemente. Hoy no se cubriría los pechos cuando Sta-Hi entrara. Los pezones le hacían ganar puntos. Se friccionó con un poco más de crema. Uno de ellos iba a llevarla esta noche al Golden Prom, y punto.

Cobb siguió al simulacro de Sta-Hi... Sta-Hi2... hasta el camión del Señor Helado. El sol brillaba mucho. Conducía el mismo individuo calvo de rostro semihundido. Menudo tipo para vender helados. Parecía un matón de película.

El chófer frenó al ver a Sta-Hi y le dedicó una sonrisa de familiaridad, o lo más cercano a una sonrisa. Sta-Hi se le acercó con la ansiedad pintada en el semblante.

-Un especial Señor Helado doble con adornos de azúcar.

-Zí, zeñor -dijo el conductor, frunciendo los fofos labios. Saltó afuera y alzó el pestillo de la pesada puerta situada en uno de los costados del camión. Calzaba zapatos de goma de colores brillantes con letras en los bordes. Zapatos de niño, pero grandes.- Meta uzted la cabeza dentro y záquelo -recomendó el chófer.

Cobb trató de mirar por encima del hombro de Sta-Hi. El camión estaba atestado. Y hacía mucho frío allí dentro. Cristales de escarcha se formaban en el aire que salía. En el centro se destacaba una especie de gigantesca cámara de vacío, aún más fría, protegida y aislada. Un especial Señor Helado doble con adornos de azúcar descansaba sobre un soporte instalado a un metro del borde. ¿Era éste el método que habían utilizado con Cobb? No podía recordarlo.

Al conductor no parecía importarle que Cobb mirase. Todos estaban en el ajo. Sta-Hi2 se inclinó adelante para coger el cucurucho. Hubo un destello de luz, cuatro destellos, uno desde cada esquina de la puerta. El brazo aferró el cucurucho y la figura se volvió, mostrando unas facciones carentes de expresión.

-Sí no no no sí no no no sí sí sí no nono sí no no sí sí sí no sí sí sí sí no no... -murmuró, y dejó caer el cucurucho. Se fue arrastrando los pies en dirección a la casa de Cobb. Los pies no abandonaban ni un momento el suelo y dibujaban dos surcos profundos en el camino sembrado de conchas aplastadas-, no sí no no no.

-¿Qué le paza? -El conductor daba muestras de sentirse inquieto-. Ze zupone que...

Se precipitó en la cabina y habló durante un minuto por una especie de transmisor. Luego volvió, visiblemente aliviado.

-No me di cuenta. El Zeñorr Helado rrompió el contacto con él. El auténtico Zta-Hi ezta a punto de volverr... zé ezcapó. Azí que loz rremotoz necezarremoz una nueva tapaderra. De momento acuéztelo en zu cama. Mañana porr la noche vendrremoz a rrecogerrlo.

El conductor saltó al camión y partió con un alegre gesto de despedida. En cierta forma había devuelto la vida a Cobb, pero se la había arrebatado a Sta-Hi. No habían conseguido una cinta cerebral para colocar en el robot. Y el regreso del verdadero Sta-Hi les había decidido a terminar con él.

Cobb tomó a la réplica de Sta-Hi por el brazo y trató de conducirlo a su casa. Los rasgos de su faz torturada estaban distorsionados hasta hacerlo casi irreconocible. La boca torcida, la lengua colgante como la de un epiléptico.

-Sínonosísínnononosísí...

Una máquina de lenguaje. Levantó una de sus manos agarrotadas para tapar la radiante luz del sol.

Lo llevó hasta los, peldaños de la entrada y cayó pesadamente. Por lo visto, se le había borrado el concepto de levantar los pies. Mantuvo la puerta abierta y la copia de Sta-Hi se arrastró a cuatro patas sobre manos y rodillas.

-¿Qué ocurre? -inquirió Annie, entrando en la cocina por el porche de atrás-. ¿Está colocado? -Necesitaba algo excitante. Sería auténtico irrumpir flipados en el Prom-. ¿Tienes más, Sta-Hi?

La atormentada figura cayó de costado, la gruesa lengua colgando de su boca desfigurada por un rictus de agonía. Se cubría el pecho con ambos brazos y las piernas pedaleaban frenéticamente como si remontaran una pendiente abrupta y despiadada. El mismo movimiento de las piernas produjo que, poco a poco, el cuerpo empezara a girar en círculos sobre el suelo de la cocina.

Annie se echó atrás, cambiando de idea acerca de probar la droga.

-¡Cobb! ¡Le va a dar un ataque!

Cobb casi podía comprenderlo todo ahora. Había alguna maquinaria en aquel camión del Señor Helado, una maquinaria que le había devuelto la conciencia, una maquinaria que le había hecho algo distinto a Sta-Hi2: desconectarlo.

La vibración del suelo se fue atenuando, oscilación a oscilación. Entonces el doble de Sta-Hi se quedó quieto, absolutamente quieto.

-¡Llama aun médico, Cobb!

Annie había retrocedido hacia el porche y miraba la escena con las manos sobre la boca.

-Un médico no le ayudará, Annie. Pienso que ni siquiera podría...

No terminó la frase.

Cobb se agachó y sostuvo la flácida forma con tanta facilidad como una muñeca de trapo. Asombrosa la fuerza que habían almacenado en ella. Cargó el cuerpo por el corto vestíbulo y lo acostó en la cama.

Mooney encendió un cigarrillo y se cobijó en la sombra que proyectaba la achaparrada ala de la lanzadera espacial. Empezando por este transporte, cualquier aparato que hubiera despegado de Disky debía ser abierto e inspeccionado en el mismo lugar de aterrizaje. El aire sobrecalentado que flotaba sobre la extensión de hormigón vibraba al sol de la tarde. Ni un asomo de brisa.

-Ahí va el último lote, señor Mooney -indicó Tommy desde la escotilla. Seis recipientes estancos de plástico descendieron por el montacargas-. Interferona y un par de cajas de órganos.

Mooney se volvió hacia el pelotón de hombres armados que esperaban de pie bajo el sol, a unos quince metros, y les hizo una señal de entendimiento. Casi la hora de marchar. Inhaló una bocanada de humo y se dispuso a examinar el último grupo de cajas. Abrir aquellas cosas no iba a ser tarea fácil.

-¿Quién fue el gilipollas que tuvo la brillante idea de buscar robots escondidos en las cajas? -preguntó Tommy desde el ascensor que bajaba.

Una gota de sudor se introdujo en el ojo de Mooney. Sacó su pañuelo lentamente y se limpió la cara.

-Yo -respondió-. Yo soy el gilipollas. Han habido dos asaltos al Almacén Tres... al menos pensábamos que eran asaltos. En ambas ocasiones encontramos algunas cajas vacías y un agujero en la pared. Un robo rutinario de órganos, ¿vale? Bien... la segunda vez advertí que los escombros de los boquetes habían caído hacia el exterior del edificio, por lo que deduje que el ladrón salía, no entraba. Desde mi punto de vista, los autónomos han infiltrado tres robots entre nosotros.

-¿Alguien ha visto uno de esos robots?

Tommy parecía escéptico.

-Casi pillé a uno de ellos, pero no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Mooney había vuelto a casa de Cobb dos veces... con la esperanza de encontrar el doble del viejo; pero no halló a nadie más que al gran hombre, borracho como de costumbre. Quién sabe dónde estaría el robot ahora... demonios, si hasta podía haber cambiado de cara. Si existía. Habían removido de arriba abajo la nave sin el menor éxito.

-Es posible que esté equivocado. -Mooney aplastó el cigarrillo, se apartó de la sombra y empezó a examinar los cierres de la siguiente caja-. Espero que esté equivocado.

Después de todo, ¿qué pistas tenía? Algunos fragmentos de yeso caídos en la parte exterior del muro, pero no en la interior, y un confuso atisbo de una figura que corría, que le recordó a Cobb Anderson. Y haber visto a un tipo que parecía el gemelo de Cobb en Gray Area la semana pasada. Pero deseaba estar equivocado y que nada malo sucediera, ahora que su vida discurría por sendas apacibles.

El joven Stanny vivía en casa otra vez. Eso era lo principal. El haber escapado por los pelos de los comedores de cerebros había tenido la virtud de calmarle. Desde que la policía le había devuelto a casa se comportaba como un hijo modélico. Y con Stanny de nuevo en casa, Bea también se portaba mucho mejor.

Mooney había conseguido para su hijo un trabajo de vigilante nocturno en los almacenes... ¡y el chico se tomaba la faena en serio! ¡Aún no se las había pirado! A este paso llegaría a ser responsable de todo el sistema de vigilancia en un plazo de seis meses.

Stanny no frecuentaba mucho la casa durante el día. Era increíble lo poco que necesitaba dormir. Hacía una siesta después de trabajar y ya no volvía. Mooney estaba algo preocupado por las actividades diurnas de Sta-Hi, pero no podían ser demasiado malas. Fueran las que fuesen no podían ser demasiado malas.

Cada noche, puntual como un reloj, Stanny se presentaba a cenar, un poco cargado, por lo general, pero no colocado como antes. Era simplemente asombroso lo mucho que había cambiado...

-He roto la cerradura -repitió Tommy.

Mooney volvió a concentrarse en lo que tenían entre manos. Seis cajas más y la jornada habría terminado. Se suponía que ésta estaba llena de ampollas de interferona, la bacteria que, al sujetarse en los genes, producía el medicamento anticanceroso. Crecía mejor en la atmósfera lunar, estéril y de baja temperatura. Mooney ayudó a Tommy a levantar la tapa, y ambos miraron dentro.

Ningún problema. Estaba llena de jeringas precintadas al vacío una a una, empaquetadas y dispuestas para el uso. Mooney registró la caja a regañadientes para asegurarse de que no había nada más. Tommy accionó la cinta transportadora y la caja se deslizó a lo largo de la pista, más allá de los hombres armados, y se introdujo en el Almacén Tres.

Las tres cajas siguientes contenían lo mismo, pero las dos últimas... había algo curioso en lo concerniente a las dos últimas. Por alguna razón estaban unidas, formando una caja de doble tamaño. Y la etiqueta decía: «ÓRGANOS HUMANOS: SURTIDO MIXTO». Lo normal era que una caja albergara hígados o riñones... sólo una clase de órganos. Nunca había visto una caja mixta.

La caja estaba cerrada al vacío y tardaron algunos minutos en romper los precintos con las palancas. Mooney fantaseaba acerca de lo que habría dentro... ¿una antología de Whitman? ¿Ojos de vidrio envueltos en servilletas de papel, un hígado grande como una nuez del Brasil, crujientes fémures llenos de tuétano, una hilera de riñones en forma de judía, un pene de tamaño desmesurado tímidamente acomodado sobre los testículos, elásticos rollos de músculos, enormes cuadrados de piel enrollados como piel de melocotón?

La tapa se astilló de repente. ¡Algo estaba saliendo!

Mooney retrocedió de un brinco y aulló up «¡Preparados!» a los soldados. Al instante apoyaron los fusiles en sus hombros.

La tapa acabó de romperse y una cabeza brillante y plateada asomó. Una figura humanoide se puso en pie, centelleando al sol. Estaba conectada mediante tubos con alguna maquinaria alojada en el fondo de la caja...

-¡Apunten! -gritó Mooney, desviándose de la línea de fuego.

La figura plateada dio muestras de oírle y empezó a manipular su cabeza. ¿Una bomba desmontable? Tommy corrió directamente hacia los soldados. ¡El muy idiota! ¡Justo en la línea de tiro! Mooney vaciló y miró alternativamente adelante y atrás, esperando el momento de dar la orden de «¡Fuego!».

De repente la escafandra se desprendió del traje de la figura plateada. Surgió un rostro de debajo, el rostro de...

-¡Espera, papi! ¡Soy yo!

Sta-Hi dejó caer los conductos del aire y trató de refugiarse detrás de la caja antes de que alguien pudiera disparar. Notaba las piernas entumecidas después de estar treinta horas embalado. Se movió con torpeza. Su pie tropezó en el borde de la caja y se derrumbó sobre la pista de cemento.

Mooney se lanzó hacia adelante y se interpuso entre la caja y los soldados.

-¡Descanso! -chilló, inclinándose sobre su hijo.

Pero si éste era su hijo... ¿quién había estado viviendo en su casa toda la semana?

-¿Eres tú de veras, Stanny? ¿Cómo te metiste en la caja?

Sta-Hi permaneció echado durante un minuto, sonriente y acariciando el duro hormigón.

-He estado en la Luna. Y llámame Sta-Hi, joder, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

¡Bienvenido a su nuevo hardware! ¡Utilícelo adecuadamente, como una muestra de gratitud de toda la raza autónoma!

Guía del usuario:

1) El esqueleto; músculos, procesadores, etc., de su cuerpo son sintéticos y se reparan por sí solos. Asegúrese, sin embargo, de recargar las pilas dos veces al año. El enchufe está ubicado en el talón izquierdo.

2) Sus funciones cerebrales están parcialmente contenidas en un procesador remoto superrefrigerado. Evite campos electromagnéticos o fuentes de sonido que podrían deteriorar la conexión entre el cuerpo y el cerebro. Sólo podrá emprender viajes tras previa consulta.

3) Se han tomado todas las precauciones para transferir su software sin la menor distorsión. Como medida adicional se ha incorporado una biblioteca de subrutinas útiles. La clave de acceso es BEBOPAL ULA.

Respetuosamente suyos,
Los Grandes Autónomos

Cobb cerró la puerta del baño con el pestillo y se sentó en el retrete. Luego se puso de pie y leyó la carta una vez más. El sentido de las palabras penetraba poco a poco en su espíritu. Intelectualmente siempre había sabido que era posible. Un robot, o una persona, tiene dos partes: hardware y software. El hardware es el material físico real implicado, y el software es el modelo en el que se organiza el material. Tu cerebro es hardware, pero la información que contiene es software. La mente... recuerdos, hábitos, opiniones, habilidades... todo es software. Los autónomos habían extraído el software de Cobb para que controlara su cuerpo de robot. De acuerdo con el plan previsto, todo funcionaba a la perfección, lo que, por alguna razón, irritaba a Cobb.

-Inmortalidad, y una mierda -dijo, dándole una patada a la puerta del cuarto de baño. La atravesó con el pie-. ¡Estúpida pierna de robot!

Descorrió el pestillo, salió al minúsculo vestíbulo y entró en la cocina. Por Cristo que necesitaba una copa. Lo que más jodía a Cobb era que, a pesar de sentirse completo, su cerebro se hallaba realmente dentro de una computadora en algún lugar desconocido. ¿Dónde?

De repente lo adivinó: el camión del Señor Helado, por supuesto. Allí había un cerebro autónomo superrefrigerado con el software de Cobb incorporado. Convertía a Cobb Anderson en un simulacro perfecto, y controlaba los actos del robot a la velocidad de la luz.

Cobb reflexionó sobre aquel período de tiempo intermedio, antes de que el simulacro que era ahora se hubiera apoderado de un nuevo cuerpo. No existían distinciones, ni actos concretos, sólo puras posibilidades... Recrear la experiencia expandió su conciencia de una manera extraña, como si pudiera fluir hasta penetrar en las habitaciones y en las casas que le rodeaban. Por un instante pudo ver el rostro de Annie reflejado en un espejo, pinzas y un tubo de dentífrico...

Estaba de pie ante el fregadero de la cocina. Había dejado que el agua manara. Se inclinó y se mojó la cara. Algo golpeó el fregadero, oh, sí, la puerta de su pecho, así que la cerró. ¿Cuál era la palabra en clave?

Cobb regresó al cuarto de baño, abrió la portezuela y leyó la nota por tercera vez. Ahora captó la broma. Los grandes autónomos le habían metido en este cuerpo, y la palabra en clave para acceder al archivo de subrutinas era, por supuesto:

-Be-Bop-A-Lu-La, ella es mi chica -cantó Cobb, su voz resonando en los azulejos-, Be-Bop-A-Lu-La, tal vez yo no...

Se detuvo y ladeó la cabeza como para escuchar una voz interior.

-Acceso al archivo -dijo la voz.

-Enumera las subrutinas existentes -ordenó Cobb.

-Señor Helado, Decurso Temporal, Atlas, Calculador, Agudeza de los sentidos, Autodestrucción, Archivo de referencia, Secuencia de los hechos, Sexo, Hiperactividad, Ebriedad...

-¡Párate ahí! -gritó Cobb-. Justo ahí. ¿Qué implica Ebriedad?

-¿Desea pasar a la subrutina?

-Primero dime de qué va.

Cobb abrió la puerta del cuarto de baño y miró afuera, nervioso. Creía haber oído algo. Sería perjudicial que le encontraran hablando solo. Si la gente llegaba a sospechar que era un robot le lincharían...

...activada ahora -estaba diciendo la voz en el interior de su cabeza, en un tono tranquilo y autosuficiente-. Sus sentidos y procesos mentales se verán distorsionados de forma prudente. Cierre la fosa nasal derecha y respire una vez por la izquierda para ir aumentando la sensación. Inhalando repetidamente por la fosa derecha invertirá el proceso. Existe, por supuesto, una invalidación automática de su...

-De acuerdo -dijo Cobb-. Deja de hablar. Piérdete. Esfúmate.

-El término que está buscando es Fuera, doctor Anderson.

-Fuera, entonces.

La sensación de una presencia suplementaria en su mente se desvaneció. Salió al porche trasero y estuvo contemplando el mar un rato. El hedor del pescado podrido le llegó nítidamente. Cobb encontró un pedazo de cartón y lo utilizó para recoger los restos. Recargar las pilas dos veces al año.

Tiró el maloliente pescado cerca del borde del agua y volvió a la casa. Algo le turbaba. ¿Era verosímil considerar este nuevo cuerpo como una muestra de gratitud sin más condiciones?

Resultaba obvio que el cuerpo había sido enviado a la Tierra con algunos programas incorporados... sal del almacén, dile a Cobb Anderson que vaya a la Luna, mete la cabeza en el primer camión del Señor Helado que veas. La pregunta clave era: ¿había más programas preparados para llevarse a cabo? O peor: ¿estaban los autónomos en condiciones de controlarle instantáneamente? ¿Notaría la diferencia? ¿Quién, para abreviar, sujetaba las riendas? ¿Cobb... o un gran autónomo llamado Señor Helado?

Tenía la mente clara como el agua, clara como la jodida agua. De pronto se acordó del otro robot. Cobb atravesó el porche, entró en la casa, cruzó el diminuto vestíbulo y abrió la puerta de su dormitorio. El cuerpo artificial idéntico a Sta-Hi aún yacía en la cama. Sus facciones se habían aflojado y hundido. Cobb se inclinó sobre el cuerpo y escuchó. Ni un sonido. Este estaba apagado.

¿Por qué? El auténtico Sta-Hi está a punto de volver, había dicho el conductor del camión. De modo que querían quitar a éste de la circulación antes de que se descubriera que era un robot. Había sustituido a Sta-Hi y trabajado en el puerto espacial con Mooney. El plan del robot había consistido en pasar de contrabando un montón de robots remotos por las aduanas y fuera de los almacenes. Un día se lo había mencionado a Cobb mientras pescaban. ¿Por qué tantos robots?

¿Muestras de gratitud, todos y cada uno? De ninguna manera. ¿Qué querían los autónomos?

La puerta golpeó detrás de él. Era Annie. Se había hecho algo en la cara y en el pelo. Al verle, resplandeció como un girasol.

-Son casi las seis, Cobb. ¿Qué te parece si vamos paseando hasta Gray Arca y cenamos primero alguna cosita?

Él notó su frágil felicidad con tanta claridad como si fuera la suya. Avanzó y la besó.

-Estás muy hermosa.

Se había puesto un vestido ancho con dibujos hawaianos.

-¿Y tú, Cobb, no deberías cambiarte?

-Tienes razón.

Ella le siguió hasta su habitación y le ayudó a encontrar los pantalones blancos y la camisa deportiva negra que le había planchado para esta noche.

-¿Qué hacemos con él? -preguntó Annie en voz baja, señalando a la inerte figura que ocupaba la cama de Cobb.

-Déjale que duerma. Quizá se recupere.

El camión vendría a buscarle, aprovechando su ausencia. ¡Ahí te pudras!

Adivinó los pensamientos de Annie mientras se vestía. Su nuevo cuerpo no era tan grueso como el anterior y las ropas, por fin, le sentaban a la medida, sin apreturas.

-Temí que estuvieras borracho -dijo Annie, titubeante.

-Tomaré un trago rápido -replicó Cobb. Su nueva sensibilidad hacia los pensamientos y los sentimientos de los demás era difícil de controlar-. Espera un segundo.

La subrutina Ebriedad debía de seguir presumiblemente activada. Cobb fue a la cocina, bloqueó con un dedo la fosa nasal derecha e inhaló con fuerza. Una cálida y relajante sensación invadió la boca de su estómago y la parte posterior de las rodillas, extendiéndose por el resto del cuerpo como si hubiera tomado un bourbon doble.

-Esto está mejor -murmuró Cobb.

Abrió y cerró el armario de la cocina para fingir que había sacado una botella. Otro veloz resoplido antes de que Annie entrara. Cobb se sintió bien.

-Vámonos, muñeca. Lo pasaremos de puta madre.

20

-Están reuniendo cintas cerebrales humanas -dijo Sta-Hi mientras su padre aparcaba el coche-. Y a veces también se quedan con el cuerpo de una persona para alimentar sus tanques de órganos. Tendrán alrededor de unos doscientos cerebros almacenados. Y al menos tres tipos han sido reemplazados por copias artificiales: Cobb, uno de Los Pequeños Bromistas y una azafata, aparte del robot que me sustituye, tu hijo suplente.

Mooney paró el motor y dedicó una distraída mirada al vacío aparcamiento del supermercado. Un desagradable pensamiento se abrió paso en su mente.

-¿Cómo sé que eres el auténtico Stanny? ¿Cómo puedo saber que no eres otra máquina como la que me engañó la semana pasada?

-No puedes -soltó una risita suave y amarga-. Yo tampoco. Tal vez los cavadores me manipularon mientras dormía. -Sta-Hi saboreó la preocupación reflejada en la cara de su padre. Mi hijo el cyborg. Luego se apiadó-. No tienes por qué preocuparte, papi. Los cavadores no harían eso; son los grandes autónomos los que están en el ajo. Los cavadores sólo trabajan allí, hacen túneles. En realidad, nos apoyan. Han iniciado una revuelta a gran escala en la Luna. Quién sabe, puede que dentro de un mes no quede ni un gran autónomo.

Un perro atravesó corriendo el aparcamiento, echándoles una mirada de reojo al pasar junto a su coche. Desde dos bloques de distancia llegaba el estruendo de música rock a todo volumen. Los colgueras debían de estar celebrando alguna fiesta en el bar de Gray Area. El rumor del lejano oleaje y una brisa nocturna bastante fría se filtraba por las ventanillas de los automóviles.

-Bueno, Stanny...

-Llámame, Sta-Hi, papi. Por cierto, ¿tienes hierba?

Mooney rebuscó en la guantera. Había un paquete de canutos en algún sitio... se lo había confiscado a uno de sus hombres, que fumaba estando de servicio... ahí, justo ahí.

-Toma, Sta-Hi. Hazlo en casa.

Sta-Hi hizo una mueca ante el arrugado paquete de cigarrillos, pero encendió uno a pesar de todo. Su primer flipe desde que pasara la noche con aquella tal Misty en el Hilton de Disky. Había soportado una semana muy dura, escondiéndose en las casas rosadas y

volviendo de contrabando a la Tierra, camuflado como una partida de tripas revueltas. Se fumó el primer porro y encendió el segundo. La música se hizo audible, nota por nota.

-Apuesto a que el viejo Anderson ha ido a esa fiesta -dijo Mooney mientras subía su ventanilla. Ni loco se iba a quedar sentado a la espera de que su hijo se fumara todo un paquete de mierda-. Vamos a registrar su casa. Sta-Hi.

-De acuerdo.

El porro le estaba pegando duro... había perdido la resistencia. Las piernas le temblaban y los dientes castañeteaban. Su mente se tiñó de un sombrío terror a morir. Deslizó cuidadosamente el paquete en su bolsillo. Un buen material, después de todo.

Padre e hijo cruzaron el aparcamiento, rebasaron los almacenes y llegaron a la playa. La Luna, en cuarto menguante, proyectaba su luz plateada sobre el agua. Los cangrejos se apartaban de su camino y corrían a refugiarse en agujeros disimulados. Había transcurrido mucho tiempo desde que ambos caminaran juntos. Mooney se esforzaba en contener el impulso de rodear los hombros de su hijo con el brazo.

-Me alegro de que hayas vuelto -dijo por fin-. Esa copia artificial tuya... siempre decía que sí. Era agradable, pero no eras tú.

Sta-Hi dibujó una débil sonrisa y luego palmeó la espalda de su padre.

-Gracias. Me alegra que te alegres.

-¿Por qué...? -La voz de Mooney se resquebrajó; luego volvió a empezar-. ¿Por qué no sientas la cabeza, Stanny? Podría ayudarte a encontrar un empleo. ¿No te apetece casarte y...?

-¿Y acabar como tú y mamá? No, gracias -cortó. Lo intentó de nuevo-. Claro que me gustaría encontrar un empleo, hacer algo importante, pero no sé hacer nada. Ni siquiera puedo aprender a tocar bien la guitarra. Soy sólo... -Sta-Hi se retorció las manos y rió con un timbre de desamparo-. Sólo soy bueno para flotar... para colocarme. Es lo único que he aprendido en veinticuatro años. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Tú... -Mooney reflexionó unos instantes-. Podrías sacar algo de esta aventura. Escribir un relato o algo similar. Joder, Stanny, se supone que eres una persona creativa. No quiero que termines llevando una placa como yo. Habría podido ser dibujante, pero nunca me decidí. Uno debe dar el primer paso, nadie lo va a hacer por ti.

-Ya lo sé, pero cada vez que empiezo algo es como si yo fuera... un don nadie que no sabe hacer nada. El señor Nadie de Ninguna Parte. Y no lo puedo asumir. Para no triunfar, más vale...

-Tienes un buen cerebro -recordó Mooney a su hijo por enésima vez-. Obtuviste un noventa y dos en el psicograma, y luego...

-Sí, sí -cortó Sta-Hi, impaciente-. Hablemos de otra cosa.

¿Qué vamos a hacer en casa de Cobb?

Habían caminado un par de kilómetros. Las casas no podían estar muy lejos.

-¿Seguro que construyen robots idénticos a ti y a Cobb?

-Claro, pero lo que no sé es si los robots siguen pareciéndose a nosotros o no. A modo de piel utilizan algo que llaman revestimiento metálico; está lleno de cables, de modo que si les aplicas corrientes distintas cambian de aspecto.

-¿Piensas que Anderson se encuentra en uno de esos robots ahora?

-¡Hombre! Seguro. Vi a una máquina desmenuzándole. Le...

Sta-Hi se interrumpió y soltó una carcajada estentórea. Influenciado por la hierba rememoró la imagen de Cobb acostado en aquella gigantesca vagina dentada... imposible de explicar con palabras. Era cojonudo estar colocado de nuevo.

-¿Cómo os convencieron para emprender el vuelo a la Luna y permitir que os grabaran las pautas cerebrales?

-No lo sé. Quizá le respeten demasiado para secuestrarle y comerle el cerebro como a otro cualquiera. O tal vez no tengan ninguna buena máquina de analizar cerebros aquí abajo. En cuanto a mí... tan sólo deseaban quitarme de en medio por...

-Calla. Ya hemos llegado.

La casa de Cobb Anderson se destacaba, treinta metros a su derecha, recortada contra el cielo iluminado por la luna. Había luz suficiente para que alguien... o algo... pudiera distinguir a los Mooney.

Volvieron sobre sus pasos hasta alcanzar un grupo de palmeras, muy cerca de la orilla, y reptaron hacia la casa por una zona en sombras. Las casas estaban a oscuras y vacías, como si todos los colgueras se hubieran ido de parranda en esta noche del viernes. Mooney y Sta-Hi se deslizaron junto a los muros de las casitas. Mooney se paró frente a la de Cobb y estuvo escuchando durante un par de minutos. Sólo se oía el rumor de las olas y el estruendo del agua al abatirse sobre la playa.

Sta-Hi siguió a su padre hasta el porche, después de franquear la puerta principal. Así que ésta era la guarida del viejo Cobb. Parecía bastante agradable. Sta-Hi fantaseó con la idea de que él también, algún día, sería un colgueras... bastaba con esperar unos cuarenta años.

Mooney se caló unas gafas y activó su linterna de rayos infrarrojos. Olvidó traerla el anterior viernes. Registró la habitación de arriba abajo. Colillas de cigarrillos manchadas de lápiz labial, crema solar para pieles muy sensibles, un biquini húmedo... indicios de presencia femenina.

La muñeca de pelo blanco aún vivía aquí. Se había pasado toda la semana con el doble de Cobb, según dedujo Mooney. Ambos habían compartido la casa a la espera -si bien ella lo ignoraba- de que la mente de Cobb fuera transferida. ¿Habría sucedido?

Mooney se preguntó fugazmente si los robots follarían. De hecho, él utilizaba una polla biónica para hacer feliz a Bea. Si esa puta no se hubiera pasado el tiempo merodeando en los sex-clubes, Stanny nunca habría...

-¿Qué mierda estás haciendo? -preguntó Sta-Hi en voz alta-. ¿Hablas solo? No se ve ni pijo.

-¡Caaaalla! Ponte esto. Me olvidé.

Mooney le tendió a Sta-Hi un segundo par de gafas infrarrojas. Entonces la habitación se iluminó para Sta-Hi. La luz era tan roja que parecía azul.

-Miremos en el dormitorio -sugirió.

-De acuerdo.

Mooney volvió a tomar el mando. Cuando empujó la puerta del dormitorio y alumbró el interior, tuvo que morderse la lengua para no gritar. Stanny yacía en la cama, las facciones borrosas y desvaídas, la nariz colgando a un lado, apoyada en la mejilla, las manos entrelazadas, flácidas como guantes.

Sta-Hi dejó escapar un leve siseo, avanzó y se inclinó sobre el robot inerte que ocupaba la cama de Cobb.

-Aquí tienes a tu hijo perfecto, papi. Eres el primer tío de tu manzana que ve llegar a su hijo metido en una caja. Los grandes autónomos deben de haber descubierto mi huida. Uno de nosotros ha de largarse.

-Pero ¿qué le ha ocurrido? -preguntó Mooney al tiempo que se aproximaba, algo titubeante-. Parece medio derretido.

-Es un robot remoto. Es posible que el procesador central lo haya desconectado. Hay un circuito interno para modificar el revestimiento metálico, pero...

La grava crujió tan cerca que el ruido dio la sensación de haberse producido en la habitación. Un motor rugió y una pesada puerta se cerró de un portazo. ¡Alguien se acercaba!

No había tiempo para huir de la casa. El sonido de pasos subía por los escalones de la entrada. Mooney agarró a su hijo y le empujó hacia el armario de Anderson. No había tiempo para decir nada.

-El Zeñorr Helado dijo que lo encontrarráramos en el dormitorio, Berrdoo.

-¡Oye, Arcoiris! ¡Mueve tu culo de reina y ayúdame a sacar a este mamón!

-No entiendo por qué un animal como ése no puede hacerlo solo.

-Ayerr me herrnié zubiendo una coza.

-¿Subiendo qué, Mitá-Mitá, calentorro?

Un coro de risotadas celebró la broma.

-Los Pequeños Bromistas -susurró Sta-Hi a su padre.

Mooney le indicó que guardara silencio con un codazo. Una percha estuvo a punto de caer. Oh, mierda, pero las voces todavía sonaban en la sala de estar.

-Es una choza muuuy bonita, ¿verdad, Berdoo?

-¿Te gustaría una igual, Arcoiris, cielo? No te apartes de mí y pronto cagarás en bragas de seda.

-Qué bien, Berdoo.

-Vozotros doz, atajo de gandulez, zacad el cuerrpo mienttraz yo vigilo el camión.

Mitá-Mitá volvió a bajar los peldaños con gran estrépito. En seguida se oyó retumbar la puerta del camión.

Berdoo y Arcoiris entraron en el dormitorio.

- ¡Coño... vaya mierda! ¿A qué parece una raya?

-No te comas el coco. Estará como nuevo cuando el Señor Helado lo re programe.

-Espera un poco, leche. ¿No te recuerda al tío aquel del que estuvimos a punto de zamparnos su cerebro? La semana pasada en casa de Kristleen...

-No es un hombre, Arcoiris, es un robot desconectado. No sé de qué hombre me estás hablando, tía.

-Oh, no importa. Lo cogeré por las piernas y tú por los hombros.

-Vale. Vigila donde pisas, este cabrón pesa un huevo.

Resoplando un poco, Berdoo y Arcoiris cargaron con el cuerpo hasta el exterior. El motor del camión seguía en marcha.

Mooney asomó la cabeza cautelosamente. Había una ventana en cada lado de la habitación, y desde una de ellas divisó la maciza silueta de un camión de helados. Sobre la cabina campeaba un gran cucurucho de plástico.

Dos figuras imprecisas se detuvieron junto al camión y depositaron algo pesado en el suelo. Una tercera saltó de la cabina y abrió una puerta lateral.

Alguien encendió una luz en ese momento, una luz que inundó todos los objetos del dormitorio. Aterrorizado, Mooney se arrojó dentro del armario. Obligó a Sta-Hi a permanecer con él hasta que oyeron alejarse al camión.

21

Cobb dio cuenta de su pescado a la plancha con aparente apetito y se las ingenió para disfrutar del vino mediante el truco de inhalar fuertemente por su fosa nasal izquierda cada dos vasos. Terminada la cena fue al lavabo de hombres para vaciar su unidad alimentaria... no porque necesitara hacerlo, sino para asegurarse de su existencia.

Se sentía bajo el efecto de unos cinco o seis whiskys, y la situación no le parecía tan horrible y aterradora como al principio. Demonios, él la había provocado. Si mantenía las pilas cargadas no había ninguna razón que le impidiera vivir otros veinte años... ¡Borra eso, otro siglo! El problema se reducía a la capacidad de resistencia de la máquina. Aunque tampoco importaba demasiado... los grandes autónomos le habían grabado y podían proyectarle en cuantos cuerpos le hicieran falta.

Cobb, tambaleándose una pizca, se miró en el espejo del lavabo. Un hombre de físico imponente. Parecía el mismo de siempre, la barba blanca y tal, pero los ojos... Se acercó más y examinó sus ojos. Había algo erróneo en ellos, los iris, demasiado uniformes, poco fibrosos. Un gran negocio. ¡Era inmortal! Se permitió otra inhalación por la fosa izquierda y volvió junto a Annie.

Mientras cenaban, la banda se había instalado en el salón situado detrás de Gray Area. Empezaron a tocar en cuanto se congregó un número apreciable de colgueras. Annie cogió la mano de Cobb y lo condujo a la sala de baile, que ella misma había ayudado a decorar.

Sobre sus cabezas giraba lentamente una gran bola cubierta de espejitos cuadrados que formaban un mosaico. Desde cada una de las esquinas dula sala un foco de color iluminaba la bola, y miles de puntos de luz reflejados daban vueltas en torno a la estancia, cambiando de color a medida que viajaban de una pared a otra. Una bola idéntica se había utilizado en el baile de graduación de Annie en 1970, cincuenta años atrás.

-¿Te gusta, Cobb?

Más bien le mareaba. La subrutina Ebriedad distaba mucho de la realidad. Apretó con un dedo la fosa nasal izquierda e inhaló fuertemente dos veces por la derecha, rebajando la sensación en un par de grados. Quedó en disposición de divertirse como antes.

Las luces eran perfectas, te hacían sentir como si navegaras por un río donde se reflejara el sol, las truchas casi al alcance de la mano y todo el tiempo del mundo...

-Es bonito, Annie. Como ser joven de nuevo. ¿Lo seremos?

Entraron en la pista semivacía y bailaron lentamente al son de la música. Era una antigua pieza de George Harrison sobre Dios y el Amor. Los músicos eran colgueras que amaban la música. Le hacían justicia.

-¿Me quieres, Cobb?

La pregunta le pilló por sorpresa. No había amado a nadie durante años. Había estado demasiado ocupado esperando la muerte. ¿Amor? Lo dio por perdido cuando abandonó a Verenna en aquel apartamento de la calle Oglethorpe, en Savannah. Pero ahora...

-¿Por qué me lo preguntas, Annie?

-He vivido contigo una semana. -Le atrajo más hacia sí por la cintura. Sus muslos-. Y aún no hemos hecho el amor. ¿Es que no...?

-Creo que no me acuerdo muy bien -repuso Cobb sin entrar en detalles. Se preguntó si existiría un subprograma Erección en el archivo. Debería comprobarlo más tarde, debería averiguar qué otras cosas había allí dentro. Besó a Annie en la mejilla-. Lo investigaré.

Cuando terminó el baile fueron a sentarse con Farker y su esposa. A juzgar por la forma en que Cynthia movía sus dedos y la confusión que expresaban los ojos de Farker, se habían peleado. Se alegraron de que la llegada de Cobb y Annie les interrumpiera.

-¿Qué piensas de todo esto? -preguntó Cobb con el tono cordial de anímate idiota que siempre usaba con Farker.

-Muy bonito -respondió Cynthia Farker-. Pero no hay banderitas.

Farker, envalentonado por la presencia de Cobb, llamó a un camarero y pidió una jarra de cerveza. Por regla general, Cynthia no le permitía beber (por regla general, él tampoco quería), pero, después de todo, esto era el...

-El Baile de Oro -dijo Annie-. Así le llamábamos. Han pasado casi cincuenta años desde que muchos de nosotros celebramos nuestro baile de licenciatura. ¿Te acuerdas del tuyo, Cynthia?

-¿Si me acuerdo? -Cynthia encendió un cigarrillo de marihuana mentolado light-. Nuestra clase no lo hizo. A cambio, algunos de los exaltados que componían la junta de estudiantes votaron la utilización de los fondos para un viaje en autocar.

-¿Dónde fuisteis? -preguntó Cobb.

-¡A Washington! -Cynthia rió con estridencia-. ¡Una marcha sobre el Pentágono! Pero mereció la pena. Allí fue donde Farker y yo nos conocimos, ¿verdad, cariño?

Farker meneó la cabeza de bombilla mientras pensaba.

-Justamente. Yo estaba viendo a los Fugs, que cantaban «Out Demon Out» sobre un camión con los neumáticos deshinchados en el aparcamiento, y entonces tú me pisaste...

-Yo no te pisé el pie, Farker. Te di una patada. Parecías una persona tan importante con tu grabadora, y yo me moría de ganas de hablar contigo.

-Por cierto que lo hiciste -dijo Farker entre risas y sacudidas de cabeza-. Y no has parado desde entonces.

Llegó la cerveza y brindaron. Sosteniendo su vaso en alto, Cobb cerró su fosa derecha e inhaló. Sentado, el vértigo era llevadero. Pero, mientras escuchaba la charla de sus amigos, se sintió avergonzado de no ser ya una persona de carne y hueso.

-¿Cómo está tu hijo? -preguntó a Cynthia por decir algo.

Chuck, el único hijo de los Farker, era ministro de los Cultos Unidos en Filadelfia. A Cynthia le encantaba hablar de su hijo.

-¡Se está forrando! -cacareó Cynthia-. Hasta las chicas le dan dinero. Enseña proyección astral.

-Alguna organización, ¿eh? -dijo Farker, agitando la cabeza-. Si aún fuera joven...

-Tú no -repuso Annie-, no eres lo bastante psíquico. Pero Cobb -hizo una pausa para sonreír a su pareja-, Cobb podría dirigir un culto algún día.

-Bueno -dijo Cobb pensativamente-, he estado sintiendo algo desde... -Sorprendido por lo que iba a decir continuó adelante-. O sea, tengo la sensación de que la mente es realmente independiente del cuerpo. Incluso desprovista de cuerpo, la mente podría todavía existir como una especie de- posibilidad matemática. Y la telepatía no es más...

-Exactamente lo que dice Chuck -interrumpió Cynthia-. ¡Te estás haciendo viejo, Cobb!

Todos rieron y empezaron a hablar de otras cosas: comida, salud y chismes. Pero, en el fondo de su mente, Cobb le seguía dando vueltas a los temas de los cultos y de la religión.

La experiencia de cambiar de cuerpo contenía resonancias milagrosas. Había probado que el alma es real... ¿o no? Y luego, ¿cómo explicar sus extraños y nuevos destellos de empatía? ¿Significaba el hecho de haber intercambiado cuerpos que ya no estaba tan sujeto a la materia como antes? ¿O era el resultado de agudizar mecánicamente los sentidos? ¿Era guru... o golem?

-Estás muy bueno -dijo Annie, y le arrastró de nuevo hacia la pista de baile.

22

Los Pequeños Bromistas pusieron al robot que había sustituido a Sta-Hi en la parte trasera del camión. Berdoo se hizo sitio en la cabina entre Arcoiris y Mitá-Mitá. No valía la pena intentar calentarla.

-A veces me pregunto qué ze llevarrá entre manoz el Zeñor Helado -babeó Mitá-Mitá, apoyándose en el asfalto para subir.

-Pues ya somos dos, cerdo. Pero paga al contado.

-¿Cuánto tienes ahora? -Arcoiris posó la mano sobre el muslo de Berdoo-. ¿Tienes bastante para llevarme una semana a Disneylandia? Primero quiero comprarme vestidos nuevos y a lo mejor cambiarme de peinado.

-Está muy bien así, Arcoiris. Siempre quise conseguir una putita de cabellos verdes.

Berdoo y Mitá-Mitá estallaron a carcajadas, y Arcoiris compuso una expresión mohína. El camión tomó el puente de Merrit Island, y luego Mitá-Mitá giró a la derecha para entrar en la Carretera Uno. Insectos nocturnos se estrellaban contra el parabrisas. El motor de hidrógeno gemía cansadamente.

-¿Nos va a conseguir Kristleen otro panoli? -preguntó Berdoo al cabo de un rato.

-Máz le vale -respondió Mitá-Mitá con la vista fija en la carretera-. Phil el Nauzeabundo no para de rrepetírzelo.

-No tengo ni idea de por qué el viejo Phil está tan ansioso de comer cerebros continuamente. Eso envejece, ¿sabes?

-¿Le consiguió a Kristleen otra casa? -quiso saber Arcoiris.

-Y tanto que lo hizo, cariño. Kristleen es única para atraer a los incautos.

-Bien, espero que sea cierto -dijo Arcoiris con cierta severidad-. No paras de prometerme un atracón de cerebros y lo único que he conseguido hasta el momento es que casi me arrestaran.

-En cuanto Phil entre en faena nos atiborraremos de cerebroz -le aseguró Mitá-Mitá.

-Un tipo curioso, el tal Phil -observó Berdoo un poco más tarde-. Nunca le he visto fumar, echar un trago o comer como los demás. Y cuando no está dando órdenes se sienta y mira.

Habían llegado a Daytona, un conglomerado de hormigón y luces de neón. Mitá-Mitá controló por el retrovisor que no hubiera policías a la vista y luego giró bruscamente en dirección al garaje subterráneo del Hotel Lido. Hizo marcha atrás, aparcó, y conectó un cable en el enchufe de la pared para que la unidad de refrigeración siguiera funcionando. Una pequeña cámara surgió de un hueco situado en la parte superior del camión. Cualquiera que se acercara al camión recibiría su merecido. El Señor Helado sabía cuidarse muy bien, especialmente con un remoto extra de guardaespaldas.

Subieron en ascensor a su habitación. Phil el Nauseabundo estaba sentado de cara a la ventana, sin camisa. Miraba el mar iluminado por la luna. En esta posición les ofrecía el espectáculo de su ondulante tatuaje. No se molestó en darse la vuelta.

-«Aviso a Satán» -leyó Arcoiris con voz chillona-. «Envía este hombre al Cielo, pues ha cumplido ya su condena en el Infierno.»

Lo había recitado con el tono desmayado de una colegiala. No le gustaba Phil.

Phil no cambió de postura. Había existido un Phil el Nauseabundo humano, un soldador del turno de noche que se esforzó por detener a BEX demasiado tarde. BEX dejó la cinta cerebral a cargo de su reparador humanoide... pero no funcionó. La personalidad se degradó hasta convertirse en la de un asesino sin escrúpulos, aunque todavía era un excelente mecánico.

Cuando tomaron la decisión de enviar a la Tierra al Señor Helado para iniciar la caza de almas, Phil le acompañó. El Señor Helado utilizaba la cinta cerebral de Phil cuando necesitaba reparaciones, pero no le gustaba que la personalidad controlara al robot aunque tuviera que hacerlo. Por lo tanto, como norma fija, el robot remoto llamado Phil el Nauseabundo poseía toda la calidez y la sensibilidad humanas de unos alicates.

-No molestes a Phil -advirtió Berdoo a Arcoiris-. Está esperando una llamada telefónica, ¿verdad, Phil?

Phil asintió secamente. La nave para BEX iba a despegar mañana, Y el Señor Helado había prometido enviar una nueva partida de órganos. Una cinta podía ser transmitida por radio, en ocasiones... pero él había prometido una persona entera, cuerpo y alma, hardware y software. Si Kristleen no encontraba alguien... Sin dejar de mirar por la ventana escuchaba las tres voces humanas a su espalda y hacía planes.

Entonces sonó el teléfono. Phil pegó un brinco y descolgó el auricular.

-Phil el Nauseabundo.

Al otro lado de la línea habló una voz aflautada y llorosa. Berdoo miró nerviosamente a Mitá-Mitá. Incluso a través de los cristales ahumados era fácil comprender que Phil estaba loco. Aunque su voz sonara tranquila.

-Entiendo, Kristleen. Sí, entiendo. De acuerdo. Estupendo.

El comunicante no cesaba de hablar. Una sonrisa distendió poco a poco los músculos faciales de Phil. Miró de soslayo a Berdoo y le guiñó un ojo.

-De acuerdo, Kristleen. Si está durmiendo, pásate por aquí a cobrar. Hay cinco de los grandes esperándote. Es mejor que vengas ahora, porque mañana cambiaremos de cuartel general. Exacto. Estupendo. De acuerdo, cariño. Y no te preocupes, te comprendo. -Phil colgó el teléfono con suavidad, casi tiernamente-. Kristleen está enamorada. Se ligó a un quinceañero y ahora se ha sentado a verle dormir. Dice que duerme como un bebé, como un niño inocente.

Phil empezó a dar vueltas por la habitación, cambiando los muebles de sitio.

-¿O sea que Kriztleen no va a traernos nada y tú le pagarás igualmente? -preguntó Mitá-Mitá con incredulidad.

-Eso es lo que le he dicho -repuso Phil en tono neutro-, pero estoy en un aprieto. Necesito un cuerpo para mañana por la mañana. La cinta podría ser enviada en cualquier otro momento, pero he contratado y pagado un permiso de carga.

Sacó una pistola de balas adormecedoras y la examinó con gran cuidado.

-¿No irás a matar a Kristleen? -gritó Arcoiris.

-No se trata de matar. -Phil sostenía la pistola medio alzada-. ¿Es eso lo que te imaginas? ¿Berdoo?

Berdoo se sintió como un colegial al que le formulan preguntas que ni tan sólo comprende.

-Yo no, Phil. Tú eres el jefe. Tienes el camión, el apartamento y todo. Te ayudaré a liquidar a Kristleen.

Si dejaba de ser un Pequeño Bromista, volvería a la mierda de la que salió.

-Nos comeremos su cerebro -Phil hizo girar la pistola y les miró fijamente-, pero sus pensamientos seguirán vivos. -Se asestó un fuerte golpe en el pecho-. ¡Mirad!

Se abrió una puertecilla que descubrió un compartimento metálico hundido en su pecho. Contenía cuchillos y diminutas máquinas, como un estrecho laboratorio.

Arcoiris lanzó un chillido y Berdoo se apresuró a taparle la boca. Mitá-Mitá emitió un sonido que quería ser una risa.

-Soy parte del Señor Helado -explicó Phil mientras cerraba la puerta-. Soy como su mano, ¿captáis? O su boca. -Esbozó una amplia sonrisa que reveló sus fuertes y aguzados dientes-. Nosotros, los autónomos, utilizamos órganos humanos para cultivar nuestras granjas de tejidos. Utilizamos cintas cerebrales para convertir en simulacros a algunos de nuestros robots remotos. Yo, por ejemplo. Y, en cualquier caso, nos gustan los cerebros, incluso los que no nos son de utilidad. La mente humana es algo admirable.

-¡Déjanos marchar! -gritó Arcoiris-. ¡Prefiero que me den por el culo antes de ayudarte!

-¡Cállate, imbécil! -gruñó Berdoo-. Deberías recordar que ya te di por el culo ayer.

-No me voy a quedar quieta sin...

El timbre de la puerta cortó en seco su grito. Phil le apuntó con la pistola.

-¿Le abres la puerta a Kristleen, Arcoiris? ¿O prefieres ocupar su sitio?

Arcoiris obedeció. Phil disparó rápidamente sobre ambas mujeres. La droga produjo un efecto inmediato y las dos se desplomaron. Mitá-Mitá las arrastró hacia dentro y cerró la puerta.

Berdoo contemplaba la escena sin hacer el menor movimiento, triste y confuso. Arcoiris era la única novia que había tenido en su vida. Claro que Phil nunca se equivocaba. De hecho, Phil era el Señor Helado. Y el Señor Helado era el ser más inteligente del mundo.

-Nos va a causar problemas si la dejamos marchar, Berdoo.

Phil vigilaba sus reacciones desde el otro extremo de la habitación, con el arma en alto: Se hizo un silencio.

-¡Pero yo no puedo permitirlo! -estalló por fin Berdoo-. ¡No puedo permitir que cortes a esa chica maravillosa en...!

De pronto apareció una 38 especial en la mano de Berdoo. Más veloz que el pensamiento, su instinto de luchador callejero le impulsó a saltar hacia la ventana y a protegerse con la cortina. La bala adormecedora de Phil se estrelló en la tela y cayó al suelo.

-Sé razonable, Berdoo. -Phil bajó la pistola-. Despedazaremos a Kristleen, pero enviaremos a Arcoiris completa. Puede trabajar para BEX como azafata y reemplazar a esa tal Misty del año pasado. Ahora déjame que la ponga a cien y le hable, y luego volará a Disky y conseguirá un cuerpo perdurable. Te prometo que conservará su personalidad. La podrás ver una vez a...

Berdoo salió de detrás de la cortina, con la cara compungida, y atravesó la cabeza de Phil de un disparo.

-Oh, Berrdoo -gimió Mitá-Mitá una vez se hubo extinguido el estruendo del disparo-, tendremos que darnos mucha prisa. ¡El Zeñor Helado tiene al otro rremoto en el camión!

-Saldremos por la puerta de entrada y robaremos un coche -dijo lacónicamente Berdoo-. Yo cargaré a Arcoiris y tú te encargas de Kristleen.

Nada más abandonar la habitación se escuchó una explosión. ¿El cuerpo de Phil? No se pararon para averiguarlo. Bajaron por la escalera de incendios y salieron por el vestíbulo, tambaleándose bajo el peso de las mujeres.

Un joven de aspecto atlético estaba aparcando un descapotable rojo frente al hotel. Berdoo aún esgrimía la pistola. Mitá-Mitá palmeó la espalda del hombre y le dijo algo. Éste les miró de arriba a abajo, entregó las llaves y se marchó sin pronunciar palabra. Era el efecto habitual que causaban Berdoo y Mitá-Mitá en la gente. Acomodaron a las chicas en la parte de atrás y se dirigieron hacia la autopista de Orlando.

23

El Golden Prom exultaba de animación. Hacía años que Cobb no se divertía tanto. Lo bueno del subprograma Ebriedad es que podías graduar el nivel de intoxicación a voluntad, en lugar de quedar atrapado en una escalera automática hacia abajo, que conducía directamente a la filosofía barata y al aparcamiento subterráneo. Descubrió que si intentaba sobrepasar un máximo de diez copas, el punto de la pérdida de lucidez, se producía un automático retroceso hasta el inicio del ciclo.

Mientras bailaba con Annie se administró unas discretas inhalaciones por la fosa derecha y pasó el brazo alrededor de su talle. Ella se mostraba juvenil y risueña.

-¿Has terminado tu investigación, Cobb?

-¿Cómo? -La luna colgaba sobre el mar. Su luz dibujaba un estrecho sendero dorado, que parecía extenderse hasta el confín del mundo-. ¿Qué investigación?

-Ya sabes.

Annie introdujo una mano por la parte trasera de los pantalones y le acarició el culo.

-Claro -dijo Cobb-. Be-boppa-lu-la.

-Acceso al archivo -anunció una voz dentro de su cabeza.

-Me apetece sexo.

-Estupendo -dijo Annie-. A mí también.

-Subrutina Sexo activada -anunció la voz.

-Fuera -dijo Cobb.

-¿Fuera? -preguntó Annie-. Creí que querías.

-Sí, sí, lo deseo.

Una erección tensó los pantalones de Cobb. Pararon una o dos veces para besarse y acariciarse. Cada centímetro cuadrado del cuerpo de Cobb bullía de deseo. Por primera vez en muchos años la consciencia se había adherido a su piel. A sus pieles, en realidad, porque cuando se besaban sentía que fluía en la personalidad de Annie. Una carne.

Las luces de su casa estaban abiertas sin razón aparente. Al principio creyó que se trataba de una falsa impresión... pero nada más llegar a la puerta oyó la voz de Sta-Hi.

-¡Oh! -exclamó Annie, feliz-. ¡Qué bien! ¡Tu amigo se ha recuperado!

Cobb la siguió hasta entrar en la casa. Mooney y Sta-Hi estaban discutiendo, sentados. Se callaron cuando les vieron.

-¿Qué quieres, cerdo?

La visión de Mooney irritó a Annie.

Mooney siguió en silencio y se acurrucó en la silla de Cobb, recorriendo con los ojos la alta figura del viejo.

-¿De verdad eres tú, Sta-Hi? -preguntó Cobb-. ¿Te atraparon o...?

-Soy el auténtico. Todo carne. Llegué en el vuelo de hoy. ¿Cómo fue tu viaje?

-Te hubiera gustado. No podría decir ni que sí ni que no.

Cobb reprimió sus ansias de explicar más cosas. No sabía hasta qué punto convenía que Mooney se enterase. ¿Habrían encontrado el robot desconectado en el dormitorio? Entonces advirtió la pistola, que descansaba sobre el regazo de Mooney.

-Tal vez deberías enviar a la señora a su casa -sugirió Mooney con suavidad-. Me parece que tenemos que hablar largo y tendido.

-Sexo Fuera -musitó Cobb amargamente-. Ebriedad Fuera. Es mejor que te vayas, Annie. El señor Mooney tiene razón.

-Pero ¿por qué? Ahora vivo aquí también. ¿Quién se cree que es este rastrero Gimmi para hacerme marchar? Y después de una velada tan maravillosa, justo cuando...

Cobb la rodeó con un brazo y la acompañó a la puerta. La luz que se filtraba por las ventanas de su casa iluminaba a trechos el sendero sembrado de conchas aplastadas. La silueta agazapada de Mooney se recortaba en una de las ventanas.

-No te preocupes, Annie. Te lo explicaré mañana. De pronto es como..., como si la vida empezara otra vez.

-Pero ¿qué quieren? ¿Has hecho algo malo? ¿Tienen razones para arrestarte?

Cobb reflexionó un minuto. En caso de ser considerado un espía de los autónomos, parecía lógico que le quitaran de en medio. Puesto que era una máquina, no le llevarían a juicio. Pero no había motivos para llegar tan lejos. Rodeó con sus brazos a Annie y la besó por última vez.

-Hablaré con ellos. Negociaré una salida. Deja sitio en tu cama para mí. Es posible que haya acabado en media hora.

-De acuerdo -susurró Annie en su oído-. Tengo una pistola, por si la necesitas. Vigilaré por la ventana...

-No lo hagas, cariño. -Cobb la apretó más contra sí-. Puedo manejarlos. Si las cosas se ponen feas... me las piraré. Pero...

-Vamos, Anderson -llamó Mooney desde la ventana-. Estamos esperando para hablar contigo.

Cobb y Annie intercambiaron un último apretón de manos, y Cobb volvió a casa. Se sentó en la butaca que había estado utilizando Mooney. Éste se apoyó en la pared sin dejar de observarle, pistola en mano. Sta-Hi se acomodó en una silla plegable que había sacado de algún rincón y encendió un porro.

-Empieza a hablar, Anderson -dijo Mooney.

Apuntaba la pistola a la cabeza de Cobb. Un disparo en el cuerpo quizá no detuviera a un robot, pero...

-Tranquilo, papi -terció Sta-Hi-. Cobb no le va a hacer daño a nadie.

-Yo juzgaré eso, Stanny. Por lo que sabemos, ese otro robot anda escondido ahí afuera, listo para echarle una mano.

-¿Qué robot? -inquirió Cobb.

¿Qué sabían, en realidad? Él y Sta-Hi se habían separado antes de la operación y...

-Oye -dijo Sta-Hi, algo fatigado-, bajemos el volumen de sonido. Sé que ahora eres una máquina, Cobb. Los autónomos te han metido en un doble artificial. ¡Cojonudo! Me enrolla cantidad. El único problema es que mi padre, aquí presente...

El viejo truco policía duro/policía blando. Cobb abandonó su primera estrategia de defensa y pidió información.

-¿Dónde está el robot de Sta-Hi dos?

-Los Pequeños Bromistas pasaron por aquí -replicó Sta-Hi-. Se llevaron al robot y huyeron. Parece que conducían un camión de helados.

-El Señor Helado -murmuró Cobb.

No cesaba de pensar. Lo que los autónomos le habían hecho, en conjunto, no estaba mal. Una segunda oportunidad. Si lograba hacérselo comprender a Mooney y Sta-Hi...

-¿Cuál es tu base de operaciones? -preguntó Mooney-. ¿Cuántos más hay como tú? Hizo un gesto amenazador con la pistola.

-Es inútil que me lo preguntes. -Cobb se encogió de hombros-. Los autónomos no me lo dijeron. No soy más que un desgraciado con un cuerpo artificial. -Intentaba despertar la simpatía de Sta-Hi. Al igual que antes con Annie, albergaba una sensación telepática, la sensación de que podía ver a través de los ojos de los dos hombres. Sta-Hi estaba colocado, receptivo y propenso al cambio. Mooney, en cambio, se hallaba tenso y asustado-. Yo diría que poseo absoluto control sobre mí. No creo que los autónomos planeen utilizarme como un robot remoto o algo por el estilo.

-¿Qué les interesa, entonces? -inquirió Mooney.

-Dijeron que querían hacerme un favor.

Sopesó la posibilidad de abrir la puerta de su unidad alimentaria para mostrar a Mooney la carta, pero la desechó. Sin embargo, al pensar en la puerta se le ocurrió otra alternativa.

-Be-boppa-lu-la.

-Acceso al archivo.

-¿Hay alguna subrutina llamada Señor Helado?

-Activada.

Algo despertó en la mente de Cobb y un conjunto absolutamente diferente de estímulos visuales recubrió las paredes amarillentas de la sala de estar.

Aún se hallaba en su casa, pero también en un aparcamiento de hormigón. Acababa de suceder algo terrible. Berdoo había matado a Phil, su mejor remoto. Era como perder un ojo. Y ya no había forma de ver lo que Berdoo y Mitá-Mita estaban haciendo. ¿Y si enviaba al remoto que quedaba tras ellos?

-Hola -pensó Cobb, absteniéndose de decirlo en voz alta.

-¿Cobb? -La respuesta del Señor Helado fue instantánea y nada sorprendente-. Tenía tantas ganas de hablar contigo, pero quería que efectuaras el primer movimiento. No deseamos que te sientas...

-¿Como un remoto?

-Exacto. Estás diseñado para obrar con total autonomía, Cobb. Si nos ayudas, mucho mejor. Aunque de ninguna manera te habríamos extirpado tu libre albedrío..., incluso si supiéramos hacerlo. Eres de tu entera propiedad.

-¿Qué queréis de mí?

Cobb formuló su nueva pregunta silenciosa y estiró las piernas. Mooney parecía impaciente. Sta-Hi observaba los insectos que revoloteaban en el techo.

-Que convenzas a los otros -fue la respuesta del Señor Helado. Al fondo, Cobb divisó el interior de la cabina de un camión. Unas manos, sobre el volante. Las paredes de hormigón de un aparcamiento, luego las luces deslumbrantes de Daytona Beach zambulléndose en la distancia-. Convince a todos de que acepten cuerpos de robots como tú. Entonces nos podremos fusionar, nos podremos fusionar todos para formar un nuevo y poderoso ser. Instalaremos un gran número de centros de reprocesamiento...

Mooney estaba zarandeando a Cobb. Le resultaba difícil verlo con todas aquellas luces que le cegaban. Con un esfuerzo de voluntad, Cobb volvió la atención a lo que sucedía en la casa.

-¿Qué pasa, Mooney?

-Pedías auxilio, ¿verdad?

-¿Te gustaría un bonito cuerpo sin límite de caducidad como el mío? -Contraatacó Cobb-. Yo podría solucionarlo.

-De modo que es eso -reflexionó en voz alta Sta-Hi-. Los grandes autónomos quieren meternos a todos en el saco.

-No es tan irracional -protestó Cobb-. Es el siguiente paso lógico de la evolución. ¡Imagínate personas con sistemas que se comunican directamente de cerebro a cerebro, personas que viven siglos y que cambian de cuerpo como de camisa!

-Imagínate personas que no son personas -replicó Sta-Hi-. Cobb, los grandes autónomos TEX y MEX han intentado realizar la misma estafa en la Luna, y la mayoría de los pequeños autónomos la han desechado... La mayoría prefieren luchar a ser devorados por los grandes organismos. ¿Tienes alguna idea de por qué sucede así?

-Resulta obvio que para algunas personas... o autónomos... la pérdida de su preciosa individualidad les va a transformar en paranoicos. ¡Pero es una cuestión de simple condicionamiento cultural! Oye, Sta-Hi, vengo esperando esto desde siempre..., desde siempre. Una vez me grabaron, allá en la Luna, no fui más que una pauta en un banco de memoria durante unos días. Y ni siquiera eso...

-Vámonos -ordenó Mooney, al tiempo que levantaba a Cobb de su silla-. Vas a ser desprogramado y desmontado, Anderson. No podemos permitir esta clase de...

-Me he tomado la libertad de activar tu subrutina de Autodestrucción -anunció calmadamente la voz del Señor Helado-. Basta decir en voz alta la palabra Destruir y explotarás. Tu cuerpo explotará. Estás realmente dentro de mí. Te daré un nuevo cuerpo, el que está en el camión...

-Fuera el Señor Helado -dijo Cobb.

Si alguien debía tomar tal decisión, ése era él.

Mooney apoyó la pistola en la base del cráneo de Cobb. Su terror aumentaba por momentos.

Espera un poco, Mooney, pensó Cobb. Todavía abrigaba algunas dudas. Se dijo que no quería lastimar a Sta-Hi..., pero en realidad estaba asustado, asustado de morir otra vez. ¿Sería capaz de cruzar nuevamente el ensordecedor vacío que separaba los cuerpos? Pero ya lo había hecho antes, ¿no?

-Ve afuera, Sta-Hi -dijo Mooney, y sentenció su destino-. Ve a comprobar que esa vieja puta no nos prepare una emboscada, ella o el otro robot.

Sta-Hi abrió la puerta de atrás y se fundió con la noche.

-Por fin te he cazado. -Mooney le propinó un leve golpe con la pistola-. Ahora voy a saber de qué estás hecho.

-Destruir -dijo Cobb, y perdió su segundo cuerpo.

24

-Hoy quiero hablarles sobre las diarreas. Un trastorno gástrico puede arruinar esas vacaciones tan largamente anheladas.

El primer acto consciente de Cobb fue el de cerrar la radio. Acababa de llenar el depósito en una estación de servicio situada en las arenosas inmediaciones de Daytona Beach; pero, por otra parte, también acababa de morir en la explosión que redujo a escombros la casa de Cocoa Beach.

-Hola, Cobb. ¿Te has dado cuenta? Puedes contar conmigo.

La voz del Señor Helado se infiltró en su cabeza una vez más. Cobb echó una ojeada a sus robustos brazos, que manejaban el enorme volante del camión de helados con la destreza que proporciona la experiencia.

-¿Sta-Hi dos? ¿Me has metido en Sta-Hi dos?

-Era Sta-Hi dos, pero le he dado al cuerpo una nueva apariencia. Copié al fulano de la gasolinera en la que has parado.

Cobb rememoró la explosión. Destruye, desconcierto, y ahora esto. Años de grasa se acumulaban en sus dedos. Bajó la ventanilla para mirarse en el retrovisor.

Tenía la cabeza grande y huesuda, los ojos claros, cabello negro y escaso, peinado hacia atrás. Su nariz era mucho más prominente que la barbilla. Cara de rata. Las luces que venían en dirección contraria le obligaron a fijar la atención en la carretera.

-Convendría disfrazar el camión -apuntó Cobb-. Maté a Mooney, pero habrá dejado grabaciones. Y Sta-Hi huyó. El chico estará buscando un camión del Señor Helado.

-Nos ocuparemos de ello más tarde. Ahora tengo una cuenta pendiente. Aquellos gorilas... Los Pequeños Bromistas...; uno de la banda eliminó a mi mejor remoto. Se llama Berdoo.

Cobb había tomado inconscientemente la autopista del oeste, hacia Orlando. ¿Controlaba todavía sus actos?

-¿Adónde vamos?

-A Disneylandia. No creo que Berdoo lo recuerde, pero una vez me dijo... le dijo a Phil... que un amigo suyo dirige un motel allí. Opino que se esconderá en él. Quiero que le mates, Cobb, y que me des su cerebro. Tiraremos los órganos... esto se ha terminado, por el momento..., pero necesito conservar ese cerebro en una cinta. Si hubieras visto con qué facilidad mató a mi Phil.

Costaba descifrar alguna emoción en la voz imperturbable del Señor Helado. ¿Era la venganza el motivo? ¿O era puro deseo de coleccionista?

En cualquier caso, tender una emboscada a Los Pequeños Bromistas en su propia madriguera sonaba terrorífico. Y coleccionar cerebros no entraba dentro de los planes de Cobb. Se preguntó si valdría la pena dar media vuelta, o salir de la autopista y abandonar el camión. El retrovisor mostraba el horizonte teñido de rosa por la aurora. La carretera estaba vacía de coches.

-Aún conservas la voluntad -siguió el Señor Helado-, pero no te olvides de que estamos juntos en esto. Si yo muriera, igual te sucedería a ti. No eres más que una pauta en mis circuitos.

-¿Puedes dominarme?

A modo de prueba, Cobb aflojó la presión sobre el acelerador. Nadie le obligó a apretarlo.

-No puedo controlar tu mente -dijo el Señor Helado-. Pero no frenes. ¿Qué ocurriría si apareciera un poli?

-¿Por qué le permites a uno de tus subsistemas tener libre albedrío?

Cobb aceleró de nuevo.

-La mente humana es toda una pieza, Cobb. Si nos dedicamos a seleccionar minuciosamente, todo lo que resta es un cúmulo de aburridos reflejos. Cuando un gran autónomo absorbe una personalidad humana, debe aprender a convivir con el libre albedrío del subsistema. Podría desconectarte por completo en una emergencia, pero...

-¿Por qué os empeñáis en grabar a los humanos?

-No estamos en condiciones de confeccionar y controlar programas que actúen como un software humano. Los humanos no pueden confeccionar programas para los autónomos..., han de permitir que evolucionen. Y un autónomo no puede confeccionar un programa humano. Es recíproco. Os necesitamos. Caminamos hacia una fusión humanos-autónomos, una única y poderosa mente que englobe a todas las personas de todo el mundo. Los organismos simples se fusionan para producir organismos superiores. No hay otra forma, Cobb, y es inevitable. Los organismos deben fusionarse una y otra vez. Así nos aproximamos aún más al Principal.

-¿El Principal? -rió Cobb-. ¿Te refieres al Principal que hay en la Luna? ¿Sabías que no es más que una fuente fortuita de ruidos? ¿No te lo habías imaginado?

-El azar es un concepto esquivo, Cobb.

-Escucha, a fin de provocar una rápida evolución de los autónomos tuve que acelerar la velocidad de mutación, de modo que en el programa secundario incluí la orden de que se conectaran una vez al mes con el Principal.

»Pero el Principal no es otra cosa que un medidor de rayos cósmicos, que recorre vuestros programas cambiando síes y noes, sobre la misma base sonora de un contador Geiger, que mide la intensidad de radiación hasta el último día. El Principal es un simple embrollador de circuitos glorificado.

-Elegiste no darle importancia al Principal, Cobb -el Señor Helado rompió su silencio-, pero el pulso del Principal es el pulso del cosmos. Llamas rayos cósmicos a su ruidoso input. ¿No es lógico que el cosmos tutelara tiernamente el crecimiento de los autónomos mediante sus impulsos radiactivos? No hay ruido en el Todo..., sólo información. Nada es, en verdad, fortuito. Es triste que te decantaras por no comprender lo que tú mismo creaste.

A la derecha de la autopista se extendía un terreno pantanoso de agua salada y vegetación enfermiza. Cobb vio un cocodrilo que se había asomado fuera del agua para contemplar el tráfico del amanecer. Eran las siete menos cuarto. Cobb experimentó un fugaz deseo de desayunar, una especie de reflejo estomacal (en su estómago ausente). Lo olvidó en seguida y Cobb siguió conduciendo por la carretera vacía, perdido en sus pensamientos.

¿Qué era ahora? En un sentido, era lo que siempre había sido: una cierta pauta, un tipo de software. La sensación de tener cinco dedos en la mano derecha es igual a la sensación de tener cinco dedos en la izquierda. El Cobb-ser que había sido un hombre era el mismo Cobb-ser codificado en los fríos chips del Señor Helado.

El cerebro de Cobb Anderson había sido cortado en pedazos, pero el software que conformaba su mente había sido preservado. La idea del yo es, después de todo, otra idea, un símbolo en el software. Cobb se sentía el mismo de siempre y, de la misma forma, deseaba que su yo continuara existiendo en el hardware.

Tal vez los autónomos habían guardado su cinta en la luna, o quizá le habían proporcionado un hardware a su software. Pero, ahora y aquí, la existencia de Cobb dependía de que el Señor Helado se mantuviera frío y lleno de energía. Estaban juntos en esto. Él y una máquina que quería conocer a Dios.

-Voy a decirte una cosa -dijo Cobb-. Creo que sería una estupidez atacar a Los Pequeños Bromistas antes de repintar el camión. Aun en el caso de que los polis no nos persigan, es absurdo permitir que Berdoo nos vea venir desde una manzana de distancia. Si viajamos con un cucurucho gigante en el techo...

-Estás conduciendo -dijo suavemente el Señor Helado-. Le daré una oportunidad a tu superior conocimiento de la criminalidad humana.

Cobb torció por la primera salida y enfiló por una carretera de segundo orden en dirección al norte. La campiña, salpicada de riachuelos, se extendía ante su vista. Palmas y magnolias dejaban paso a pinos negros y achaparrados robles. Zarzas y madreselvas crecían entre los espacios que separaban a los combativos arbolillos. Y en algunos lugares, la incontrolable vid de kudzu había echado raíces y expulsado a toda otra vegetación.

Eran sólo las ocho y media, pero ya el asfalto de la carretera relucía de calor. Los frecuentes baches rebosaban de agua transparente. Cobb bajó la ventanilla para que el aire le azotara el rostro. El gran motor de hidrógeno del camión ronroneaba sordamente y la viscosa carretera cantaba entre los neumáticos.

Las tierras cultivadas sustituyeron al monte bajo: extensos pastos en los que pacía el ganado. Las vacas, hundidas hasta la rodilla en la maleza, comían flores, mientras blancas garcetas revoloteaban a su alrededor, engullendo los insectos que las vacas espantaban. Las garcetas parecían viejecitos sin-brazos.

Unos cuantos kilómetros de pastos y graneros les condujeron a una calle llamada Purcell, con grandes casas desvencijadas y un par de gasolineras.

Cobb entró en la que estaba protegida por la sombra de los árboles y donde un cartel pintado a mano ponía Carrocería.

Un perro con tres patas dormitaba sobre el asfalto, cerca de las bombas. Al llegar el camión se levantó y se alejó cojeando entre ladridos. La cuarta pata era apenas un muñón vendado.

Cobb saltó del camión. Un joven de cabello arenoso cubierto con un manchado mono blanco surgió del garaje. Tenía orejas enormes y labios delgados.

-¡Un camión del Señor Helado! -observó el empleado. Introdujo el inyector de hidrógeno en el depósito. El depósito podía absorber varios cientos de litros de gas-. ¿Me da uno?

-Está vacío. En realidad, ya no es un camión del Señor Helado. Ahora es mío.

El empleado dirigió este hecho en silencio y escudriñó a Cobb desde los pies hasta la huesuda cara de rata.

-¿Lo compró?

-Desde luego. En Cocoa. Un tipo canceló su licencia. Pienso arreglar este trasto y utilizarlo para mi negocio de carnes.

El empleado llenó el depósito. Estaba bronceado y un círculo de arrugas rodeaba sus ojos. Le dedicó a Cobb una torba mirada.

-No tiene pinta de carnicero. Más bien parece ún engrasador que ha robado un camión. -Enfatizó la frase con una repentina y dentada sonrisa-. Pero podría equivocarme. ¿Necesita algo más, aparte del hidrógeno?

El chico sospechaba algo, pero parecía desear que lo sobornaran. Cobb decidió arriesgarse.

-La verdad es que... me gustaría pintar el camión. Es una lata verse obligado a explicar a todo el mundo que es realmente mío.

-Es lo que yo pensaba. -Ahora la sonrisa se amplió-. Si lo pone ahí detrás, resolveré su problema. Lo pintaré y me olvidaré. Le costará mil dólares.

Demasiado por dos horas de trabajo. El chico pensaba que el camión era robado.

-De acuerdo -dijo Cobb, mirando a los ojos inquisitivos de su interlocutor-. Pero no trate de engañarme.

-¿De qué color lo quiere?

El empleado exhibió de nuevo su dentadura mellada.

-Píntelo de negro -Cobb paladeó la vieja frase-, pero antes hemos de desembarazarnos de ese maldito cucurucho.

Volvió al camión, lo condujo fuera del asfalto y, después de atravesar un corto tramo de hierba aplastada, lo aparcó en el ruinoso solar que había detrás de la estación de servicio.

-Tal vez no sea honrado.

La voz preocupada del Señor Helado resonó en el interior de la cabeza de Cobb.

-Por supuesto que no lo es. Debemos evitar que llame a la bofia, o que nos chantajee para que le demos más dinero.

-Me parece que deberías matarle y comer su cerebro -replicó al instante el Señor Helado.

-Ésa no es la solución a todos los problemas que plantean las relaciones interpersonales -se escabulló Cobb.

Había aprendido a hablar con el Señor Helado sin necesidad de abrir la boca.

El empleado trajo un destornillador y un par de llaves inglesas. Los dos hombres tardaron unos quince minutos en sacar el cucurucho. El rostro de sonrisa imbécil coronado por un remolino de helado ficticio quedó abandonado sobre unos rastros próximos a una moto oxidada. Cobb y el empleado se compenetraron bien, y una cierta simpatía se estableció entre ellos.

El hombre se presentó como Jody Doakes. Cobb, con la intención de borrar su pista, dijo que se llamaba Berdoo. Luego fueron a por la pintura y un pulverizador. Cobb resolvió el problema del pago cortando por la mitad un billete de mil dólares y dándole a Jody una parte.

-Te daré la otra mitad cuando me vaya. No antes.

-Ya entiendo -dijo Jody con una risita de asentimiento.

Primero lavaron todo el camión. Después cubrieron con papel de periódico los neumáticos, faros y ventanillas. El resto se pintó de negro. El aire caliente secó rápidamente la pintura. Consiguieron empezar a darle la segunda capa nada más terminar la primera. Trabajaron toda la mañana. De vez en cuando, el perro tullido ladraba y Jody iba a despachar a algún cliente. La unidad refrigeradora del Señor Helado funcionaba sin cesar, extrayendo su energía de los depósitos de hidruro. En cierto momento Jody preguntó por qué estaba en marcha el refrigerador si ya no había helado. Cobb le aconsejó que se guardara ese tipo de preguntas si deseaba obtener la otra mitad del billete.

Poco después de que la sirena de los bomberos de Purcell anunciara el mediodía, concluyeron la segunda capa.

-¿Quiere algo de manduca? -preguntó Jody-. Puedo hacerle unos bocadillos ahí dentro. Señaló el garaje con el pulgar.

-Claro -aceptó Cobb, a pesar de que después debería vaciar y lavar su unidad alimentaria. Comer era divertido-. También me tomaría un par de cervezas..

-¡Al ataque! -exclamó Jody, queriendo decir algo parecido a ya lo creo-. ¡Al ataque con las cervezas, Berdoo!

Compartieron amigablemente el almuerzo. Cobb sentía crecer cada vez más su capacidad de leer los pensamientos de los demás. La idea de crear un culto seguía dándole vueltas en la cabeza.

Paladeó la comida y la bebida. A pesar de las protestas del Señor Helado, Cobb activó la subrutina Ebriedad y se permitió una inhalación por cada cerveza. Terminaron un paquete de seis. Jody ofreció a Cobb, por la módica cantidad de doscientos pavos, un permiso de conducir y documentos de identidad nuevos, que había encontrado por casualidad.

Cobb disfrutaba con la compañía del empleado. Nunca había sido capaz, en su cuerpo anterior, de hablar con los mecánicos de los garajes. Pero ahora, con las facciones fortuitas de un engrasador y el cuerpo modelado a semejanza del de Sta-Hi, se desenvolvía en una estación de servicio con la misma naturalidad que en un laboratorio de investigación. Se preguntó distraídamente si el Señor Helado podría cambiar su actual revestimiento externo por el de una mujer. Sería interesante. ¡Había tanto que esperar del futuro!

Después de comer intercambiaron los permisos de conducir. Cobb le entregó la otra mitad del billete de mil y los doscientos dólares extra. Para tranquilizar a Jody sugirió que la semana siguiente tal vez volvería por negocios similares, si todo iba bien.

-¡Al ataque! -dijo Jody-. Y buena suerte.

Cobb dejó atrás Purcell, las vacas y las garcetas.

-Me hubiera gustado que grabaras su cerebro -se quejó el Señor Helado-. Siempre se puede utilizar un buen mecánico.

Cobb estaba esperando esta observación. Y también la siguiente.

-¿Por qué nos dirigimos hacia el este? Por ahí no se va a Disneylandia. ¡Aún tenemos que atrapar a Berdoo!

-Señor Helado, me gusta mi nuevo cuerpo. Y apoyo tu plan básico. Es el próximo paso lógico en la evolución humana. Pero el método no es el asesinato en masa. Hay uno mejor, un método mediante el cual la gente se ofrecerá voluntariamente para el grabado de cerebro. ¡Crearemos un nuevo culto religioso!

Se produjo un penoso silencio. El Señor Helado habló por fin.

-Me temo que he de prevenirte, Cobb. Posees libre albedrío en el sentido de que no puedo controlar tus pensamientos, pero el cuerpo nos pertenece a ambos. En circunstancias especiales nada impide que tome...

-Por favor, escúchame con atención. ¿Estoy en lo cierto al suponer que eres el único gran autónomo que hay en la Tierra?

-Es cierto.

-¿Y que estoy utilizando el único robot remoto que queda?

-Sí. Por suerte, con Mooney eliminado, la vigilancia en el puerto se relajará. Nuestros planes incluyen el envío de algunos miles de remotos nuevos, más varias unidades de los llamados grandes autónomos, en el plazo de dos años. Estos planes, por desgracia... se hallan sujetos a diferentes cambios. Hay algunas... dificultades en la Luna. Hasta que la situación se estabilice pienso continuar acumulando cintas y...

-Lo que tratas de decir es que se ha desencadenado una guerra civil en la Luna, ¿no es cierto? ¡Contamos sólo con nuestras fuerzas, S. H.! Si volvemos al puerto espacial y tratamos de...

-No hay necesidad de ir al puerto espacial para transmitir las cintas, puedo radiarlas directamente a BEX, en Ledge.

-Un transmisor de almas -dijo pensativo Cobb-. No es un mal enfoque. Personética: La Ciencia de la Inmortalidad.

-¿Qué quieres decir?

-¡La religión! Atraeremos a los marginados, los perdedores, los fanáticos... Les haremos creer que eres una máquina que enviará sus almas al cielo. No es tan...

-¿Y por qué gastar tantas energías? Lo mejor es proceder como hacía Phil: coger, cortar y...

-Escucha, S. H., estamos juntos en esto. Es recíproco. Si algo le sucede a este camión, yo muero. No tienes ni idea del rechazo que provocan en los humanos el crimen y el canibalismo. La anarquía de los autónomos no existe aquí; más bien es un estado policial. Si nos toca esperar a que BEX mande sus tropas, necesitaremos ocultarnos y proceder con mucha cautela.

Sólo pensar en ello le daba escalofríos. Si no conseguían combustible para el camión, si los polis les detenían, si la unidad de refrigeración se estropeaba... ¡Eran como un caracol cargado con una concha de diez toneladas! ¡Una bola de nieve en el infierno!

-Necesitamos seguridad. -El tono de voz de Cobb era perentorio-. Necesitamos un montón de gente que nos proteja, necesitamos dinero para llenar los depósitos. Con dinero suficiente podríamos construir un vástago, una copia de tu procesador. Nuestros seguidores comprarían los componentes de tiendas de informática. ¡Has de comprender las realidades de la vida en la Tierra!

-De acuerdo -asintió el Señor Helado-. ¿Adónde vamos?

-Volvemos hacia la costa. Conozco un sitio al norte de Daytona Beach donde estaremos a salvo. Y, a propósito..., quiero una cara nueva. De aspecto paternal.

25

Una vez finalizado el funeral de su padre, Sta-Hi volvió a conducir el taxi en Daytona Beach. Bea, su madre, quería poner la casa en venta y trasladarse al norte, lejos de los colgueras. Les odiaba desde la muerte de Mooney..., ¡y quién podía culparla! Su marido había acudido a casa del viejo Cobb Anderson para un registro de rutina y había acabado hecho pedazos. ¡Sólo por cumplir su cometido! Así pensaba.

La muerte de Mooney fue investigada, pero la explosión había borrado todas las pistas. No se encontró tampoco la menor huella del supuesto doble artificial. Sta-Hi tampoco dijo a las autoridades nada que valiera la pena. Aún no había decidido de qué parte estaba.

Se llevó un par de pinturas de su padre (las de naves espaciales) y alquiló una habitación en Daytona. Reingresó en la compañía Yellow Cab y le tocó el turno de noche.

El trabajo consistía básicamente en llevar borrachos y putas a los moteles. Asqueroso. Una auténtica mierda.

Volvió a recaer en sus hábitos de drogadicto. Al cabo de poco tiempo fumaba, esnifaba, viajaba, volaba y dilapidaba su dinero tan rápido como lo ganaba. De madrugada, recorriendo aquella ciudad unidimensional en todas direcciones, Sta-Hi soñaba, combinaba y entrelazaba disparatados planes para el futuro.

Haría una película sobre taxistas. Escribiría un libro sobre los autónomos. ¡No, hombre, ponle música!

Aprendería a tocar la guitarra y formaría una banda. ¡Y una mierda, aprender! Se haría con otra Capa Feliz y dejaría que tocara por él. ¡Necesitaba una Capa Feliz!

Amenazaría a los autónomos con descubrir lo de Los Pequeños Bromistas y los quirófanos si no le pagaban. Muertos Anderson y su padre, nadie más lo sabía.

Se haría rico. Entonces volvería a Disky, mediaría en la guerra civil y sería coronado rey. ¿No había ayudado ya a los cavadores a cargarse un gran autónomo? ¡Les había conducido a la victoria! ¡Sta-Hi, rey de la Luna!

Pero no había forma de hallar a los autónomos. Los polis habían perdido la pista del Señor Helado y de aquellos Pequeños Bromistas. BEX y Misty nunca desembarcaban en la Tierra: no pasaban de la estación espacial Ledge. Las llamadas telefónicas privadas a Disky no estaban autorizadas. Era preciso, pues, que los autónomos conectaran con él. ¿Cómo? ¡Haciéndose tan famoso que no pudieran ignorarle!

Una y otra vez, noche tras noche, arriba y abajo de la monótona Daytona. Un borracho se dejó la cartera en el taxi una de esas noches. Dos mil pavos. Sta-Hi cogió el dinero y se despidió del trabajo.

¡Necesitaba tiempo para pensar!

Compró una caja de aerosoles de gas Z..., había caído tan bajo..., y empezó a merodear sin rumbo. Comía hamburguesas, compraba papelinas, jugaba a las máquinas, perseguía a las chicas. Intentaba llamar la atención, con la esperanza de que algo le ocurriera. Y ocurrió el mismo día en que se le acabó el dinero.

Vagaba por el Bailódromo de los Chiflados Espantosos, colocado, mirando fijamente al suelo. Qué magníficas eran sus botas. Dos parábolas oscuras sobre campo amarillo, todo ello aderezado con un leve efecto tridimensional a causa de la caspa que se esparcía a su alrededor. Estaban tocando su canción favorita. Sentía ganas de chillar, de gritar a pleno pulmón: «¡Estoy aquí y vuelo muy alto! ¡Soy Sta-Hi, el rey de los revientacerebros!».

El altavoz de metal derramaba música sólida sobre sus cabezas. Si se esforzaba podía ver las notas. Pensar en los leves impulsos convertidos en notas que atravesaban los cables como ratones perseguidos por una pitón le provocó una risita histérica. ¡Por Dios que tenía grandes ideas!

Sta-Hi guardó su sonrisa, lista para ser usada de nuevo, y echó un vistazo al panorama, tambaleándose y pulsando las cuerdas de una invisible guitarra eléctrica. Ya no era capaz de tocar, pero dominaba los movimientos... ¡Caramba!..., menuda rubita hay ahí. La miró y efectuó un solo imaginario de gran mérito. Le hizo señales, enarbolando su famosa sonrisa.

A la chica le gustó su sonrisa. Se abrió paso con sus amplias caderas, que se balanceaban como un pez nadando lentamente. Un trasero como para darle palmadas. Llevaba la cabeza erguida para exhibir las marcas del sol en sus mejillas.

-Hola, colegui. Jesús, vaya movida la de esta noche. -Se echó el pelo hacia atrás y emitió una breve y cordial carcajada-. Soy Wendy.

Sta-Hi practicó unos cuantos acordes más y luego alzó las manos.

-Estás hablando con Sta-Hi, conejito. Yo tengo la llave, tú tienes la cerradura, juntémoslas y pasemos un buen rato.

Su ingenio se había deteriorado durante la última semana de gas Z.

-¿Pertenece a algún club? -preguntó Wendy, todavía sonriente.

No era tan cojonuda como había pensado al verla desde la otra punta. Y, para colmo, parecía decepcionada.

-Claro... o sea, prácticamente. -Tampoco era tan bonita. ¿Una puta?-. ¿Y tú?

-Bueno, he estado aquí y allá..., fiestas..., coches incendiados...

Wendy se preguntaba si valdría la pena perder el tiempo con él. Tenía que reunir quinientos dólares antes de regresar al templo. Sta-Hi reconoció la duda en la expresión de Wendy. Era la primera chica con la que entablaba conversación en todo el día. Tenía que llevarse el gato al agua, y de prisa.

-Date un viaje conmigo -dijo, extrayendo el aerosol.

-Brutal -respondió Wendy, y volvió a sacudirse el pelo.

Inhaló un poco de gas Z. Sta-Hi se aplicó un buen chorro. En su cabeza retumbaron gongs, titubeó y luego soltó una ronca y estúpida carcajada. Wendy cogió el bote y se administró otra dosis. Ahora se veían mutuamente atractivos.

-¿A qué quieres jugar? -preguntó Sta-Hi con ademanes exagerados.

-Soy muy buena en el Jardín de los Placeres.

-Brutal.

Sta-Hi depositó sus últimos cinco dólares en la ranura. La máquina se iluminó y produjo un ruido gangoso del estilo «bienvenido-a-mi-pesadilla».

-Yo cogeré los mandos.

Wendy se colocó frente a la máquina.

Eso le gustó a Sta-Hi. Nunca había sido muy bueno manejándolos. Cogió el fusil de electrones y apretó el botón de inicio. Una pequeña bola plateada se puso en juego. Un campo magnético la mantenía a flote. Sta-Hi apuntó a la bola y la empujó hacia el primer blanco.

El disparo no fue correcto, sin embargo, y desapareció en una trampa... la brillante boca de la diosa Siva. Wendy le dedicó un gruñido de desaprobación. Sin una palabra, Sta-Hi reinició el juego.

Esta vez envió la bola directa a la aleta más cercana. A ver cómo se las arregla ella solita... Lo hizo... pasando la esfera de cromo por dos aletas más antes de lanzarla sesgadamente sobre una fila entera de marcadores.

-Cojonudo -boqueó Sta-Hi.

Ambos estaban inclinados sobre la máquina iluminada. Una vez alcanzados quince blancos se encenderían los especiales. Wendy acababa de conseguir cinco blancos de golpe. La bola se deslizaba hacia una trampa, pero Sta-Hi la atajó a tiempo. Luego, Wendy la volvió a impulsar con los mandos.

Tenía frente a ella un largo y campanilleante recorrido. Todos los especiales estaban encendidos. Más seguro, Sta-Hi le dio ligeros golpecitos a la bola con el fusil de electrones, intentando meterla en uno de los agujeros que daban dinero, pero los repeledores lo evitaron. Acabó por sacarla fuera.

-¿Habías jugado antes a esto? -quiso saber Wendy antes de lanzar la última bola.

-Lo siento. Me parece que estoy un poco pasado.

-No te disculpes; lo estamos haciendo bien. Pero en la próxima bola... ¿te importaría disparar cuando yo te lo diga?

-Dispararé cuándo y dónde quieras, nena.

Pulsó el botón y alargó la mano para palmearle el culo, sabiendo que ella no abandonaría los mandos para apartársela, pero ni siquiera frunció el ceño..., apretó el estómago contra la máquina y susurró:

-Dispara.

Sta-Hi disparó y empezó el baile. Wendy manejaba los mandos y le murmuraba instrucciones todo el rato. Abajo, más lejos, cuidado, dámelo, envíala a la aleta que baja... Abatieron todos los blancos y los especiales de nivel uno. Luego se dedicaron a los especiales de nivel superior. Las trampas no cesaban de moverse en pos de la bola, pero

Wendy realizaba imposibles salvamentos. El dedo de Sta-Hi parecía formar parte del gatillo.

La máquina chirriaba y campanilleaba salvajemente. Algunos curiosos se acercaron para ver a la pareja en acción. Constantes disparos, ángulos cada vez más rápidos y cerrados...

-Oh, Dios -susurró Wendy-, el Especial de Oro. A la izquierda, Sta-Hi.

El joven golpeó la bola con efecto. Hizo carambola en un mando y se introdujo en el círculo de oro apretado entre dos grandes huecos. TOOOOOOOOCK, hizo la máquina, y se apagó.

Sta-Hi apretó el gatillo. No sucedió nada.

-¿Qué...?

-¡La hemos vencido! -chilló Wendy-. ¡Lo conseguimos! ¡Vamos a cobrar!

-Pero yo pensaba que sólo eran...

Sta-Hi abrió el cajoncito que había en la parte delantera de la máquina: un vale para cinco comidas gratis en un McDonald's.

-Claro que es eso, pero el cajero también ha de darme quinientos dólares. Son las reglas especiales de Daytona.

Sta-Hi siguió a Wendy hasta la caja, y luego a la calle. Vestía una especie de mono verde sin mangas y sandalias abrochadas con correas que ascendían por las piernas. Tuvo que apresurarse para alcanzarla. Era como si tratara de escabullirse.

-¿Adónde vas, Wendy? ¡Para un momento! ¡La mitad de ese dinero es mío!

La cogió suavemente por uno de sus brazos desnudos.

-¡Suéltame! Este dinero no es tuyo ni mío. Es para la Personética. ¡Adiós!

Sin ni siquiera mirarle se alejó por la acera.

-¡Putá! ¡Calientabraguetas! ¡Ahora ya tienes tu salario nocturno para dárselo al semental de turno y marcharte a dormir! -Corrió tras ella y la agarró violentamente del brazo-. ¡Dame mis doscientos cincuenta del ala!

-No soy una p-puta. -Wendy se deshizo en lágrimas. ¿Otra farsa?-. Es sólo un truco. La Personética necesita el dinero para conseguir más hardwares. Para salvar las almas de todo el mundo.

¿Hardware? ¿Almas? Por fin un contacto.

-Puedes guardarte el dinero -concedió Sta-Hi sin soltar su presa-. Pero quiero ir contigo. Quiero unirme a la Personética.

-¿De veras? -Le miró a los ojos, tratando de leer sus intenciones-. ¿Quieres ser salvado? La Personética no es un culto más, sabes. Es el auténtico.

Sta-Hi la examinó más de cerca, sin acabar de decidir si... Al fin, le soltó la pregunta a bocajarro.

-¿Eres un robot?

-No. -Wendy meneó la cabeza-. Todavía no estoy salvada, pero Mel sí. Mel Nast. Es nuestro líder. ¿Quieres que te lo presente?

-Desde luego. Hace mucho tiempo que admiro a los autónomos. ¿Está muy lejos el templo?

-A unos cuarenta kais. Estamos en el viejo edificio de Marinelandia.

-¿Hemos de ir a pie, o qué?

-Por lo general me espero hasta las cinco de la mañana. Entonces el señor Nast viene a recogerlos. Los chicos venden cosas, y las chicas se lo montan como pueden toda la noche, pero si consigues tus quinientos dólares ya te retiras y regresas con Mel. ¿Tienes coche o moto?

Sta-Hi casi no recordaba su hidromoto. No la había visto desde aquel viernes en que la dejó aparcada frente al hotel Lido. Después se había topado con Misty y Los Pequeños Bromistas..., y luego vino Cocoa y la Luna y todo lo demás. ¿Cuánto había pasado, dos meses? Daba la impresión de que todo iba a suceder otra vez.

-Conseguiré un coche. Robaré un coche.

-Sería estupendo. A Mel le gustaría que le trajeras un coche.

Pero ¿cómo? Nadie en Daytona era lo bastante imbécil como para dejar las llaves en la cerradura. Una repentina idea se apoderó de Sta-Hi: recobraría su taxi.

-Espérame en McDonald's, Wendy. Vendré con un coche dentro de media hora.

La terminal de la compañía «Yellow Cab» estaba sólo a cinco manzanas. Malley, el vigilante, pasaba el tiempo sentado en la cabina acristalada que había a la entrada del garaje. Sta-Hi entrevió al fondo el Número Nueve, su viejo taxi, listo para entrar en servicio.

-Oye, Malley, cojo de mierda, para de meneártela y dame mis llaves.

La mejor defensa es un buen ataque.

Malley parpadeó, sin mover otra cosa que los ojos.

-Mierda, Mooney, no puedes largarte y volver a trabajar cuando te pase por las pelotas. Además, estás demasiado colocado para conducir. Vete con viento fresco.

-Vamos, papi querido, necesito pasta, ¿tú no? Me muero de hambre. Dame permiso y te daré el diez por ciento.

-Veinte -dijo Malley levantando las llaves-, pero si me vuelves a joder se acabó. No vivo para pagarte los vicios.

-En lo que a mí respecta, te puedes morir por pagarme los vicios. Vive o muere, pero manténme alto.

Sta-Hi cogió las llaves.

Resultó agradable volver a instalarse en Once el Afortunado después de nueve días de ausencia. Tal vez no habían encontrado un nuevo conductor, pues el taxi aún conservaba todos los toques personales de Sta-Hi: el falso reflector sobre su cabeza, la calavera de ojos rojizos en la ventana de atrás, la alfombra de piel sintética en el suelo..., incluso la grabadora seguía en su sitio. ¿Cómo demonios pudo olvidarse de la grabadora después de dejar el trabajo?

Había habilitado un sistema de sonido en el coche, de modo que podía grabar sus monólogos o entrevistar a los pasajeros. Arrancó el coche a la primera y salió a la calle, pensando en su grabadora. Impresionaba a las tías, pensaban que era un agente. Una palabra divertida: agente.

A gente. Gentío. Agenciado. Agenda. A. G. N. T. ¿A qué estaba esperando A. G. N. T.?

Si no hubiera visto a Wendy de pie frente al McDonald's, es probable que la hubiera olvidado para siempre. Volver al taxi le había devuelto los reflejos condicionados de evadirse mentalmente mientras recorría las calles. Pero allí estaba Wendy, resplandeciente y rubia con su ajustada prenda sin mangas. Menuda zorra.

Se desvió y la chica subió al asiento trasero.

-Número Once -estaba diciendo Malley-. Una llamada en el kilómetro trece.

-Ya tengo pasaje, Malley. Dos caballeros quieren ir a Cocoa.

-Hay un recargo por salir de la zona. Regístralo cuando estés de vuelta. Quedamos en el veinte por ciento.

-Cambio y fuera.

Sta-Hi cortó el graznido.

-¿Cómo conseguiste el coche? -preguntó Wendy con los ojos como platos-. ¿Golpeaste al conductor?

-De ninguna manera. -Sta-Hi señaló la mancha oscura sobre su cabeza-. ¿Ves el reflector?

-No entiendo.

-Soy taxista. Éste es mi taxi. Si me gusta lo que vea en Marinelandia, cederé el coche a la Personética y me quedaré. De lo contrario, volveré a trabajar y pagaré este viaje a Cocoa de mi bolsillo. Ponte delante y siéntate a mi lado.

Wendy obedeció. Bajaron las ventanas. Sta-Hi condujo sin prisas, como un novato. Era delicioso conducir de nuevo. Daba la sensación de que el coche se deslizaba sobre raíles, como un tren de juguete pitando en la noche.

26

La antigua Marinelandia había cerrado sus puertas allá por el 2007, después de que un huracán sepultó la mitad del edificio. Todos aquellos que querían asistir ahora a la degradación ritual de los delfines tenían que dirigirse a Mundo Marítimo. El edificio, en medio de ninguna parte en la Carretera de la Costa Una-A, apareció ante Sta-Hi cuando menos lo esperaba.

-Da la vuelta por la parte del mar -indicó Wendy-. Así nadie nos ve.

-Sí, señora. Serán dos polvos y una mamada.

-Por favor, Sta-Hi, tómatelo en serio. No todo el mundo puede convertirse en miembro de la Personética. Debes adoptar la actitud correcta.

-Intentaré no trempar, nena.

Había un pequeño aparcamiento detrás. Sta-Hi detuvo el coche junto a un bonito sedán rojo. En el extremo de la zona se veía un desastrado camión negro. El viento soplaba con fuerza, y el oleaje rugía a escasa distancia. Salieron del coche y caminaron pegados a una pared de hormigón hasta encontrar una oxidada puerta abierta. No había luces en el interior.

-Mel -llamó Wendy con toda la fuerza de sus pulmones-. Ya estoy aquí. Traje a una persona y otro coche para ti.

Se oyó el sonido de unos pasos y una ágil figura surgió del edificio. Tenía la misma estatura de Sta-Hi e idéntica complexión. Sin embargo, la cabeza..., su grande y redonda cabeza parecía desproporcionada en relación al cuerpo, como un balón atado al extremo de una cuerda.

-Mel Nast -se presentó y le tendió la mano. Un tono de sinceridad latía en su voz profunda. Hablaba con un ligero acento de la Europa Oriental-. Encantado de conocerle. ¿Cuál es su nombre?

-No soy nadie. El señor Nadie de Ninguna Parte.

-No le hagas caso, Mel. Me dijo que su nombre es Sta-Hi. Afirma que es un admirador de los autónomos desde hace mucho tiempo.

La autodescripción enunciada por la voz atiplada y fervorosa de Wendy sonó estúpidamente patética, pero Mel Nast irradiaba comprensión.

-La cuestión no es admirar, Sta-Hi, sino vivir. Siempre que despertemos a tiempo. Entra, por favor.

La redonda cabeza de Mel Nast se volvió como un planeta rotatorio y su delgado cuerpo la siguió. Los tres recorrieron un pasillo húmedo, atravesaron dos puertas y desembocaron en un iluminado espacio carente de ventanas.

Se hallaban en una sala cuadrada, con grandes huecos rectangulares en las paredes. Una de las antiguas salas de los terrarios. El cristal del acuario había sido destrozado y retirado, y todos los terrarios servían ahora de escondrijo o habitáculo. Cruzaron el acuario guiados por Nast y se detuvieron ante uno de los antiguos terrarios. Un letrero roto colgado en la pared decía: Esturión, Acipenser Sturio.

Dentro había dos butacas, una estantería con libros y un escritorio cubierto de papeles.

-Mi estudio -explicó el hombre delgado de gran cabeza- ¿Podrías dejarnos, Wendy? El señor... Hi y yo tenemos planes que concretar.

Le dedicó a Sta-Hi una súbita sonrisa. ¿Le había guiñado el ojo?

-Me parece muy bien. Estoy agotada. Aquí está el donativo de hoy.

Le dio el billete de quinientos dólares y salió de la habitación. Tal vez tenía una cama en alguno de los terrarios. Sta-Hi se introdujo en el estudio de Nast. Ambos tomaron asiento y se miraron en silencio por espacio de un minuto.

-¿Le gusta mi cara? -preguntó Nast por fin. La nariz carnosa. de la que nacían dos arrugas descendentes que sostenían la boca sensual con un cerco de pliegues, dominaba la cara de luna. Los labios, al separarse, revelaban unos dientes uniformes y sanos-. ¿Debería cambiarla?

-Depende de para qué -dijo Sta-Hi desconcertado.

-¿Qué quiere hacer usted? ¿Qué quiere de los autónomos?

Otra pregunta difícil. En principio, Sta-Hi quería hacerse con otra Capa Feliz y usarla para conseguir la fama. Pero en otro nivel, apenas consciente, quería vengarse, vengarse de la muerte de su padre y de lo que el quirófano le había hecho a Cobb Anderson.

Odiaba a los autónomos. Pero también los amaba. Los cavadores... los cavadores le habían ayudado. Vestir la Capa Feliz y atacar la fábrica había sido fantástico. Lo que quizá deseaba en realidad era volver a Disky y colaborar en la guerra civil, amando y odiando al mismo tiempo.

Algo extraño le sucedió a la cara de Mel Nast mientras Sta-Hi estudiaba su respuesta. La piel hinchada y grasienta se estiró, las mejillas se hundieron y una barba blanca floreció en torno a la boca. De pronto se halló frente a...

-¿Cobb? ¿Eres tú? -Empezó a sonreír y en seguida se arrepintió-. ¡Tú mataste a mi padre! ¡Tú...!

-Tuve que hacerlo, Sta-Hi. Tú le oíste. ¡Dijo que iba a desmontarme!

-¿Y qué? No te hubiera matado. ¡Destruiste tu cuerpo junto con el suyo, y ahora tú sigues aquí y él se ha ido para siempre! -El dolor brotaba por fin y la voz de Sta-Hi se quebró-. No era tan mal tío, y pintaba naves espaciales mejor, que cualquiera... -Sta-Hi sollozó, sin poder continuar. Pasó un minuto antes de que recuperara el habla-. Les vi despedazarte, Cobb. Te quitaron la cabeza, los cojones y todo el resto. Como si...

La cara que le observaba parecía comprensiva, interesada. El perfecto pastor de la iglesia.

-¡Joder! -estalló Sta-Hi; se lanzó sobre el robot y empezó a golpearle la cara con el revés de la mano-. Igual podría estar hablando con una grabadora.

El dolor en la mano que le produjo el golpe le irritó aún más. Se puso en pie y acercó el rostro al robot con la cara de Cobb.

- ¡Me gustaría despedazarte con mis propias manos!

-Escúchame, Sta-Hi. -El robot hablaba parsimoniosamente con la voz de Cobb-. Siéntate y escucha. Sabes sin lugar a dudas que no me harás ningún daño golpeando a este robot remoto. Lamento que tu padre muriera. Pero la muerte no es real, debes entenderlo. La muerte carece de sentido. Dilapidé los diez últimos años de mi vida temiendo a la muerte, y ahora...

-Ahora que crees ser inmortal no te preocupa la muerte -dijo Sta-Hi con amargura-. Es realmente esclarecedor por tu parte. Pero, lo sepas o no, Cobb Anderson está muerto. Yo le vi morir, y si tú piensas que eres él, te estás engañando a ti mismo.

Se sentó, dominado por una repentina fatiga.

-Si no soy Cobb Anderson, ¿quién soy, entonces? -El rostro cambiante le sonrió con dulzura-. Yo sé que soy Cobb. Poseo los mismos recuerdos, las mismas costumbres, los mismos sentimientos que siempre tuve.

-Pero ¿qué me dices de tu... de tu alma? -A Sta-Hi no le gustaba utilizar esa palabra-. Cada persona tiene un alma, una conciencia, como quieras llamarla. Algo especial hace que una persona esté viva, y no hay manera de introducir ese algo en el programa de una computadora. No hay manera.

-No es preciso introducirlo en el programa, Sta-Hi. Está en todas partes. Es pura existencia. Todas las conciencias son Una. Esta Una es Dios. Dios es pura existencia

inmodificada. -La voz de Cobb era intensa, evangélica-. Una persona es hardware más software más existencia. Yo existiendo en carne es igual a yo existiendo en chips. Pero eso no es todo.

»La existencia potencial es tan buena como la existencia real. Por eso la muerte es imposible. Tu software existe permanente e indestructiblemente como una cierta posibilidad, un determinado conjunto matemático de relaciones. Tu padre es ahora una posibilidad abstracta, no física. ¡Pero, a pesar de todo existe! Él...

-Pero ¿qué es esto? -le interrumpió Sta-Hi-. ¿Un curso acelerado sobre Personética? ¿Con esta mierda engañas a esas chicas para que vayan puteando para ti? ¡Olvídalo!

Sta-Hi se calló. Había llegado a la conclusión de que el camión negro de ahí afuera... tenía que ser el camión del Señor Helado pintado de otro color. Y dentro del camión estaría el gran cerebro autónomo superrefrigerado que contenía a Cobb. No podía dañar a este robot remoto, pero si conseguía llegar al camión.. La cuestión estribaba en saber si quería hacerlo. ¿Odiaba o no a los autónomos?

-Percibo tu hostilidad -dijo Cobb-, y la respeto. Pero me gustaría que colaboraras conmigo. Necesito un representante, un promotor de la Personética. Yo sería Jesús y tú Juan el Bautista. O tú Jesús y yo Dios.

Mientras hablaba, la faz del robot cambió otra vez y copió la de Sta-Hi.

-Siempre utilizo este truco con los novicios. Como Charlie Manson. Soy un espejo. Pero eso fue antes de que nacieras. Coge un porro.

El robot encendió el cigarrillo y se lo pasó. Ahora adoptó el rostro de Cobb.

-Soy un poco psíquico, también. Tengo una gran facilidad. Y lo que digo es la pura verdad. Nada se destruye realmente. No hay...

-Corta el rollo. -Sta-Hi cogió el porro y se reclinó en su asiento-. Es posible que coopere contigo, especialmente si me consigues otra Capa Feliz.

-¿Qué es eso?

-Bueno, aún no te he contado... lo que hice en la Luna.

-Te escapaste en el museo. La siguiente vez que te vi fue esa noche en que tú y tu padre...

-Sí, sí -cortó Sta-Hi-. No hace falta que me lo recuerdes. Deja que te cuente mi historia. Encontré eso que llamo la Capa Feliz, una especie de revestimiento metálico plastificado que, al ponérmelo, me permitía hablar como los autónomos, aunque con acento japonés. Me encontré con un grupo de autónomos que estaban atacando una gran fábrica llamada GAX. Entramos, pero GAX casi gana la partida. Entonces, en el último minuto, lo hice saltar por los aires.

-¿Destruiste un gran autónomo?

-Sí. Algunos cavadores y un reparador araña habían colocado la carga. Los remotos estaban a punto de cazarme cuando, en el último minuto, un cavador practicó un túnel a través del suelo y me salvó. Me acompañó a ver cómo el quirófano te despedazaba. Ralph y el enfermero te grabaron, y entonces el quirófano se cargó a Ralph Números y lo grabó también. Los cavadores dijeron...

Las facciones de Cobb se contraían, como si discutiera con una voz en el interior de su cabeza. Interrumpió al joven:

-El Señor Helado quiere matarte, Sta-Hi. Dice que si no hubieras destruido a GAX, los grandes autónomos habrían ganado. -Cobb se retorció, como si hubiera perdido el control de sí mismo. Su voz adquirió un tinte extraño y tenso-. No soy una marioneta. Sta-Hi es mi amigo. Tengo libre albedrío. -Las palabras parecían costarle un gran esfuerzo. Sus ojos extraviados se clavaban en el cuchillo de caza que descansaba sobre su escritorio-. ¡No! -gritó sacudiendo la cabeza-. ¡No soy tu mano, soy tu conciencia! ¡Soy una...!

De pronto, su voz enmudeció. Las facciones de su cara se tensaron en un espasmo final y adoptaron de nuevo las curvas serenas de Mel Nast. Los delgados labios se movieron para completar la frase de Cobb.

-...alucinación. Pero, en un análisis concluyente, este robot remoto es mío. Me he visto obligado a expulsar temporalmente al doctor Anderson.

La mano se deslizó hacia el cuchillo.

Sta-Hi se puso en pie de un salto y salió disparado del terrario. Sus pies repiquetearon sobre el suelo, perseguido por el robot.

La primera de las puertas seguía abierta. Sta-Hi ganó unos segundos al conseguir cerrarla detrás de él. Cerró con fuerza la segunda y ya había puesto el motor del taxi en marcha cuando el robot cargó sobre él.

Sta-Hi le ignoró y dirigió su taxi hacia el camión negro aparcado al otro lado. Apretó el acelerador a fondo y arrancó a toda velocidad con un espantoso chirrido de neumáticos.

El robot saltó sobre la cubierta del motor y atravesó de un puñetazo el parabrisas. Sta-Hi esquivó como pudo los fragmentos de cristal y mantuvo el taxi en la misma dirección. Iba a cincuenta por hora cuando chocó.

El depósito de aire de la columna de dirección estalló y golpeó violentamente a Sta-Hi en la cara y en el pecho, aplastándole contra el asiento. El depósito se vació al instante y el coche se detuvo. Sta-Hi tenía el labio partido, la boca llena de sangre. Las luces del coche se habían apagado y resultaba difícil ver lo que había ocurrido.

Unos pasos resonaron sobre el suelo del aparcamiento.

-¿Qué ha sucedido? ¿Sta-Hi? ¿Mel?

Era Wendy. Sta-Hi salió del taxi. La chica pasó corriendo a su lado y se inclinó sobre la figura incrustada entre el taxi y el borde mellado del camión negro.

-¡Retrocede, Sta-Hi! ¡Rápido!

Pero ya el camión se estaba moviendo. Su motor en marcha rugía con estrépito. Retrocedió y aplastó al desmadejado robot remoto contra la cubierta del taxi. Parecía que un chorro de vapor se escapara de un agujero en el costado del camión.

El camión sin conductor conectó sus luces, y Sta-Hi pudo distinguir el rostro del robot destrozado que yacía atravesado sobre la cubierta de su taxi. Sus ojos sin brillo tal vez le vieron o no, pero los labios se movían. Decían...

-¡Cuidado! -gritó Sta-Hi.

Arrastró a Wendy junto a él. Los dos se lanzaron al suelo y buscaron protección detrás del taxi.

El robot remoto estalló, como lo había hecho el otro en la casa de Cocoa Beach.

Cuando se desvaneció el sonido de la explosión, aún tuvieron tiempo de oír el ruidoso motor del camión, que se dirigía hacia el sur por la Carretera Uno.

27

Tan pronto como el Señor Helado se hizo con el control del remoto, Cobb fue completamente desconectado del mundo exterior. Al igual que en su primera transición sintió una creciente desorientación, un oscurecimiento progresivo de todas las diferenciaciones, aunque esta vez el proceso se interrumpió antes de perder el control. Volvió la visión, y con ella los fantasmas de las manos y los pies. Estaba conduciendo el camión.

-Siento haberte hecho esto, Cobb. Estaba irritado. Me parecía esencial desmontar a ese joven lo antes posible.

-¿Qué ha sucedido? -gritó Cobb mentalmente. Había algo curioso respecto a su visión. Era como si estuviese encaramado en lo alto del camión, en lugar de sentado ante el volante. Sin embargo, notaba el contacto del volante, lo movía de izquierda a derecha mientras conducía hacia el sur-. ¿Qué ha sucedido?

-Destruí a mi último remoto. Tenemos que buscar a alguien que nos haga de tapadera. Algún miembro de la Personética, en Daytona.

-¿Tu remoto? ¡Se suponía que era mi cuerpo! ¡Dijiste que disponía de libre albedrío!

-Y aún es así. No puedo hacer que cambies de pensamiento respecto a nada, pero ese cuerpo era tan tuyo como mío.

-Entonces, ¿cómo puedes ver? ¿Cómo puedo conducir?

-El mismo camión es como tu cuerpo. Hay dos ojos-cámaras que puedo hacer surgir del techo. Ves a través de ellas. Y te he transferido el control de los servomecanismos para que te sea posible manejar el camión. Existen diferencias ocasionales entre nosotros, Cobb, pero aún confié en ti. Por otra parte, eres mejor conductor que yo.

-No puedo creerlo ¿Careces de instinto de supervivencia? ¡Habría convencido a Sta-Hi para que trabajara para nosotros!

-Es el que destruyó a BEX. Y ahora la guerra se ha perdido. BEX me lo confesó en su retransmisión de la semana pasada. La anarquía se ha apoderado de Disky. Han desmantelado la mayor parte de MEX y se habla de hacer lo mismo con TEX, incluso con BEX. La unión final es, con todo... inevitable. Pero de momento parece que...

-¿Parece qué?

Había un matiz de resignación y fatalismo en las palabras del Señor Helado que le horrorizaba.

-Algo parecido a las olas, Cobb; las olas en la playa. A veces, una ola puede llegar muy lejos, más allá del límite de la marea. Una ola así puede abrir un nuevo canal. Los grandes autónomos eran un nuevo canal, una forma superior de vida. Pero ahora volvemos atrás, hacia el mar, hacia el mar de la posibilidad. No importa. Es verdad lo que le dijiste a los chicos. La existencia posible es tan buena como la existencia real.

Habían llegado a Daytona. Las luces centelleaban. Uno de los ojos de Cobb observaba la carretera, mientras el otro rastreaba las aceras en busca de un adepto a la Personética. Las chicas callejeaban y los chicos vendían droga. ¡Eran difícil recordar las caras!

-¿Sabes..., sabes que el chico rompió los paneles?

-¿Qué quieres decir?

No había nada más que oscuridad, los dos puntos de visión y los controles del camión.

-El calor se introduce por el interior por el sitio en que tu amigo se incrustó. La temperatura ha subido cinco grados. Uno más, y nuestros circuitos se fundirán. Treinta segundos, tal vez.

-¿Hay una cinta mía en alguna parte? ¿Existe alguna copia en la luna?

-No lo sé. ¿Cuál es la diferencia?

28

Wendy encontró las llaves del sedán rojo y Sta-Hi la llevó a Daytona. No hablaron mucho, pero tampoco fue un silencio tenso.

La policía rodeaba el camión cuando lo alcanzaron. Sin conductor, se había salido de la carretera había arrancado una boca de incendios y se estrelló contra la fachada principal de la bodega La Bota Roja. La policía deseaba evitar el pillaje y, al principio, impidieron que Sta-Hi y Wendy cruzaran la línea de seguridad.

-¡Es de mi padre! -gritó Wendy- ¡Es el camión de mi padre!

-¡Es verdad! -ayudó Sta-Hi- ¡Dejen pasar a mi esposa!

-No está en el camión -informó un policía, al tiempo que los dejaba pasar-. Oye, jefe, aquí hay dos personas que dicen conocer al conductor.

El jefe, que no era otro que Actino Jackson, se acercó. Su memoria no tenía nada que envidiar a los ficheros del FBI, y enseguida reconoció a Sta-Hi.

-¡El joven Mooney! Tal vez me puedas informar de que coño está ocurriendo.

El choque había aumentado la grieta en el costado del camión, y nubes de helio se escapaban por ella. El gas era invisible, pero la baja temperatura llenaba el aire de una

neblina compuesta de cristales helados. Una consecuencia de respirar el aire enriquecido con helio era que las voces adquirían un tono más agudo.

-Hay un cerebro robot gigantesco en la parte de atrás -dijo inesperadamente Sta-Hi-. Un gran autónomo. El mismo que mató a mi padre y trató de comerse mi cerebro.

-¿Un camión trató de comerte el cerebro? -La duda se pintó en el rostro de Jackson. Levantó la voz-. ¡Oye, Don! ¡Tú y Steve abrid eso! ¡Mirad lo que hay detrás!

-¡Vayan con cuidado! -chilló Wendy, pero ya habían abierto la puerta.

Cuando la neblina se dispersó pudieron ver a Don y a Steve hurgando y registrando con las porras en mano. Hubo un sonido de cristales rotos.

-¡Caray! -exclamó Don-. Hay bastantes chucherías aquí dentro como para abrir un bazar. ¡Steve y yo lo vimos primero!

Movió la porra en círculos, y se repitió el sonido dentro del camión.

Los demás se apresuraron a mirar. El vehículo estaba medio volcado. Había una gran cantidad de escarcha, como en los cajones de un congelador. El recipiente de helio líquido que encerraba al Señor Helado se había roto, y en el centro empezaba a distinguirse un enorme e intrincado montón de cables y chips.

-¿Quién conducía? -quiso saber Action Jackson.

-Podía funcionar solo -explicó Sta-Hi-. Choqué contra él y le hice un boquete. Debe de haberse calentado mucho.

-Eres un héroe, muchacho -exclamó con admiración Jackson-. Aún puedes llegar a ser algo.

-Puesto que soy un héroe, ¿puedo marcharme ya?

-De acuerdo. -Un fría mirada y luego un gesto afirmativo-. Mañana pasas a declarar y quizá te consiga una recompensa.

Sta-Hi se apoderó de una botella que había en el escaparate de la bodega y volvió al coche con Wendy. Dejó que ella se hiciera cargo del volante. Bajó por una rampa hasta la playa y aparcaron sobre la dura arena. Descorchó la botella: vino blanco.

-Toma. -Sta-Hi le pasó la botella a Wendy-. ¿Por qué dijiste que era tu padre?

-¿Por qué dijiste que era tu esposa?

-¿Por qué no?

La luna asomaba a intervalos entre las nubes y las olas llegaban en forma de largos y delicados tentáculos.

FIN